IRENE M. ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EL DISFRAZ DEL ASESINO

Durante unas vacaciones en Torquay, Mila se queda fascinada por la suntuosa vida de Harold Grayling y su futura esposa, lady Hagbury-Winch. Pero la aparente paz del lugar se ve sacudida cuando Mila y Gutsby hacen un macabro descubrimiento que parece estar relacionado con la vida mundana de la pareja. A partir de ese momento, la sombra siniestra de la muerte se alarga sobre Torquay. Mila y el resto del grupo, guiados por la perspicacia de Sherlock, se involucrarán en una investigación policial que desvelará un plan diabólico.

Irene Adler

El disfraz del asesino

Sherlock, Lupin y yo - 16

ePub r1.0
Titivillus 10.03.2022

Título original: *La maschera dell'assassino*
Irene Adler, 2017
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

IRENE M. ADLER

EL DISFRAZ DEL ASESINO

Índice de contenido

Cubierta

El disfraz del asesino

Capítulo 1. La gota que colma el vaso

Capítulo 2. La dulzura del sol

Capítulo 3. Un mensaje siniestro

Capítulo 4. Un pequeño accidente en la playa

Capítulo 5. Una costosísima anémona

Capítulo 6. El presumido y la presumida

Capítulo 7. Un día agradable y uno terrible

Capítulo 8. El pirata de Watcombe Beach

Capítulo 9. El viento de Dartmoor

Capítulo 10. Ayer y hoy

Capítulo 11. Aires de tormenta

Capítulo 12. El infortunado señor Sylvan

Capítulo 13. Lenguados, sospechas y brujos

Capítulo 14. Una excursión tranquila

Capítulo 15. Susurros bajo una lámpara

Capítulo 16. La larga sombra de la muerte

Capítulo 17. Unos demasiado y otros nada

Capítulo 18. Horas turbulentas

Capítulo 19. Un turista alocado

Capítulo 20. La verdad a la hora del té

Capítulo 21. Arriba el telón

Capítulo 22. Un macabro juego de ilusionismo

Capítulo 23. Regreso a Briony Lodge

CAPÍTULO 1

la gota que colma EL VASO

Somos el resultado de nuestras decisiones y de las de nuestros seres queridos. Lo pienso a menudo mientras transcribo mis memorias bajo el sol de Capri y la anciana dueña de la casa me observa de reojo y menea la cabeza, creyendo probablemente que mi piel clara va a llenarse de pecas. Yo no veo qué hay de malo. Tomar el sol me regenera y encuentro que mi nuevo color dorado me sienta bien. El hecho de que se considere poco refinado o aristocrático no me desanima en absoluto, al contrario. Y en estos tiempos de guerra en que las naciones de Europa se enfrentan por segunda vez en pocas décadas, un poco de sol sirve para ahuyentar las nubes de mi interior. ¿Qué podría hacer yo, una sola mujer, contra los vientos de destrucción que soplan sobre continentes enteros?

Una sola mujer.

¿O una mujer sola? Todos aquellos a quienes he querido ya no están, y el único modo de reencontrarme con ellos es pasear por los recuerdos. No solo por los míos; en una pequeña librería de la isla he encontrado la recopilación de los escritos de John Watson, encuadernada en cuero repujado y ornada con letras doradas. Casi no daba crédito a lo que veían mis ojos, pero, como se ha apresurado a explicarme el librero en un reducido pero comprensible inglés, esta isla fue uno de los destinos del Grand Tour durante muchos años; jóvenes intelectuales y apasionados por el arte, y de buena familia, venían a recrearse la vista con la belleza de Italia. Y, así, la Isla Azul, como es apodada Capri, se convirtió en

un pequeño foco internacional de cultura, y esta encantadora librería se proveyó de algunos textos en otros idiomas aparte del italiano.

El librero señala unos volúmenes y luego a sí mismo, con una gran sonrisa.

—¡Me gustó mucho! —me dice dando golpecitos con un dedo sobre el nombre escrito en letras doradas del lomo de un libro.

Es un nombre al que le tengo mucho cariño: Sherlock Holmes. Alguien que en estos días extraños y apacibles me hace compañía, contándome a través del doctor Watson algunos relatos que Irene me mantuvo ocultos. Para protegerme, ahora lo sé.

A menudo subrayo pasajes y, aunque soy consciente de que de vez en cuando el doctor Watson se tomó alguna licencia poética y modificó un poco los detalles, enriqueció los hechos y calló los secretos y confidencias más personales, en más de una ocasión sonrío al reconocer palabras que con seguridad fueron de la cosecha de Sherlock.

Hoy, sentada a la mesita de la terraza, ha caído bajo mis ojos una declaración suya: «Yo tengo una teoría personalísima, según la cual un individuo reproduce en su desarrollo la serie entera de sus antepasados, y si la mutación improvisa hacia el bien o hacia el mal, se debe a alguna fuerte influencia provocada por la ramificación de su árbol genealógico, de tal forma que, en determinado momento, el individuo se convierte en compendio de la historia de su familia».

Como me ocurre con frecuencia, no estoy de acuerdo. Y no solo porque mi madre adoptiva, Irene Adler, me enseñó que el destino no existe.

Quien lea estas memorias mías ya tendrá conocimiento de mis orígenes. Soy una princesa fallida a causa de los acontecimientos y de mi voluntad, guiada por la de Irene. Y, si miro al pasado, encuentro que en mis decisiones no contaron reminiscencias de zares ni de nobles. Soy una rama injertada, mis raíces no son mías, son las de la extraña y poco convencional familia que Irene creó para mí, compuesta por una espía, un detective y un ladrón. Tendí mis ramas hacia el cielo y reivindiqué mi individualidad, pero fueron ellos los que me suministraron la savia y el alimento para crecer. Soy quien soy gracias a ellos, para bien y para mal. Y, al

recorrer hacia atrás mi historia, me doy cuenta de que a veces habría debido confiar más. Quizá las cosas habrían podido salir de manera diferente.

Aquel verano en Briony Lodge parecía cualquier estación menos verano. Al menos para mí, acostumbrada al calor de Nueva York, ciudad que puede ser tan gélida y nevosa en invierno como abrasadora durante el buen tiempo.

—Sigue lloviendo —bufé.

Me arrebujé en el jersey de lana color crema que me había resignado a ponerme encima del vestido veraniego de flores que había comprado pocos días antes y descorrí una cortina del salón para mirar fuera. Esperaba ver un resquicio azul en alguna parte del cielo que serenara mi día, pero el horizonte me pareció plúmbeo y desvaído.

—¡Como esto siga así, toda esta lluvia nos borrará de la faz de la tierra! —solté desplomándome sobre un sillón, con gestualidad de diva del cine mudo.

—¡Cof! —respondió Arsène, que estaba hundido en el otro sillón, con una mirada afligida. Desde hacía días lo atormentaba una tos seca e incesante.

Irene, que estaba leyendo el periódico en el centro exacto del ventanal para aprovechar la máxima cantidad de luz solar posible, alzó la vista de las noticias y suspiró.

—Cuando decidí regresar a Inglaterra lo sabía. Quiero decir que lo sabía racionalmente, pero no me acordaba de lo profundamente fastidioso, lo decididamente incómodo y lo francamente humillante que es vivir en un lugar tan gris, tétrico y lluvioso.

—¡Cof! —concordó Arsène con un ademán de asentimiento.

—¿No sería mejor que te viera un médico? —le preguntó Irene.

—¡Cof! —tosió Arsène negando vigorosamente con la cabeza.

—¿Por qué no? ¡Llevas cuatro días tosiendo sin cesar!

—¡Porque, cof, no necesito, cof, a ningún médico! —rezongó Arsène sacudido por las toses que intentaba contener.

—¡Ah, no, claro que no necesitas ver a un médico! —replicó Irene alzando una ceja mientras se volvía hacia mí—. ¡Monsieur Lupin está tan sano como una manzana! ¿Verdad, Mila?

—Como una manzana en un manzano seco —confirmé, lo que

provocó en Arsène una carcajada entre toses—. Opino, de hecho, que convendría llamar al doctor Davenport —añadí señalando la casa frente a la nuestra, que según habíamos descubierto estaba habitada por un médico de notable fama.

—¡No, cof, nada de médicos! —repitió Arsène con voz ronca.

—¡Ah! Pues he aquí una noticia que podemos venderles a los periódicos: al gran Arsène Lupin le traen sin cuidado escuadrones enteros de policías armados, pero le tiene miedo al médico ricachón del otro lado de la calle —bromeó Irene lanzándome una mirada cómplice—. ¿Temerá acaso que el médico le diga que tiene una cierta edad y no puede hacer excesos como un chiquillo? —añadió sin dejar de imitar el tono de quien lee un artículo de periódico.

—¡Pero qué, cof, excesos ni excesos, cof! —bufó Arsène—. Es este clima, que, cof cof cof…

En aquel momento, Sherlock abrió la puerta y apareció en la entrada del salón vestido con un mono impermeable verde salvia. Bajo él se formó rápidamente un charco de agua que Irene miró con desaprobación. Aunque no dijo nada, por su manera de tensar las aletas de la nariz y arquear las cejas al mismo tiempo, tuve claro lo molesta que estaba. En sus libros, el doctor Watson había insistido varias veces en lo difícil que era Sherlock como coinquilino y de cuánta paciencia había que tener para soportar sus cabezonerías y sus intemperancias, tanto en los momentos aburridos como en los de ardiente entusiasmo. Pero no creo que ninguno de nosotros estuviese preparado verdaderamente para sus rarezas.

—Pero ¿qué hacéis tirados ahí en los sillones con este espléndido día? —exclamó con el tono más jovial y la más amplia de las sonrisas.

De la sorpresa, a Arsène le asaltó otro ataque de tos.

—Amigo mío, deberías haber pasado más tiempo al aire libre fortaleciendo tu físico en vez de perderte en inútiles cenas de gala, recepciones y otras memeces del llamado gran mundo —le dijo Sherlock con una risa sarcástica—. Así ahora, en la edad madura, podrías gozar de la misma salud y energía que yo.

Arsène se quedó con los ojos desorbitados y graznó:

—¡Habló míster Vida Sana!

La afición al tabaco y otras malas costumbres de Holmes estaban descritas, si bien con amistosa discreción, en las páginas del doctor

Watson.

—Aquellos tiempos han pasado, no estaba al corriente de los terribles daños que provoca fumar, pero ahora las investigaciones científicas han dado pasos de gigante y ya hay hipótesis sobre la relación entre el tabaco y enfermedades como… —Sherlock se calló inmediatamente y frunció el ceño—. ¿No sería conveniente llamar a un médico?

—¡No tengo nada! ¡Es culpa de este, cof, estúpido clima!

—¿Sabes? A cierta edad nunca se sabe, es mejor ser precavido, viejo amigo —lo amonestó Sherlock, vagamente irónico.

—A propósito de ser precavido… —lo interrumpió Irene—. ¿De veras era preciso anegar el suelo con tu mono chorreante?

—El agua se evapora —replicó Sherlock sin alterarse— y, además, no tengo tiempo para esas tonterías. Ya se ocupará Billy de secarlo. Por cierto, ¿habéis visto a Billy?

Yo meneé la cabeza y respondí:

—No lo hemos visto desde la hora del desayuno.

—Lo he mandado a hacer un recado, espero que el chico no me falle, aunque tengo buenas razones para creer que se las arreglará. Es un joven muy competente.

Billy, nuestro mayordomo, era un chico de dieciséis años de sonrisa astuta y mil recursos. Por eso, Sherlock lo tiranizaba mandándolo a comprar las cosas más inusitadas de un lado a otro de la ciudad. Hasta aquel momento, Billy nunca le había fallado.

Como si lo hubiéramos invocado, el chico apareció detrás de Sherlock. Bajo el brazo derecho sostenía unas gruesas chapas atadas con una cuerda y en la mano izquierda tenía un sobre. Pese a la lluvia incesante y a haber pasado la mañana al aire libre, estaba completamente seco. Llevaba el pelo oscuro partido por una impecable raya al lado y el flequillo le caía sobre la frente con una onda perfecta.

—Aquí están sus chapas, señor Holmes —dijo—. Su grosor es de 2,5 milímetros, tal como quería.

—Magnífico, de veras magnífico, Billy —dijo satisfecho Sherlock examinando la mercancía.

—Pero ¿para qué sirven? —pregunté intrigada.

—¡Para salvar a mis abejas del aire irrespirable de Londres! —contestó él—. Con todo el carbón que se quema en esta condenada

ciudad, el aire está contaminado por humos y polvo. Por suerte está lloviendo mucho y la lluvia limpia el aire, pero debo proteger a las abejas construyendo una depuradora para las colmenas que he proyectado antes de que este clima favorable dé paso a días sin precipitaciones.

—Clima favorable… ¡Lo que hay que oír! —resopló Irene lanzando un vistazo al cielo londinense, no menos gris que las chapas de Holmes.

—¿Y qué es ese sobre? —le pregunté a Billy arrebujándome en mi jersey de lana.

—Una carta que envía… la señora Clara Boehmer —dijo Billy leyendo el remite.

Irene se levantó de un salto.

—¡Oh, gracias al cielo! Será la querida Clara dándonos indicaciones para nuestra estancia en su casa de Torquay. ¡Necesitamos de verdad pasar unos días en la playa! —dijo mi madre adoptiva mientras abría el sobre. Pero, cuando leyó el contenido de la carta, su expresión esperanzada se transformó en una mueca de contrariedad.

—¿Qué dice? —pregunté en ascuas.

—Mi amiga lo siente terriblemente, pero no puede regresar a Torquay. Su médico le había aconsejado pasar algún tiempo en la soleada Malta, pero durante una excursión se cayó y se rompió una pierna, a la altura de la pelvis. En esas condiciones, se ve imposibilitada para volver hasta dentro de al menos un mes. Así pues, ¡adiós a nuestras pequeñas vacaciones en Devon!

—¿Veis lo que, cof, sucede por, cof, escuchar a los médicos?

Holmes rio con ganas aquella ocurrencia y, si no hubiese estado demasiado desilusionada, yo también lo habría hecho.

—¡Bah, mejor así! —comentó por su parte Sherlock encogiéndose de hombros—. Se está tan bien aquí…

—Vamos a dar un paseo, Mila —exclamó Irene de manera adusta, sin hacer caso de las palabras de Holmes.

—Pero si es casi la hora de comer… —observó perplejo Sherlock.

—¡Mila y yo comeremos fuera! —sentenció Irene.

—Voy a avisar a la cocinera —dijo Billy con presteza.

CAPÍTULO 2

la dulzura DEL SOL

Tras pertrecharnos con paraguas e impermeables, Irene me arrastró hasta Piccadilly, la resplandeciente calle de tiendas en el centro de Londres. Bajamos del taxi junto a la nueva plaza, Piccadilly Circus, e Irene me cogió del brazo.

—Para levantarnos la moral, podríamos dar una vuelta por Fortnum & Mason —dijo, y a mí se me iluminó la cara. Se encuentra en el corazón del barrio de Mayfair, muy cerca por tanto de Piccadilly. Adoro los grandes almacenes, me parecen lugares mágicos y llenos de luz en los que el tiempo se detiene y los pensamientos sombríos se desvanecen, al menos por un rato, empañados por los bonitos vestidos, las joyas y los mil accesorios expuestos.

—¿Y la comida? —le pregunté al recordar que ya era casi mediodía.

Irene miró a su alrededor con una sonrisa llena de anticipación.

—Podríamos ir al restaurante del hotel Ritz y pedir una mesa al lado de las ventanas que dan al jardín. Seguro que, gracias a la lluvia, estará extraordinariamente verde.

—¡Qué maravilla! —exclamé—. He oído decir que el príncipe de Gales encarga sus dulces regularmente a los pasteleros del Ritz. Serán exquisitos.

—Puede que hayamos decidido no ser princesas, pero nos merecemos una comida de reyes de vez en cuando —observó Irene guiñándome un ojo—. Además, he leído no sé dónde que los

cocineros son franceses, de la Costa Azul. Así, al menos durante el tiempo de la comida, nos parecerá estar en un lugar un poco más soleado…

—¿A qué esperamos? ¡Vamos! —le dije apretándome a su brazo.

Irene miró a los lados disponiéndose a cruzar entre el gran tránsito del centro. Pero en aquel momento un vehículo lanzado a toda velocidad hizo sonar la bocina insistentemente mientras se precipitaba hacia nosotras.

—¡Cuidado! —grité tirando de Irene hacia mí.

El vehículo pasó a medio metro de nuestros pies, donde, a causa de los trabajos de construcción de la nueva plaza, desafortunadamente se había formado un charco gigantesco. Al paso de las ruedas, una ola de proporciones oceánicas se alzó del suelo hasta más arriba de nuestras cabezas y en un instante se abatió sobre nosotras y nos cubrió de agua, barro y frío. El impermeable no pudo hacer mucho para salvaguardar mi vestido ni mi persona; sentía hilos de agua fría colándose entre los omóplatos, por el cuello, por los brazos, e incluso por las mangas. Me aparté el pelo, que se me había pegado a la frente y los ojos, y miré a Irene. Ella, empapada y despeinada, respiraba hondo y parecía un hervidor a punto de silbar. O de explotar.

—Diría que, en este estado, no van a dejarnos entrar en el Ritz… —comenté en tono jocoso para hacerla sonreír. Pero la mirada de Irene siguió siendo de enojo.

—¡Basta! ¡Esta es la gota que colma el vaso! —estalló sacudiendo el paraguas—. ¡No quiero permanecer en esta ciudad ni un día más! ¡Ven conmigo!

Atónita por semejante ímpetu, me dejé arrastrar sin rechistar hasta la agencia de viajes Leighton & Baird, donde un empleado nos recibió con una sonrisa cordial, aunque un tanto desconcertado debido a nuestra singular *mise* de «víctimas de los charcos».

—Necesitamos contratar un período de veraneo —declaró Irene.

—Ya veo, señora —respondió el empleado con una mezcla muy británica de sarcasmo y cortesía. Luego nos invitó a sentarnos tratando de ignorar en lo posible los pequeños charcos de agua que se estaban creando a nuestros pies.

En nuestra vuelta a casa estábamos indudablemente más alegres,

todo gracias a los cuatro billetes de tren a Torquay recién comprados y a la reserva de una estancia en el Grand Hotel, auténtico orgullo de aquella localidad marítima. Nos detuvimos después de haber caminado largo tiempo, hambrientas y extenuadas, en el único sitio adecuado para nuestro desastroso aspecto: un figón, en el que solo servían *fish and chips*, tan mugriento que nuestra ropa embarrada no habría podido empeorar sus condiciones.

Nuestra entrada atrajo algunas miradas de perplejidad entre los parroquianos, casi todos obreros de manos callosas y ropas de trabajo casi tan maltrechas como las nuestras. No les hicimos caso y pedimos dos raciones del plato de la casa, para descubrir con placer que el rebozado estaba dorado y crujiente, el pescado pasablemente fresco y las patatas cortadas en láminas gruesas, tal como nos gustaban a nosotras.

Irene había recobrado algo de color y sus ojos brillaban con nueva energía mientras comía con ganas.

—Incluso la tan vituperada comida inglesa puede dar satisfacciones… —constaté con una sonrisa.

—Si no tienes el paladar demasiado refinado… Pero de vez en cuando una buena fritura puede reconciliarte con el mundo —admitió Irene.

—Sobre todo si sigue a una visita a la agencia de viajes —repliqué.

Y en aquel momento sentí que algo chocaba contra mi espalda.

—¡Eh! —exclamé volviéndome de sopetón.

Tenía al lado a un hombre encorvado y trastabillante, con la nariz colorada y las mejillas enrojecidas, agarrado al respaldo de mi silla como a un bote salvavidas.

—Discúlpeme, señorita —masculló el hombre, que se apartó con paso inseguro para alcanzar el centro del local.

—No es nada… —murmuré.

En efecto, no había ocurrido nada grave, pero la cercanía de aquel borracho convenció a Irene de que había llegado el momento de levantar el campamento.

—Venga —dijo poniéndose en pie al tiempo que se comía una última patata frita—. ¡Vayamos a decirles a Sherlock y Arsène que preparen las maletas!

—¡Yo no tengo ninguna intención de ir a Devon! —declaró Sherlock malhumorado—. Precisamente ahora que nos habíamos librado de esa estúpida invitación…

Irene lo miró estupefacta, con los brazos en jarras y el rostro proyectado hacia delante como para oír mejor, por si acaso había malinterpretado las palabras de su amigo.

—¡¿Qué?!

—Ya me has oído, Irene —contestó Sherlock con voz átona.

—Pero… necesitamos unas vacaciones… —insistí yo.

—Tal vez, vosotras dos, dado que es una prerrogativa femenina el satisfacer ciertos caprichos con decisiones precipitadas, y a lo mejor también Arsène, que podría sacar algún beneficio del aire marino para curarse la tos. Pero yo no, ciertamente. Tengo cosas más importantes que hacer, como preservar la salud de estas pobres abejas londinenses.

—¡¿Caprichos y decisiones precipitadas?! —estalló Irene—. ¡Lo que tú digas, pero a mí me parece que eres tú quien desde hace días no deja de correr de aquí para allá por el jardín para satisfacer esa bendita obsesión por las abejas, querido Sherlock!

—Puede ser, pero me creo autorizado a decir que mi manera de pasar los días no ha cambiado mucho. Solo he sustituido los crímenes por la apicultura, eso es todo —precisó divertido—. Oh… Y hay también literatura al respecto: la obra completa de mi querido y llorado amigo, el doctor Watson, que estoy seguro de que habrás leído hasta la última página, así que no puedes sostener en conciencia que te sorprende demasiado mi comportamiento.

Los ojos de Irene se abrieron aún más mientras Arsène trataba de intervenir con una broma, como de costumbre, para calmar los enfados, aunque todo lo que conseguía producir su boca eran grandes toses.

—Mamá, si Sherlock prefiere quedarse aquí ocupándose de sus abejas, no veo por qué no deberíamos permitírselo —propuse conciliadora—. Después de todo, las vacaciones no son de verdad vacaciones si se viaja de mala gana.

—De acuerdo. No obstante, yo ya he comprado cuatro billetes de tren y he reservado cuatro habitaciones en el hotel —rebatió Irene.

—Llevaos a Billy —sugirió Sherlock encogiéndose de hombros.

—¡¿A Billy?! —repetí sorprendida por aquella posibilidad.

—Bueno, seguro que sabrá ser útil en cada incidencia, como de costumbre. Además, se merece un premio por los excelentes servicios que me está prestando.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Mientras esté Mary para prepararme las comidas, tengo todo lo que me hace falta.

Irene abrió los brazos para luego dejarlos caer pesadamente a los costados.

—De acuerdo —dijo. Después llamó—: ¡Billy!

—Dígame, señora Adler —dijo el diligente mayordomo, que había llegado hasta nosotros en un santiamén.

—Necesito que mandes un telegrama a Clara con mis deseos de una pronta curación y para avisarla de que, de todos modos, vamos de vacaciones a Torquay, a un hotel, así no se angustiará demasiado por el contratiempo.

—Desde luego, señora —respondió él con una ligera inclinación.

—Y también necesito que… hagas la maleta —añadió Irene.

—¿La suya? —preguntó Billy arqueando las cejas. Sabía bien que la señora Adler solía prepararse ella misma su equipaje.

—No, la tuya. Te vienes con nosotros a Devon de vacaciones… Bueno, si te apetece, obviamente.

Una sorpresa genuina, casi infantil, iluminó la cara de Billy por un instante.

—Creo que no lo he… ¿Yo…? ¿Yo de vacaciones con ustedes? —balbuceó, perdiendo por un momento su imperturbabilidad, que hasta entonces no se había alterado ni siquiera con la irrupción en Briony Lodge de un peligroso sicario en plena noche.

—Vas en mi lugar, mi querido Gutsby, así no se desperdiciarán un billete de tren y una reserva de hotel —dijo expeditivo Sherlock.

—¡Sherlock! —le recriminó Irene.

—Bueno, ¿qué pasa? Es la verdad —replicó nuestro tan famoso como exasperante investigador—. Pero también es verdad que se lo merece. Yo mismo lo he dicho hace poco.

—Se lo agradezco —dijo Billy alisándose los faldones de la chaqueta y recuperando sus maneras contenidas.

—No hay de qué, será un placer tenerte con nosotros… Y ahora, venga, todos a hacer la maleta, que pasado mañana partimos —atajó Irene.

—¡Bien! —dijo Arsène, que se puso en pie y consiguió pronunciar una palabra de buen agüero sin toser.

Yo no veía el momento de correr a mi habitación, un poco por la prisa de hacer la maleta, pero sobre todo por el deseo de quitarme la ropa mojada y embarrada. Todavía llevaba puesto el impermeable, así que me lo quité y lo colgué en el recibidor para que se secara allí. Y entonces vi un trozo de papel asomando de un bolsillo. Lo saqué; era un sobre. Qué raro, no recordaba haber metido ningún sobre en el impermeable. Pero la sensación de fastidio por la ropa helada y pegada al cuerpo fue más fuerte que la curiosidad, así que corrí al piso de arriba, dejé la carta sobre la mesilla, me apresuré a prepararme un baño caliente, en el que pasé una buena hora, y me olvidé completamente del sobre misterioso. Estaba impaciente por partir hacia el mar dejando atrás el encapotado tiempo de Londres. No imaginaba que llevaría conmigo nubes de otra clase que acecharían mi serenidad.

CAPÍTULO 3

un mensaje siniestro

Mary Cavanagh, nuestra cocinera, era una irlandesa de acento incomprensible pero de innegables dotes culinarias. Tenía una forma muy suya de denominar los platos que cocinaba, siempre hablaba muy poco con todos salvo con Billy, con el cual compartía nacionalidad. Por eso, incluso empeñándose, era imposible sonsacarle información sobre el menú para el día. Así que cada comida era una sorpresa y aquella noche fue particularmente grata.

—¡¿Sopa de patatas y puerros?! —dijo perpleja Irene—. ¿No habría sido mejor algo más estival?

Pero, con las primeras cucharadas, en la mesa todos nos callamos, conquistados por la textura aterciopelada y las propiedades reconfortantes y reparadoras de aquel sencillo plato. Fue algo excelente, porque la conversación estaba languideciendo en todo caso. Arsène solo conseguía controlar la tos cuando guardaba silencio, Irene todavía estaba resentida con Sherlock por sus modales de viejo misántropo, y en cuanto a Sherlock…, a él lo tenía demasiado absorto el pensamiento de sus abejas y no dejaba de garabatear con el dedo índice en el mantel, con seguridad ocupado aún en idear su admirable artefacto para depurar el aire de las colmenas.

Yo tampoco estaba demasiado locuaz, porque, nada más sentarme a la mesa y mirar la servilleta cuidadosamente doblada en mi sitio, me había acordado del sobre misterioso. Estaba casi segura de que cuando habíamos salido de casa no había nada en los bolsillos del impermeable, y por eso la carta volvió a aguijonear mi curiosidad. Acabada la cena, por suerte todos se retiraron bastante

deprisa a sus habitaciones, lo que me permitió hacer lo mismo.

Cuando estuve en mi cuarto, corrí a la mesilla a coger el sobre. Le di la vuelta y constaté que el reverso estaba completamente en blanco, sin indicación alguna del remitente. Lo olí sin saber bien qué esperarme, pero imaginando que era algo que habría hecho Sherlock. No tenía ningún olor especial salvo el del papel ligeramente húmedo. Por último, sopesé el sobre, que parecía contener varias hojas. Para entonces ya estaba segura: mientras paseábamos por Piccadilly, en mi bolsillo no había nada. Aquella certeza hizo más rápidos y nerviosos mis dedos. La funda de papel se abrió fácilmente y saqué el contenido con cierta vehemencia mientras trataba de adivinar quién sería el remitente.

Mi imaginación echó a volar.

¿Acaso sería una misiva de Mycroft Holmes? De hecho, el hermano de Sherlock y eminencia gris de los servicios secretos de su majestad, después de habernos ayudado a resolver el caso de la fórmula misteriosa del doctor Rehmer, había prometido que haría de mí una agente secreta cuando fuera mayor. Pero Mycroft escribía sus cartas en papel Smythson azul Nilo con filigrana personal, mientras que aquel era un papel sencillo, del montón, de los que se compraban en las oficinas de correos por pocos céntimos.

Y la caligrafía de la primera hoja era muy distinta de la elegante y afilada de Mycroft. Era basta, apresurada, sin gracia. Pero lo que me chocó fue el contenido.

«Pregúntale a Irene qué le sucedió a Godfrey Norton, si es que tienes valor para oír la respuesta», decía solamente. La segunda hoja era una página de un número de *The Times* de 1891, más en concreto la «Agony Column», la sección de anuncios. La extendí sobre la cama con cuidado para no romperla por los dobleces. Había un anuncio, resaltado en rojo, en el que un abogado de nombre Godfrey Norton anunciaba que se había casado en una ceremonia privada con la cantante lírica estadounidense Irene Adler. *Mi* Irene Adler. Pero, entonces, ¿por qué yo nunca había oído hablar de ese matrimonio y no había conocido al señor Norton? Tal vez fuera un error. Tal vez él hubiera muerto e Irene había quedado demasiado afectada para hablar de ello. O tal vez hubiera resultado un marido pésimo y ella había obtenido el divorcio.

La tercera hoja era una página arrancada de un libro. El título

rezaba *Escándalo en Bohemia*, y empezaba con la frase: «Para Sherlock Holmes, ella será siempre *la* mujer». Aunque conocía aquel principio, nunca había leído el relato. Sabía que Irene me había mantenido ocultas algunas memorias del doctor Watson, pero siempre había pensado que lo hacía por un espíritu de protección materna en relación con cosas que juzgaba inadecuadas para mi joven edad. En aquel momento empecé a ver aquellas reticencias bajo otra luz, más siniestra.

La cuarta hoja era una escueta noticia de periódico en la que se informaba del homicidio, a manos de desconocidos, de G. N., abogado inglés que residía con su mujer en Nueva Jersey.

Para entonces yo había empezado ya a sudar copiosamente. Sentía que me ardía la cara y las manos me temblaban. No sabía qué hacer ni qué pensar, por dónde empezar a orientarme, cuando alguien llamó a la puerta.

—Mila, ¿estás despierta? —preguntó Irene desde el pasillo.

Me apresuré a esconder el sobre y todo su misterioso contenido bajo la almohada y, aún completamente vestida, me tumbé encima de la colcha.

—Entra —le dije tratando de adoptar una voz neutra.

—¿Qué haces ahí así? —me preguntó Irene, que entró con un chal de seda celeste en las manos, claramente quería sugerirme que lo metiera en la maleta.

—Me he tumbado solo un momento y… —mascullé.

Irene se acercó, dejó el chal sobre una silla y se sentó a mi lado. Alargó una mano para tocarme la frente, temiendo evidentemente las consecuencias de nuestro empapamiento vespertino. Pero mi temperatura era normal.

—¿Va todo bien? —me preguntó perpleja—. Tienes un aspecto terrible…

—Solo estoy muy cansada, enseguida me preparo para acostarme y mañana estaré mejor —suspiré.

A la mañana siguiente, no obstante, no estaba mejor en absoluto. Había dado vueltas y más vueltas en la cama mientras buscaba aclarar aquel misterio. ¿De dónde venía la carta? Aquella era la pregunta más acuciante, porque la respuesta habría podido aportar indicios útiles, pero, inquieta como estaba, no acertaba a

encontrarla. ¿Era cierto lo que decía la noticia del periódico? ¿Y por qué alguien se había tomado la molestia de hacérmela llegar, insinuando que la culpable era Irene? Y luego estaba aquel relato, *Escándalo en Bohemia*, que habría podido darme alguna respuesta, pero del que solo tenía en mis manos la primera página. El único ejemplar completo de la obra del doctor Watson se hallaba en las habitaciones de Sherlock, y estaba segura de que no podría hojearlo sin que él se percatase. Habría podido pedírselo, pero ¿con qué pretexto? O bien podía hablar con Irene y descubrir que todo era una broma pesada de algún viejo enemigo suyo de los tiempos del espionaje. Pero ¿de verdad estaba preparada para oír lo que me contaría?

—Buenos días, ¿has descansado bien? —me preguntó Billy alegremente cuando bajé a desayunar.

Yo había esperado deliberadamente el momento en que estaba segura de que no me encontraría con Irene, que era muy madrugadora. Y, tras nuestra breve conversación de la noche anterior, no dudaba de que me dejaría dormir hasta tarde.

—Sí, gracias —mentí tratando de sonreír.

—Voy a hacer unos recados, ¿necesitas algo?

—Creo que no…

—Estaré fuera hasta la tarde, porque la señora Irene y el señor Arsène me han dado una larga lista de cosas que comprar antes del viaje. Si por casualidad tienes algo que añadir a la lista, dímelo ahora o calla para siempre —bromeó Billy agitando una hoja antes de metérsela en el bolsillo.

De repente pensé en la carta del bolsillo de mi impermeable. Alguien la había metido allí mientras yo estaba fuera con Irene el día anterior y, sin embargo, nadie se había acercado a mí de manera sospechosa ni… «¡No, un momento!», pensé sobresaltada.

—*¡Fish and chips!* —exclamé luego, como si hubiera tenido una revelación. El borracho que se me había echado encima en el figón donde habíamos comido pescado frito y patatas. Por fuerza debía de haber sido él.

—*¿Fish and chips?* —repitió perplejo Billy. Pero enseguida recuperó su sentido de la eficiencia y contestó—: Se puede conseguir, naturalmente, aunque no creo que pueda traerte un cucurucho antes de la hora del té…

—Entonces voy contigo —dije decidida—. Ayer, Irene y yo encontramos un sitio en el que lo hacen riquísimo.

—¿Y tú soportarías todo el rosario de compras conmigo? —me preguntó Billy con una luz divertida en los ojos.

Yo me sonrojé violentamente. Vaya, acababa de darle a entender algo que de ninguna manera deseaba. Mi rubor no debió de pasarle inadvertido, porque Billy sonrió con una pizca de complacencia.

—No tengo ningunas ganas de quedarme encerrada en casa enmoheciendo otro día, eso es todo —atajé con una mirada sostenida e intentando recobrar la compostura.

Con un nudo en la garganta le pedí permiso a Irene. Me costaba mirarla a los ojos, pero ella debió de pensar que se trataba del temor a recibir una negativa.

—¿Te sientes mejor hoy? —me preguntó observándome atentamente.

—Mucho mejor.

—Entonces, desde luego, no puedo pretender tenerte siempre encerrada en casa —dijo ella con un suspiro.

Corrí a ponerme el impermeable en vista de que fuera caía la habitual lluvia insistente y, antes de que alguien pudiera darse cuenta de que todavía no había desayunado, acompañé a Billy en las varias compras y los recados. A mediodía en punto arrastré a nuestro joven mayordomo al figón del día anterior, donde pedí dos gigantescos platos de pescado frito y patatas, y luego me esforcé en comer aunque toda mi atención estuviera puesta en escrutar el local a la busca del beodo del día anterior. Un par de obreros respondieron con miradas enfadadas a mis ojos indagadores y un anciano con bigote me sonrió sorprendido, pero, para gran decepción mía, no encontré ni rastro del misterioso borracho (¿o fingía?), al que habría querido hacerle mil preguntas.

CAPÍTULO 4

un pequeño accidente EN LA PLAYA

Rumié hasta el día siguiente sobre lo sucedido, pero no lograba tomar una decisión ni despachar todo aquello simplemente como una broma de pésimo gusto. ¿Quién podía ser mi misterioso informador? ¿Por qué se había puesto en contacto conmigo de aquel modo? Busqué un lugar donde esconder la misteriosa carta, pero cambié de opinión mil veces y al final llegué a la conclusión de que la única manera de estar segura de que no terminaría en otras manos era llevármela conmigo, en el bolsillo interior de mi chaqueta de viaje.

Entretanto, sin embargo, había llegado el momento de la partida y, ante la mirada distraída de Sherlock, nos dispusimos a dejar Briony Lodge.

—¿Prometes que no harás saltar la casa por los aires con alguno de tus experimentos? —le preguntó Irene, que, reanimada por la idea de pasar unas vacaciones, había renunciado al tono polémico y en ese momento sonreía y bromeaba con su amigo.

—Haré lo posible —contestó Sherlock alzando apenas una comisura de la boca pero con los ojos brillantes mientras daba vueltas por la casa con las chapas bajo un brazo y la caja de herramientas en el otro.

—¿Y no volverás loca a la pobre Mary?

—No soy muy exigente en cuestión de comidas, lo importante es que sean abundantes —declaró él, que en sus períodos de entusiasmo gozaba de un formidable apetito, cosa bastante

sorprendente dada su inmutable delgadez.

—Y si te sientes solo, ven unos días con nosotros, te lo ruego —añadió Arsène. Había empezado a pronunciar breves frases con sentido completo sin que lo sacudiera la tos, pero todavía tenía aspecto enfermizo y ojeras oscuras.

—Lo siento, pero no es mi costumbre visitar a los enfermos —bromeó Sherlock.

—Un par de días de sol y aire con yodo me pondrán como nuevo, así que, si te reúnes con nosotros, ¡te desafiaré a una prueba de natación y te derrotaré! —replicó Arsène. Pero la risita que siguió a aquellas palabras se diluyó enseguida en un par de tosecitas.

—Puede ser, pero el sol y el yodo se encuentran allí, en Devon, ¡por lo que conviene no perder el tren! —intervino Irene con un gesto enérgico de las manos.

Delante de la verja de la calle nos esperaba un taxi, y Billy corrió a ayudar al conductor a cargar el equipaje.

Sherlock iba de un lado para otro por la casa cogiendo útiles y materiales para su proyecto.

—Nosotros nos vamos, ¿eh? —refunfuñé yo desde el umbral.

—Ya me he dado cuenta —repuso él dándome la espalda.

Aquel hombre era increíble: cuando algo lo absorbía, parecía que el resto del mundo dejara de existir.

—¡Adiós, Mila! —me gritó por sorpresa cuando iba a cerrar la puerta. Mi expresión ceñuda se transformó en una sonrisa.

Al llegar a la estación, Billy hizo intención de coger el equipaje, pero Irene llevaba tantísimos bultos que era tarea imposible para nuestro joven factótum ocuparse él solo de todas aquellas maletas.

—Pero ¿qué haces, Billy? Estás de vacaciones, ¿recuerdas? ¡Llamemos a un mozo! —exclamó ella.

—Señora Adler, estar de vacaciones no significa no ser de utilidad —replicó él con una sonrisa.

Sonrisa que se ensanchó aún más cuando agarró el asa de mi maleta para entregársela al mozo.

—¡Eh, podía hacerlo sola! —protesté, y me ruboricé en el momento en que mi mirada se cruzó con la suya. ¿Se habría hecho ideas equivocadas a causa de nuestro paseo londinense del día anterior? Para dejar claro que no necesitaba a ningún galán, ya en

el tren le arrebaté la maleta de las manos al mozo, me dirigí a nuestros asientos y la subí con gesto seguro a la redecilla del portaequipaje.

—Mila, ¿estás segura de que…? —dijo Billy.

—Todo está bajo control, Gutsby —le respondí tratando de disimular mi esfuerzo mientras empujaba el equipaje sobre la repisa elevada.

—Mila…

—¿Qué crees, que una chica no puede apañárselas sola? —Con un último empujón conseguí por fin colocar la condenada maleta. Así que pude volverme y dar una palmada de satisfacción—. ¡Ya está!

—¡Mila! —gritó Billy.

—Pero ¿qué es lo que…? —No me había dado tiempo a terminar la frase cuando algo pesado me golpeó en el hombro. Salté instintivamente a un lado y vi estrellarse mi maleta contra el suelo mientras algunas ancianas, un poco más adelante, me observaban con reprobación.

—Una chica puede apañárselas sola —dijo Billy recogiendo la maleta del suelo—, ¡pero también puede necesitar ayuda para defenderse de las terribles maletas voladoras!

—¡¿Maletas voladoras?! —me carcajeé, aliviada por el hecho de que no hubiese tratado de hacerme parecer más ridícula de lo que ya me sentía.

—Maletas voladoras —confirmó asintiendo con seriedad—. Se han vuelto una verdadera plaga social últimamente. En cuanto ven un hueco para equipajes… ¡Pam! Inmediatamente les entran ganas de usarlo como trampolín de lanzamiento para salir volando. Si quiere sobrevivir, el hombre moderno tendrá que idear métodos válidos de defensa. Es más, quizá debería inventar uno yo mismo y patentarlo… Hablaré de ello con el señor Holmes a la vuelta.

—Sí, me parece una excelente idea —repliqué siguiéndole la broma—. Te harías riquísimo.

—¡Riquísimo, no hay duda! —dijo, y me guiñó un ojo.

—¿De qué habláis vosotros dos? Parece que os divertís un montón —preguntó Irene, que se había demorado con Arsène para darle una propina al mozo.

—Oh, de nada… De cuando me haré muy rico con una patente

—explicó Billy.

—¿Qué clase de patente? —le preguntó Arsène con curiosidad.

Billy, acomodándose en el asiento que le correspondía, al lado de Arsène, se pasó una mano por el cabello oscuro mientras yo me sentaba frente a él, junto a Irene. Me lanzó una mirada cómplice y dijo:

—Mejor no hablar por ahora, todavía estoy en la fase inicial del proyecto y no quisiera que me robara la idea algún transeúnte indiscreto.

Arsène se avino al juego y miró en torno con aires de conspirador.

—Haces bien, nunca se sabe qué perversos individuos podrían ocupar las plazas cercanas en un tren.

El resto del viaje lo pasamos murmurándonos el uno al otro fragmentos de las biografías novelescas que inventamos sobre nuestros compañeros de compartimento. Una anciana señora de rostro huraño se convirtió, en nuestra imaginación, en una insospechada y despiadada capitoste de las altas finanzas, mientras que un hombretón de barba gris y monóculo se transmutó, gracias a nuestras palabras, en un buscador de oro que había hecho fortuna con el comercio de pieles de oso y se había casado con una india de Norteamérica. Fue un viaje muy agradable y me olvidé durante un rato de mis tormentos, aunque la carta escondida en el bolsillo interior de la chaqueta de viaje era una presencia tangible y silenciosa.

Irene estaba radiante y también Arsène parecía ya beneficiarse del viaje, pues había tosido poquísimo.

Cuando bajamos del tren en la estación de Torquay no podíamos dar crédito a lo que veíamos.

—¿Estamos aún en Inglaterra o ese tren era en realidad un objeto mágico capaz de traernos a las costas de algún paraíso tropical? —preguntó Arsène en broma, protegiéndose los ojos del fuerte sol que iluminaba el paisaje.

—Ah, por fin lo que buscaba —suspiró Irene abriendo los brazos al sol—. ¡Vamos!

El Grand Hotel de Torquay era una espléndida construcción blanca con puntiagudos tejados de pizarra.

—He reservado habitaciones con vistas al mar —dijo Irene dirigiéndose hacia la recepción.

Y de hecho el hotel no estaba lejos de la playa, contra la que rompían plácidamente las olas liberando un tonificante olor salobre. Sentí un repentino impulso de correr a la arena, quitarme calcetines y zapatos, y dejar que el agua del mar se llevara todos mis funestos pensamientos de aquellas horas.

Irene captó mi mirada ansiosa y me dijo con una sonrisa:

—Ve, ve a la playa si quieres.

Arsène se rio y añadió:

—Tú también, Billy Gutsby. ¡Hala! ¡Dejadnos a los adultos despachar los trámites aburridos e id ahora mismo a disfrutar del sol!

Nuestro mayordomo miró a Arsène y luego a Irene, como pidiéndole permiso.

—¡Blandengue el último! —grité cogiéndolo por sorpresa, y eché a correr hacia la playa.

Billy tardó unos segundos de más en comprender lo que había dicho y, cuando esprintó, ya le llevaba algo de ventaja. Indiferente a los veraneantes que se volvían para mirarme, atravesé a la carrera la avenida y me precipité hacia la ancha franja de arena que me separaba del mar. Oía el ruido de los zapatos de Billy golpeando el terreno detrás de mí, acercándose velozmente. No podía dejar que me alcanzara, tenía que ganar el desafío, ¿cómo iba a quedar, si no? Me volví para ver dónde estaba Billy, pero cuando miré de nuevo hacia delante me encontré a pocos centímetros de una bicicleta. Intenté frenar, igual que hizo el ciclista montado en el vehículo, pero ambos íbamos ya demasiado lanzados.

—¡Mila! —gritó Billy, todavía lejos para pillarme antes de que yo le cayera encima al ciclista. Un instante después estaba en el suelo en medio de una maraña de piernas, brazos y ruedas, y con un pedal de bicicleta oprimiéndome el costado.

—¿Estás bien, Mila? —preguntó Billy sacándome de aquel amasijo.

—¡Vaya comportamiento, señorita! —exclamó el ciclista, un señor engominado y con aires altivos.

—¡Discúlpeme, me siento avergonzada! —traté de apaciguarlo, disgustada y cohibida.

—Mueve las piernas… Ahora los brazos… ¿Tienes algo roto? —me preguntó Billy despreocupándose de todo lo demás.

—No, yo estoy bien —dije al constatar que mis miembros estaban un tanto contusionados pero que funcionaban.

—¡¿Y a nadie le preocupa cómo estoy yo?! —se quejó el ciclista —. ¡Mi traje está completamente estropeado!

Se levantó y yo tuve que reprimir la risa, porque, aunque el hombre había visto un pequeño desgarrón en una manga de la chaqueta, no se había dado cuenta de que tenía otro mucho mayor en la parte trasera de los pantalones, por el cual asomaba una buena parte de sus calzoncillos de rayas.

—Discúlpenos, señor, ¿podemos hacer algo para remediarlo? —dijo Billy con sentido práctico.

—¡A no ser que seáis sastres italianos, cosa que ciertamente no sois, me temo que no podéis hacer nada en absoluto para remediarlo! —exclamó el hombre. Después recogió la bicicleta, que tenía la rueda delantera torcida respecto del manillar, y saltó al sillín. Billy y yo lo miramos atónitos mientras se marchaba zigzagueando, todo envarado y desconocedor del desgarrón vergonzante en los pantalones. Cuando estuvo lo bastante lejos, estallamos en carcajadas.

No me di cuenta enseguida de que algo había quedado en el suelo, donde poco antes estaba la bicicleta. Fue Billy quien lo vio.

—Eh, mira, se te ha caído algo —dijo recogiendo del suelo el sobre que yo conocía tan bien. Me llevé instintivamente la mano al bolsillo interior de la chaqueta. Estaba vacío. ¡Debía de habérseme caído en el choque!

Billy, sin saber nada, le dio la vuelta al sobre y dijo:

—No tiene nombre de remitente ni de destinatario. Pero está lleno. Seguramente se le ha caído a ese hombre, ¡quizá deberíamos abrirlo para saber a quién devolverlo!

—¡Es mío! —grité intentando quitárselo de las manos.

Billy, sorprendido, dejó caer el sobre, y la página arrancada del cuento del doctor Watson se deslizó a la acera. Él estaba más cerca que yo y se agachó a recogerla.

—Un momento… He leído este relato —dijo frunciendo el ceño.

—¿Que lo has leído? —exclamé asombrada.

—Pues claro, después de conocer al señor Holmes decidí leer

todos los libros del doctor Watson con sus aventuras. Aunque confieso que ese relato no lo entendí mucho… Habla de Irene, que podría causar un escándalo por una foto suya con un rey, pero luego se casa con un abogado y renuncia a hacerlo. Sherlock es poco más que un espectador del asunto, algo muy extraño, pues suele meter la nariz en todas partes. Pero con seguridad tú sabrás más que yo.

Abrí mucho los ojos y contesté en un susurro:

—No, nada de eso. Yo no sé absolutamente nada…

CAPÍTULO 5

una COSTOSÍSIMA ANÉMONA

Cuando Billy terminó de contarme las peripecias que se narraban en *Escándalo en Bohemia*, me pregunté si acaso no habría leído el relato de una manera un poco superficial. En la historia, Sherlock era contratado por el rey de Bohemia, un viejo enemigo de Irene, por lo que yo sabía, para seguir la pista de una foto de mi madre con el monarca que podría hacerle pasar a él por infiel a los ojos de la futura reina. Pero luego Holmes se veía implicado como testigo en la boda apresurada de Irene con ese misterioso Godfrey Norton, y la pareja se marchaba para siempre, enamorada y feliz, dejando a Sherlock con un palmo de narices.

—¿Y ahí, en la noticia del periódico, se dice que Norton fue asesinado? —preguntó Billy.

Asentí mirando alrededor con cautela. Irene y Arsène todavía no habían llegado a la playa, pero estaba segura de que al menos mi madre adoptiva no tardaría en darse un baño. La había visto nadar fueran cuales fuesen las condiciones, incluso en el gélido océano de los Hamptons en invierno.

—Mientras que en la carta se insinúa que fue ella quien lo mató… —rumió perplejo Billy.

—¡Chist! —proferí yo llevándome un dedo a los labios, más por no querer oír en voz alta aquellas palabras que por el peligro real de que llegaran a oídos indiscretos.

—En caso de que quieras conocer mi parecer, aquí lo tienes: ¡idioteces! ¡Unas completas idioteces! —sentenció Billy.

—¿Y cómo puedes estar seguro?

—Bah, alguien que tiene pruebas de un homicidio no monta una insulsa comedia para acercarse a la hija de la sospechosa y darle recortes de periódico y otras tonterías —afirmó Billy agitando la carta—. ¿Sabes lo que es esto? Basura, nada más. Probablemente, una persona aventurera como la señora Adler tiene muchos enemigos repartidos por el mundo.

—¿Tú crees que debería hablar con ella?

Billy apartó la mirada a lo lejos, en el horizonte, azul de mar y azul de cielo.

—No, en mi opinión, si ella no te ha hablado nunca de ello, si no conserva fotografías ni otros recuerdos de Norton, una pregunta directa podría resucitar pensamientos dolorosos. ¿No lo crees?

Inspiré profundamente. Tal vez él tuviera razón, y desde luego aquello era lo que yo quería oír. Sus palabras habían aligerado, al menos un poco, el peso con que cargaba desde que había abierto aquel sobre. Y ciertamente no quería hacer sufrir a Irene por las calumnias de un cobarde que se escondía detrás del anonimato.

—¡Eh! —llamó Irene.

Tuve el tiempo justo de esconder el sobre en la chaqueta antes de que mi madre adoptiva y Arsène llegaran hasta nosotros.

—He alquilado para los próximos días unas tumbonas y una caseta para cambiarnos —nos informó muy contenta—. Pero esta tarde, si no os molesta, vamos a acudir a un compromiso mundano.

—¿Qué compromiso? —le pregunté dubitativa. La única persona de Torquay que conocíamos era Clara, que sin embargo en aquel momento estaba impedida en Malta.

—¿Recuerdas que te hablé de Agatha, la hija de Clara?

—Sí, incluso te invitó a su boda, pero estábamos en Estados Unidos.

—Es una gran chica, se encuentra aquí de veraneo, como nosotros. Su madre la ha avisado de que veníamos a Torquay de todas formas, así que nos ha invitado a todos a tomar el té con ella en Ashfield, la casa familiar —explicó Irene.

Billy dio una palmada y declaró:

—Bien, mientras ustedes van a su cita mundana, yo aprovecharé para explorar un poco los alrededores, si no les importa.

Irene frunció el ceño y repuso:

—¡Ah, claro que nos importa, Billy! La invitación te incluye a ti también.

—No quisiera estar de más. Ya estoy aprovechándome mucho de su generosidad y gentileza.

—Insistimos —dijo Arsène luciendo una de sus sonrisas más convincentes, pues desde que habíamos llegado había dejado de toser y había recobrado un poco de color en la cara.

—En tal caso…, sería descortés por mi parte rechazarla —dijo Billy con una media inclinación.

—¡Palabra, este chico no desentonaría ni en una recepción en Buckingham Palace! —exclamó Arsène divertido.

Ashfield era una gran casa de ángulos rectos tendida sobre una colina, con ventanas imponentes y un encantador invernadero flanqueándola.

—¡Ah, por fin veo la casa de la que tanto me ha hablado mi amiga Clara! —exclamó Irene mirándolo todo con los ojos brillantes.

—¿Nunca habías estado aquí? —le pregunté.

—No, Clara y yo nos conocimos en Estados Unidos. Ella es inglesa, pero se casó con un norteamericano y vivió un tiempo en Nueva York antes de regresar a Inglaterra y comprar Ashfield. Qué lástima que no esté aquí, me habría alegrado volver a verla. Y también os habría gustado a vosotros, es una persona bastante excéntrica.

—¿Excéntrica en qué sentido? —pregunté con curiosidad, pero en aquel momento una mujer de unos treinta años salió por la puerta principal y agitó una mano en nuestra dirección, mientras que con la otra sujetaba un bultito de mantitas bordadas. Llevaba un encantador vestido de flores y un largo collar de perlas al cuello.

—¡Bienvenidos! —nos saludó jovialmente. La melena peinada en ordenados ricitos le daba un aire refinado a su rostro, un óvalo un tanto pronunciado; y sus ojos oscuros relucían con una luz intensa.

—¡Querida Agatha, por fin nos conocemos en persona! —dijo Irene con el mismo arrebato—. Te presento a mi hija, Mila, a mi amigo Arsène Lupin y al joven Billy Gutsby.

Con una franqueza muy estadounidense, Irene había reducido al máximo los convencionalismos y había pasado directamente a

tutearla.

La hija de Clara no pareció escandalizarse ni molestarse.

—Agatha Miller, es un placer —respondió. Y, mostrando el bulto de mantitas, añadió—: Y ella es Rosalind.

Entre todos aquellos encajes se entreveía apenas una carita de recién nacida a la que Irene le hizo muchas carantoñas. En cuanto a mí, le hice cumplidos por educación, esperando que no tratara de plantármela en los brazos, pues los bebés me hacían sentir incómoda con sus cabecitas colgantes y su fragilidad, que incomprensiblemente se combinaban con la capacidad pulmonar de una soprano.

Agatha nos hizo sentar en un saloncito, le entregó la bebé a la niñera y llamó a la criada para que sirviera el té con *scones*, como es tradición en Devon.

—Perdonad la ausencia de mi madre. Por suerte, he decidido pasar unos días aquí con Rosalind, pues el aire de mar les sienta bien a los niños, así que puedo intentar suplirla, al menos en parte.

—Así que la pobre Clara se ha roto una pierna —comentó Irene.

—Sí, y está realmente desolada por el contratiempo que os ha causado —explicó Agatha.

—Oh, nada de contratiempo, la única pena es no poder verla…

—Ahora que se… te has trasladado a Inglaterra, estoy segura de que habrá más ocasiones, es más… —La mujer dudó un instante y trató de disimular su apuro bebiendo un poco de té.

—¿Hay algo que quieres decirnos, querida? —le preguntó Irene con una sonrisa.

La otra se sonrojó y respondió:

—En realidad…, es solo que… he sabido que tenéis amistad con el célebre Sherlock Holmes y esperaba que estuviera con vosotros en estas vacaciones.

Arsène se echó a reír.

—Agatha, si has leído los libros del doctor Watson, tendrás una idea un tanto novelesca de él, pero en persona es un viejo gruñón que prefiere quedarse en Londres a acompañar a sus amigos de vacaciones. ¡Fíate de mí!

—Tendrá casos misteriosos que resolver —dijo nuestra anfitriona, con un centelleo en los ojos, depositando la taza en el platito.

—Yo también, como usted, así lo esperaba, señora. Pero la verdad es que el señor Holmes se ha jubilado —dijo Billy con gran afabilidad—. Y últimamente dedica la mayor parte de su energía a la cría de abejas.

—¡¿Abejas?! —preguntó pensativa Agatha—. A lo mejor es un método para… para investigar un homicidio cometido sirviéndose de la picadura de las abejas y…

Nos miramos sonrientes. ¡Aquella mujer tenía realmente mucha imaginación!

—Lo siento, pero creo que la realidad es un poco más banal y aburrida —comentó Irene.

—Lástima. Pero, en lo que a mí respecta, seguiré imaginándome al señor Holmes inmerso en alguna investigación complicada, ¡así podré mitigar la desilusión por no haberlo conocido! —replicó Agatha con sinceridad.

Todos nos reímos ante aquellas palabras.

—¿Es una apasionada de los misterios? —le pregunté con curiosidad.

—¡Oh, una verdadera apasionada! Tengo una colección de novelas policíacas, ¡y en ella las obras completas del doctor Watson son una de las piezas fuertes! —exclamó arrebatada. Luego carraspeó, se recompuso y añadió—. Pero vosotros no habéis venido aquí para oírme hablar de mi pasión por los misterios. ¿Qué me decís de ir a dar un paseo? Precisamente es la hora en que llevo a Rosalind a que le dé un poco este buen aire.

Unos minutos después seguíamos a Agatha, que encabezaba el grupo empujando el cochecito blanco en que Rosalind dormía serenamente.

—Ahí, pasada esa curva, hay una de las mejores vistas panorámicas de Torquay. —Señaló un recodo del camino que iba desde los prados situados detrás de Ashfield hasta el acantilado. Y cuando llegamos a aquel punto, descubrimos que nuestra anfitriona no había exagerado nada. Desde allí podía verse la bahía en toda su amplitud y belleza, y en especial el puerto.

—¡Qué maravilla! —exclamó Irene abriendo los brazos y respirando a pleno pulmón.

—Se percibe perfectamente el olor del mar —dije yo—. Además,

parece como si se contemplara una maqueta con todos esos barcos que desde aquí parecen pequeñísimos.

—Sí. Todos menos… ¡aquel! —observó Billy. Y señaló un enorme yate que se acercaba al puerto.

—Es cierto, debe de ser una embarcación de dimensiones extraordinarias. Con seguridad se trata de una lujosa embarcación de recreo, propiedad tal vez de algún príncipe extranjero o de algún potentado de la industria —comentó Arsène, que en su carrera como caballero ladrón a menudo había entrado en contacto con la opulencia más desenfrenada.

—Me gustaría verlo más de cerca —suspiré interesada.

Irene me lanzó una mirada cómplice.

—Puedes hacerlo —dijo simplemente, luego rebuscó en su bolso y sacó unos pequeños gemelos de teatro.

Me quedé boquiabierta y ella me guiñó un ojo.

—El viejo instrumental del oficio. Siempre los llevo conmigo, desde hace muchos años —dijo con una sonrisita.

Argucias de espía, pensé, y enseguida me sentí en el principio de una nueva aventura. Cogí los gemelos y los apunté hacia el yate.

—¡Qué esplendor! —exclamé viendo mejor algunos detalles.

—¿Puedes leer el nombre en el costado? —me preguntó Arsène.

Intenté sujetar los gemelos lo más firmemente posible y al fin encuadré la parte lateral del yate.

—Está escrito… *White Anemone*.

Agatha dejó escapar un gritito y la pequeña Rosalind se sobresaltó y estalló en un breve llanto que su madre calmó balanceando suavemente el cochecito.

—¿Qué ocurre? —le pregunté en ascuas cuando la bebé se tranquilizó.

—¿Queréis decirme que no lo sabéis? El *White Anemone* es el yate de Harold Grayling y de su prometida, lady Cecilia Hagbury-Winch, dos personalidades de la alta sociedad y objeto de muchas habladurías. Su llegada a Torquay es una auténtica sorpresa… Pero qué digo sorpresa, ¡es un acontecimiento que pronto estará en boca de todos!

CAPÍTULO 6

EL PRESUMIDO
y
LA PRESUMIDA

Agatha se despidió de mala gana, porque la pequeña Rosalind reclamaba a grandes voces su comida.

—¿Vamos a ver el *White Anemone* de cerca? —pregunté cuando volvimos a quedarnos solos los cuatro.

Sin esperar respuesta, me lancé colina abajo.

—¡Más despacio o arrollarás a más petimetres en bicicleta! —bromeó Billy cuando me alcanzó.

—Di que tienes miedo de que te gane otra vez —repliqué intentando que no se notara mi falta de resuello por el esfuerzo para no ceder terreno.

—¿Ganarme? ¡Si no hubiese sido por el ciclista, te habría alcanzado y doblado, novata! —dijo Billy.

—¡¿Novata yo?! —exclamé fingiéndome ofendida.

La verdad es que me sentía eufórica. El joven y comedido mayordomo Gutsby se estaba convirtiendo rápidamente en mi amigo Billy. Yo estaba bien con Irene, pero su actitud protectora, justificada por mi delicada condición de desterrada con orígenes inconvenientes, siempre me había impedido entablar amistades. Ahora, sin embargo, estaba Billy, un poco mayor que yo, desde luego, y poco adecuado para las confidencias que una chica quiere hacerle solo a coetáneas de su mismo sexo, pero destinado a vivir en nuestra casa. Ahora que los límites impuestos por la diferente extracción social se estaban difuminando, me sentía llena de curiosidad y benevolencia hacia él. Incluso cuando, tras

vanagloriarse de poder hacer fácilmente lo contrario, aminoraba adrede su paso para que yo no perdiera aquella tonta carrera.

—De todos modos, lo digo por ti, seguro que no querrás presentarte ante Harold Grayling y lady HagburyWinch, delante de su fabuloso yate, toda desgreñada y sudorosa —dijo Billy con una mueca divertida.

Me detuve de golpe, a riesgo de rodar por el suelo, y, como si no pasara nada, me arreglé el pelo, que efectivamente se me escapaba en todas las direcciones del moño que me había hecho en la nuca. ¡Qué desastre! De todas las torturas que sufría por mi aspecto físico en plena mutación de adolescente, el pelo era la peor. Crespo, espeso como maleza y amarillo como estopa, se negaba a dejarse domeñar. Intenté sujetarlo de todas las maneras posibles, mientras Billy esperaba pacientemente sin hacer comentarios, cuando Irene y Arsène nos alcanzaron.

—Déjame a mí —dijo mi madre adoptiva. Sus sabias manos entrelazaron una blanda trenza que me dejó presentable de nuevo.

—Ahora tienes una melena digna de una gran *soirée* —comentó Arsène contemplándome, y yo me sonrojé por culpa del primer pensamiento que había cruzado por mi mente: ¡a saber qué pensaría Billy!

Pero no había tiempo para demorarse con aquellas tontas fantasías, el *White Anemone* nos aguardaba con toda su magnificencia, dispuesto a dejarse admirar. Y cuando llegamos al muelle nos dimos cuenta de que no habíamos sido los únicos en tener aquella idea. Parecía que todo Torquay hubiese afluido al puerto en un ambiente de curiosidad y expectación, casi de fiesta mayor.

El *White Anemone* era verdaderamente una embarcación digna de nota, con un elegante casco de líneas dinámicas, proa esbelta con larga cubierta central en madera de teca y dos mástiles descollantes. Y la pareja de señores de aquel palacio sobre el agua no tardó en aparecer. Harold Grayling era tan guapo como un divo del cine, con un fino bigote subrayando su nariz griega y una fascinante boca en forma de corazón, roja como la de una dama. Su pelo rubio estaba partido por una raya en medio, un tanto torcida, que le confería un aspecto selvático. Pero, de los dos, Cecilia era la más extraordinaria. Lo que más impresionaba en ella era su estatura, que alcanzaba la

nada modesta altura de su prometido. Y luego sus ojos verde esmeralda, agigantados por el maquillaje, que resaltaban en contraste con el mechón castaño que remataba sobre la mejilla en un coqueto caracolillo. La ropa marinera, sencilla en sus líneas estilizadas y de colores neutros, los hacía parecer, si era posible, aún más elegantes y excéntricos.

—Si alguien desea hacer un pequeño brindis, puede unirse a nosotros en el Yacht Club de Torquay —anunció Cecilia con desenvoltura y majestuosidad a la vez antes de bajar por la pasarela.

Su anuncio fue recibido con sonrisas y aplausos, y la pequeña multitud se dividió en dos alas para dejarla pasar con Grayling por el muelle en dirección al exclusivo club.

—¡Como suele decirse, una entrada triunfal! —exclamó Arsène.

Aunque hubiese intentado convencer de todas las formas posibles a Irene para sumarnos a la multitud, de la que ahora se alzaba un parloteo excitado, ella habría preferido una retirada estratégica para evitar terminar apretujados en la masa.

—Este no es el mejor momento para observar de cerca a esos dos insólitos ejemplares de ser humano —comentó con expresión fingidamente seria—. Pero no temas, estoy segura de que habrá muchísimas otras ocasiones, y con menos barullo alrededor.

Y tenía razón, de hecho, porque aquella misma noche, en la espléndida terraza del Grand Hotel, mientras leíamos el menú en el difícil esfuerzo de elegir entre todos los atractivos y sofisticados platos listados en aquellas hojas, un cierto revuelo hizo que volviéramos los ojos hacia el interior del restaurante.

—¡Pero ¿qué significa eso de que ya no les quedan mesas con vistas al mar?! —exclamó una voz estridente. Era la de lady Hagbury-Winch.

—Cariño, también podemos cenar en una mesa del interior… El salón es bastante coqueto —trató de apaciguarla el señor Grayling.

—¿Y el aire fresco del mar? —preguntó ella con una vocecita de desilusión, cogiéndole las manos y mirándolo tiernamente a los ojos.

El *maître*, entretanto, había azuzado a los camareros para que vieran si había algún hueco libre donde añadir una mesa, pero la

veranda estaba completamente ocupada.

—Disculpen… —dijo Irene aprovechando al vuelo la situación y llamando la atención de los camareros con un gesto.

—Dígame, señora —respondió uno de ellos, imperturbable y cortés pese al jaleo.

—Si quieren, nosotros podemos apartarnos un poco para dejar sitio a otra mesa —propuso solícita Irene, que le indicó una zona libre entre nosotros y el rincón en la parte oeste de la veranda.

—Serían ustedes muy amables —respondió el camarero.

En solo un instante, con extrema eficiencia, el personal del restaurante acomodó a Cecilia Hagbury y Harold Grayling en una mesa a mi espalda.

—Les agradezco infinitamente su cortesía —dijo Cecilia acercándose con paso felino a nuestra mesa. De cerca podía apreciarse la diferencia de edad entre ella y su joven acompañante, pero eso no disminuía su escultural belleza.

—¡Vaya, estoy de espaldas! —resoplé en voz baja poco después. El sitio con vistas de cara al mar que me había cedido galantemente Arsène me ofrecía un encantador panorama, pero ninguna posibilidad de observar a nuestros nuevos y fascinantes vecinos de mesa. Los que mejor visión tenían eran Arsène y Billy.

—Mila, la primera regla del agente secreto es no hablar nunca en voz baja cuando se está cerca de alguien que no queremos que nos oiga —me amonestó burlonamente Irene mientras Cecilia y Harold se reían ajenos a todo, absorbidos por quién sabe qué divertidas historias.

—Pero ¿cómo? ¿No debería ser al contrario? —pregunté con expresión de sorpresa.

—Hablar en voz baja atrae el doble la atención. Hay que esforzarse por mantener un tono de voz normal y hablar de manera que no despierte la curiosidad.

—En todo caso, me parece que están demasiado concentrados en su conversación para hacernos caso —observó Arsène al enésimo estallido de risas de Cecilia.

—Esos dos señores pertenecen a la *crème* de la capital, pero, si me permiten decirlo, juzgo sus modales un tanto chabacanos —comentó Billy, que pese a su origen humilde parecía tener una propensión natural a las buenas maneras y la observancia de la

etiqueta.

—¡Oh, venga! —exclamé, cautivada por los modales libres de Cecilia y tratando de adoptar un aire de mujer de mundo—. Estamos en el siglo XX, por si no te has dado cuenta, señor Gutsby. Ciertas formalidades están pasadas de moda…

—A lo mejor solo están muy enamorados y felices —observó Arsène con un suspiro en el que capté un velo de aflicción. Pensé en la foto de una mujer en el interior del medallón que me había enseñado durante nuestro viaje a Danzig. Él también debía de haber estado muy enamorado, y ahora su amada ya no estaba. De improviso sentí el impulso de pedirle que me hablara de ella, pero eso me llevó a pensar también en todo lo que no sabía de mis compañeros de viaje, incluida Irene. Y de nuevo se insinuó en mi mente el nombre de Godfrey Norton. Sacudí la cabeza, no era el momento.

—¡Una gran fiesta! —exclamó Cecilia en ese instante, tan fuerte que todos los presentes se volvieron hacia ella. Algunas señoras elegantes le lanzaron cortantes miradas de reproche, pero Cecilia no hizo caso y, siempre con los ojos fijos en Harold, como si en el mundo únicamente existieran ellos dos, añadió—: Tenemos necesariamente que organizar una fiesta de disfraces en el *White Anemone*, aquí en Torquay.

—¿Así… de repente? —dijo sonriendo Grayling.

—¡Pues claro, cariño! ¡Eso es precisamente lo bonito! —se entusiasmó Cecilia—. Mañana por la mañana haré unas invitaciones relámpago; por teléfono, mandaré unos telegramas… Les pediremos a nuestros amigos que se reúnan con nosotros como puedan en este rinconcito de Inglaterra, vestidos del modo más absurdo que se les ocurra… ¡Es algo tan extravagante que solo podrá ser divertido!

Harold hizo una cómica mueca, como si aquella idea repentina lo hubiese dejado totalmente desconcertado. Pero no era así en absoluto. De hecho, le dijo sonriente a su amada:

—Invitaciones relámpago… ¡Solo a ti se te pueden ocurrir algunas cosas! De todos modos, tienes razón, será divertido. Podríamos preguntarle al *maître* si el hotel puede proporcionar servicio a bordo. Me parece que la cocina no está nada mal.

—A ver si también esta vez invitan a todos los presentes —dije revolucionada mientras me volvía de nuevo hacia mis compañeros

de mesa.

—¿De qué te disfrazarías? —me preguntó Arsène con una sonrisa cómplice.

—¡No lo sé, no he traído ningún traje adecuado para un baile de disfraces! —exclamé, como si la posibilidad de estar invitada a aquella fiesta fuera más una certeza que una fantasía.

—Yo podría vestirme de explorador —reflexionó Arsène—. E Irene podría ser una espléndida odalisca.

Ella, cogida por sorpresa, se quedó con los ojos desorbitados y se rio.

—¡Tonto! ¡¿A mi edad?! ¿Qué clase de odalisca sería?

Arsène le guiñó un ojo y siguió diciendo:

—Mientras que Mila podría ser una espléndida reina de los hielos, y Billy…

—Un viejo sabio chino —dijo Gutsby estirándose los párpados con los índices para imitar los ojos orientales.

—¡Chiquillo, para hacer parecer vieja esa carita lisa tuya te hará falta más trabajo! —bromeó Arsène.

—Parezco imberbe solo porque mi afeitado es impecable —replicó Billy pasándose una mano por el mentón terso y fingiéndose muy ofendido.

Reímos y bromeamos durante el resto de la velada, fabulando sobre trajes increíbles y fantásticos eventos mundanos.

Cuando llegó el momento de irnos, me volví apenada hacia aquellos dos vistosos e imprevisibles amantes que, con su excentricidad, nos habían animado el día. Mis ojos se posaron en ellos justo cuando Cecilia lanzaba una mirada electrizante a Harold y ladeaba la cabeza en un pequeño gesto de entendimiento. Pensé que, si existía alguna imagen capaz de representar el amor más puro e intachable, debía de parecerse mucho a la de lady Cecilia en aquel momento.

CAPÍTULO 7

un día agradable y uno terrible

Aquella noche dormí profundamente y soñé con bailes de disfraces y viajes por alta mar. Era la primera vez que, fuera de casa, Irene me permitía tener una habitación para mí sola, y eso me hacía sentir a salvo. Si incluso una persona experimentada y cauta como ella estaba segura de que ya no había ningún peligro para mí, hasta el punto de relajar su continua vigilancia y concederme mis tan ansiados espacios de libertad, podía pensar de verdad que tenía por delante una nueva vida. Una vida de chica normal, sin peligrosos sicarios que derrotar ni oscuras maquinaciones internacionales que desbaratar. En cuanto al futuro que me había proyectado Mycroft Holmes, ya pensaría en él a su debido tiempo, pero en ese momento quería disfrutar de mi recuperada tranquilidad.

Me desperté llena de energía y encontré a Irene esperándome sentada a nuestra mesa para el desayuno.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Estupendamente, ¿y tú?

—Bien, gracias. Realmente necesitaba un poco de silencio y de paz. He ido a nadar esta mañana temprano. ¿Te apetecería venir mañana conmigo?

Dudé, suspirando. Desde que me había adoptado, Irene estaba empeñada en darme una educación de chica estadounidense emancipada y eso pasaba también por el deporte y la actividad física. Yo sabía cabalgar, jugar al tenis, montar en bicicleta y nadar, aunque la natación era, en términos absolutos, la actividad que

menos me gustaba.

—Brrr, el agua debe de estar helada… —comenté.

—Tonificante, diría —repuso ella guiñándome un ojo—. ¡No me digas que te da vergüenza ponerte el bañador!

—¿A mí? No… —refunfuñé, pero también aquello era un problema para mí. La moda estaba cambiando e Irene lucía sin ningún bochorno un bañador cuya faldita le dejaba al descubierto buena parte de la pierna por encima de la rodilla. A su edad todavía causaba gran impresión con aquella prenda de vestir tan sucinta. Yo, en cambio, tenía las piernas secas como palillos y no quería arriesgarme a que me viera…

—¡Buenos días, Billy! —exclamó Irene saludando al joven, que venía hacia nosotras en aquel momento. A mí se me atragantó el té.

—Buenos días —respondió él con su pequeña inclinación habitual—. ¿Ya ha pensado cómo llenar este radiante día, señora Adler?

Me puse colorada, esperando que Irene no propusiese ir a nadar.

—Podríamos dar un paso en barca —dijo ella, en cambio, para gran alivio mío.

—¡Qué idea tan espléndida! —aprobó Arsène acercándose a la mesa.

Le pedimos al *maître* del hotel que nos preparara unas cestas de pícnic. Aproveché para echar un vistazo a las cocinas, donde los cocineros estaban muy atareados, mientras que de la parte trasera unos pinches traían cajas de ostras y de champán.

—¿Para la fiesta de disfraces en el *White Anemone*? —susurré señalándoselas a Irene.

—Parece que nuestros dos tortolitos de clase alta no reparan en gastos —comentó ella divertida.

En el muelle alquilamos una barca, que Irene impulsó sabiamente mar adentro ayudada por Arsène.

—¿Hay algo que no sepa hacer, señora Adler? —la felicitó Billy.

—Dicho por ti, que con tu eficiencia has logrado ganarte incluso a Sherlock Holmes, lo tomo como un gran cumplido —replicó ella con una sonrisa.

—Ganármelo, dice usted… No, es que el señor Holmes aprecia que yo no haga demasiadas preguntas, de ahí que acepte tenerme por el medio —se quitó importancia Billy.

—¡No sé cómo haces para soportarlo, con esos absurdos recados que te manda hacer continuamente! —comentó Arsène.

Billy soltó una carcajada y se lanzó a recitar una educada pero ingeniosa relación de los objetos y materiales más extraños que Sherlock le había pedido que se procurase en aquellos meses. Entre las cosas más estrambóticas figuraban un modelo articulado de serpiente y un tarro de una salsa de vinagre imposible de encontrar, para utilizarlos en quién sabía qué experimentos científicos. Luego, Holmes se había dado cuenta de que algunas de sus abejas habían muerto y la semana anterior a la partida se había dedicado enteramente a las abejas.

—Pero es una lástima que no esté aquí con nosotros —suspiró Irene.

—¿Te lo imaginas haciendo una excursión en barca? ¿O nadando? ¿O tomando el sol? —observó Arsène—. ¡Para él este descanso sería una auténtica tortura!

Me reí de aquel comentario, pero la verdad es que desde que nos habíamos hecho a la mar estaba distraída. En el puerto había visto el *White Anemone* atracado para aprovisionarse, y en mi ánimo se había abierto paso el deseo (¡totalmente disparatado!) de participar de verdad en la fiesta de disfraces.

—¿Qué te ocurre, Mila? —me preguntó Irene al notar que tenía la mente en otra parte.

—Según tú, ¿no hay manera de colarse en la fiesta de disfraces? —le pregunté a quemarropa.

—¡Mila! ¡No sería de buena educación! —respondió Irene riéndose.

—Hemos hecho cosas peores, y en más de una ocasión —comenté, pero, aunque también a Arsène lo atraía la idea, mi madre adoptiva no quiso ni oír hablar del tema.

—Estamos aquí para descansar, basta de disfraces y locuras por un tiempo —sentenció.

Solté un largo suspiro, pero no pude sino reconocer que mi madre tenía razón.

Comimos en una cala a la que solo se podía llegar por mar y pasamos la tarde jugando a las cartas y construyendo castillos de arena. Perdimos la noción del tiempo y nos dimos cuenta de que era hora de regresar cuando el sol empezó a declinar. Al mismo tiempo,

se alzó un viento persistente que soplaba de tierra hacia el mar e hizo falta toda la maestría de Irene para volver al puerto.

Cuando estábamos a punto de amarrar, el *White Anemone* pasó por nuestro lado y lo vi alejarse con gran pesar, imaginando la fabulosa fiesta de la cual yo estaba excluida.

El día al aire libre nos despertó en todo caso un gran apetito y un dulce agotamiento que nos mandó a la cama bastante pronto. Al día siguiente, el viento siguió soplando impetuoso, e Irene y Arsène decidieron pasar el día a resguardo en la veranda del hotel. Yo, sin embargo, me aburrí pronto y me puse a zanganear inquieta por la terraza.

—Vamos, Mila, así pareces un alma en pena —comentó Irene a mi enésimo suspiro sonoro.

—¡Tengo ganas de hacer algo, me aburro! —protesté.

—No está el día para ir a la playa —observó Arsène. Se le había pasado del todo la tos, pero, después de remar tanto el día anterior, tenía la impresión de que le complacía mucho estar un poco mano sobre mano.

—He visto que el hotel tiene bicicletas a disposición de los huéspedes —dijo Billy de pronto.

—¡Bicicletas! —exclamé con entusiasmo. Adoro la sensación de libertad que regala un buen pedaleo—. ¿Qué me dices, Irene? ¿Puedo ir a dar una vuelta?

—¿Con este viento? ¿Y si te caes por el acantilado?

—Oh, vamos… ¡No sopla tan fuerte! —respondí tozuda.

—Puedo acompañarla yo, señora Adler —intervino Billy.

Irene, después de cruzar una mirada con Arsène, capituló:

—Está bien, pero id con cuidado.

Le di las gracias y salí corriendo por miedo a que cambiara de idea. En recepción, Billy se informó bien de cómo tomar prestados los vehículos, e instantes después estábamos ya al aire libre, montados en dos bicicletas negras y relucientes. El viento seguía soplando y al principio resultó difícil pedalear, hasta el punto de que estuve a punto de renunciar. Pero no me atreví a decirlo para evitar quedar mal. Después, Billy encontró una carreterita algo resguardada por una ladera rocosa y todo se volvió más fácil.

—Así que eres irlandés… —dije para romper el silencio que se

había creado en nuestra lucha contra el viento.

—Sí —respondió él mirándome de reojo.

—No se diría…

—Cierto, por mi tez olivácea casi podrían tomarme por un indio —bromeó Billy.

—¡No era eso lo que quería decir! —dije yo riéndome.

El rostro de Billy se tensó en una sonrisa sarcástica.

—Ah, ya entiendo, es por mi acento de petimetre de Oxford…

—Bueno, sí.

—Tú tampoco pareces rusa a juzgar por tu acento yanqui.

—¡No tengo acento yanqui!

Billy me imitó, pronunciando abiertas todas las vocales y mascullando las palabras, y yo levanté un pie del pedal e hice el gesto de darle una patada.

—De todos modos, tengo acento de Oxford porque crecí en Oxford —explicó él poniéndose serio—. Cuando tenía seis años, mi madre encontró trabajo como criada en casa de un profesor de la universidad, que tenía un hijo de mi edad, James, así que tuve la suerte de poder asistir con él a las clases de su preceptor.

—¿Y por qué te marchaste a Londres?

Billy no contestó, miró hacia otro lado y aceleró. Yo apreté fuerte el manillar y empujé los pedales, pensando si mi pregunta habría sido inoportuna. Había muchas cosas que no sabía de él.

—Fui a buscar fortuna —respondió al fin, frenando de repente.

—Perdona.

—¿Por qué?

—Yo…, bueno…, a veces… —farfullé. «Hago demasiadas preguntas, me meto en cosas que no me conciernen», me habría gustado decirle.

—Mira eso —me interrumpió Billy señalando un cartel blanco de madera clavado al lado del camino.

—Watcombe Beach —leí.

—¿Vamos a ver cómo es?

Le sonreí mientras una idea audaz me venía a la cabeza.

—¡Blandengue el último! —grité y me lancé a tumba abierta por el estrecho sendero en cuesta.

El mar bajo nosotros parecía un prado azul barrido por el viento, con miles y miles de pequeñas olas nerviosas que encrespaban la

superficie.

—¡Mila! ¡Para, es peligroso! —chilló Billy pegado a mi rueda.

Había hecho trampa: el sendero era demasiado estrecho, empinado y precario para que pudiera adelantarme. Apreté aún más fuerte el manillar tratando de mantenerlo recto pese a que temblara y se torciera a cada piedra, desnivel o agujero.

—¡Yujuuu! —grité con el corazón a mil.

—¡Tú estás loca de remate! —exclamó Billy riéndose.

La pequeña playa, encajonada entre dos alas de roca coronadas por prados verdísimos, estaba ya a pocos metros. Las ruedas de mi bicicleta se hundieron en la arena tras un saltito para salvar la elevación en que terminaba el sendero. El cambio de terreno estuvo a punto de hacerme caer. Puse un pie en el suelo, hice girar la bicicleta derrapando en la arena y la atravesé de lado.

—¡Primera en llegar a la playa! ¡He ganado! —exclamé triunfante alzando los brazos al cielo y mirando alrededor al mismo tiempo.

Y entonces lo vi, a mi derecha, en el punto en que la arena, las rocas y el mar confluían al final de la playa. Parecía un fardo de andrajos de colores.

—¿Qué es? —pregunté señalándoselo a Billy, que había bajado de la bicicleta y la llevaba a su lado. De pronto se me pasaron todas las ganas de tomarle el pelo por haber llegado segundo y deseé que recorriera la distancia que nos separaba en el menor tiempo posible, para que estuviera a mi lado. Porque había comprendido qué era aquello.

—Mila, tú quédate ahí, voy yo a mirar —se apresuró a decir mi compañero, que dejó la bicicleta en el suelo sin muchos miramientos. También él había comprendido de qué se trataba.

No era un fardo de andrajos, era un hombre. Un hombre que no parecía dar señales de vida.

CAPÍTULO 8

el pirata de watcombe BEACH

Billy se acercó con temor y cautela al hombre de la playa y luego lo sacudió por un hombro.

—Señor… —lo llamó, pero no obtuvo respuesta. Yo, entretanto, no había seguido sus indicaciones y me había acercado. El hombre, tumbado boca abajo en la arena, vestía botas altas, pantalones de algodón grueso y una camisa roja, y llevaba una cimitarra atada a la cintura.

—Pero ¿qué…? —dije perpleja.

Billy lo agarró delicadamente por los hombros y le dio la vuelta. Una franja de tela negra había resbalado hasta las mejillas del hombre, que tenía ambos ojos abiertos y parecía contemplar el cielo sin parpadear.

—¡¿Un pirata?! —pregunté en voz alta mientras pensaba que la época de los bucaneros había acabado hacía tiempo. Pero enseguida me acordé de la fiesta de disfraces—. ¿Está…?

—Muerto —confirmó Billy, y noté que, pese a que tratase de mostrarse seguro y fuerte, sus manos temblaban visiblemente.

—Tenemos que avisar a la policía —dije, un poco porque era lo que había que hacer y un poco porque quería alejarme de aquella playa lo más rápidamente posible.

Billy asintió y corrimos a las bicicletas. Subimos la cuesta empujándolas y luego, en cuanto nos fue posible, nos montamos en ellas para dirigirnos a la ciudad a toda velocidad.

La comisaría de Torquay no tenía nada de austero ni de marcial,

es más, parecía una casa cualquiera. Dejamos las bicicletas delante de la verja y abrimos impetuosamente la puerta.

—¡Un homicidio!

—¡En Watcombe Beach!

—¡Hay un pirata!

—¡Muerto, donde rompen las olas!

De nuestros labios solo salieron breves frases inconexas.

Un sargento sereno y bigotudo nos miró de través.

—¡¿El qué?! —preguntó poniendo los brazos en jarras con aire amenazador.

—Hay un muerto en Watcombe Beach —dije yo.

—No me digas. Y resulta ser… un pirata, ¿eh? —replicó el policía frunciendo el ceño.

—No…

—¿Sí o no, señorita? Antes has dicho que hay un pirata muerto en la playa, luego dices que no…

—Es un hombre disfrazado de pirata —intervino Billy—. Se nota que es un disfraz.

El sargento bufó. Iba a decir algo cuando un colega suyo, esmirriado, entró por una puerta a su espalda y preguntó:

—¿Qué ocurre? Parece que vosotros dos hayáis visto un fantasma.

—No, es un pirata lo que han visto —precisó el policía bigotudo sonriendo burlonamente.

—¡Hay un hombre muerto en la playa, no importa de qué vaya vestido! —estallé apretando los puños.

Los dos policías me miraron atónitos, después el bigotudo cedió:

—Está bien, vayamos a Watcombe Beach, pero como sea una estúpida broma pagaréis las consecuencias.

El agente enclenque condujo el automóvil de la policía hasta el acantilado, luego bajamos a pie por el estrecho sendero que llevaba a la playa.

—Ahí está —dijo Billy señalando el cuerpo, que seguía donde lo habíamos dejado, y manteniéndome a mí retrasada con delicadeza.

—Vosotros dos quedaos ahí —dijo el sargento, cuyo rostro se ensombreció mientras nos señalaba con el dedo una roca redondeada junto al sendero. Él y su colega se acercaron al cuerpo.

Billy y yo nos sentamos el uno junto a la otra. La roca no era

muy grande y nuestras rodillas se rozaban. Billy intentaba mostrarse tranquilo, pero su pie derecho, nervioso, golpeaba rítmicamente la arena. Podía notarlo por los sobresaltos de su rodilla.

El policía esmirriado volvió corriendo y, tras quitarse la gorra, resopló antes de lanzarnos una larga mirada.

—Maldición… —dijo al fin—. ¡Hay de verdad un cadáver vestido de pirata! Adelante, contadme cómo lo habéis encontrado.

Billy y yo nos esforzamos en darle todos los detalles sobre la horrible manera en que había concluido nuestro paseo en bicicleta.

—¿Os acordáis de si había huellas en la arena? —preguntó el policía. Lo estaba anotando todo en una libreta.

—No, me parece que no —respondí—. ¿Verdad, Billy?

Él negó con la cabeza y confirmó:

—Yo tampoco he visto ninguna.

—¿Y estaba así cuando lo habéis encontrado?

—No, estaba boca abajo. Le he dado la vuelta para ver si respiraba —explicó Billy.

—¿Os habéis cruzado con alguien mientras veníais hacia aquí?

Yo lo pensé un momento, pero me parecía que toda nuestra excursión en bicicleta había sido bastante solitaria y dije que no con la cabeza.

—No sois de aquí, ¿verdad?

—No, nos alojamos en el Grand Hotel. Estamos de veraneo —le aclaré.

El policía anotó nuestros nombres y se dignó a, por fin, presentarse como el agente Tait. Por último, nos pidió que no abandonáramos Torquay y nos mantuviéramos a su disposición.

—Ya podéis marcharos —fueron, en cambio, las lapidarias palabras del sargento a su vuelta de la rompiente.

Me quedé con los ojos desorbitados.

—Pero hemos dejado las bicicletas en la comisar…

—Ya podéis marcharos —repitió imperturbable el policía bigotudo—. Este no es un lugar adecuado para chiquillos.

Nos resignamos a la caminata. Por suerte, el viento había empezado a amainar y al cabo de poco se transformó en una ligera brisa. Pero la distancia no dejaba de ser considerable y además tuvimos que ir a recoger las bicicletas para no quedar mal con el hotel. El paseo no planeado y el desvío por la comisaría hicieron

que llegáramos al hotel con dos horas de retraso para la comida, un hambre de lobos y un montón de teorías y conjeturas sobre lo que le podía haber sucedido al pirata.

—¡¿Os parece esta una hora de llegar?! —exclamó Irene al vernos aparecer en la terraza, sudorosos y polvorientos.

—Había-un-muerto-en-la-playa-y-la-policía-no-nosha… —arranqué yo sin coger aire siquiera.

—¡Frena, frena, bendita muchacha! ¿Has dicho… un muerto en la playa? —preguntó Arsène haciéndome gestos para que me calmara.

Les conté todo con ayuda de Billy, que salpicaba mi relato con sus observaciones.

Irene y Arsène cruzaron una mirada incrédula.

—Todo esto tiene algo… ¡de increíble! —comentó Arsène.

—Sí, tienes razón… Es de locos —añadió Irene mirando a los ojos a su viejo amigo.

—¿Qué pasa, no nos creéis? ¡Lo hemos visto de verdad! ¡Os parecéis a esos dos insoportables policías que pensaban que estábamos bromeando! —exclamé yo enfadada.

Irene me sonrió y tomó mis manos entre las suyas.

—Pero no, es solo que empiezo a creer que algo en nosotros nos hace unos auténticos imanes para los líos…, y no solo eso. El primer caso que resolvimos Arsène, Sherlock y yo, el caso que nos convirtió en un equipo, era muy similar a este al principio. Nosotros también encontramos un cadáver en la playa.

—Sí. Pero esta vez el pobre va vestido de pirata, ¿no es así? —preguntó Arsène, seducido por aquel nuevo misterio tan semejante al que había hecho nacer el legendario Trío de la Dama Negra.

—Sí —respondí con prontitud—. Y no tenía heridas. La ropa estaba mojada, pero en buen estado. Debe de haberse caído al mar y ahogarse.

—Con «caído», quieres decir del *White Anemone*, ¿no? —preguntó Irene.

Asentí. Para relacionar a aquel hombre disfrazado de pirata con la fiesta de disfraces en el yate de Grayling no hacía falta ser Sherlock Holmes.

—¡Mirad! —exclamó Billy de pronto, señalando el puerto.

El *White Anemone* estaba atracando. Irene sacó inmediatamente

los gemelos que llevaba en el bolso para observar mejor.

—¿Qué ves? —le pregunté impaciente.

—Harold y Cecilia están bajando por la pasarela… Un policía los espera… Parecen trastornados, pobrecillos. Cecilia se acaba de arrojar a los brazos de Harold, que le acaricia el pelo, quizá para reconfortarla… Llegados a este punto, diría que ya no hay duda: el pirata era uno de sus invitados.

—¡Vamos ahora mismo al puerto! —exclamé.

—Ya estará lleno de curiosos —observó Irene—. Además, vosotros dos tenéis que hacer algo antes de salir de nuevo.

—¿El qué?

—Lo primero de todo, daros un buen baño. Estáis en un estado verdaderamente penoso.

Me miré el vestido, que de azul claro se había vuelto *beige* por culpa del polvo, y no pude sino estar de acuerdo sobre la necesidad del baño y de un cambio de ropa.

Precisamente en aquel momento el estómago de Billy emitió un fuerte quejido que nos hizo estallar en carcajadas y deshizo la tensión de aquel día tan poco divertido.

Cuando volvimos de nuestras respectivas habitaciones, esperándonos en la terraza encontramos dos suculentos platos de *roast beef* con ensalada de patatas con berros, mayonesa de Dijon y rebanadas de pan crujiente. Durante algunos minutos comimos con apetito, en silencio, para rellenar el hueco que se había creado en nuestro estómago.

—¡Podemos irnos! —exclamé cuando nuestros platos estuvieron perfectamente limpios y hasta la última miga de pan había desaparecido de la mesa.

Fuimos precipitadamente al muelle llenos de curiosidad, pero, tras un breve paseo por delante de los barcos amarrados, comprendimos que no había mucho que descubrir. El *White Anemone* estaba atracado, pero parecía desierto y silencioso. Cecilia y Harold debían de estar en la comisaría y, a juzgar por las conversaciones que habíamos espiado discretamente, ninguna de las personas presentes en el muelle parecía saber más que nosotros. En realidad, todas sabían mucho menos.

—¡Ah, quién iba a decir que sucedería algo así! —exclamó una voz femenina detrás de nosotros.

Nos volvimos de golpe y encontramos la mirada aguda y resplandeciente de la señora Agatha Miller.

CAPÍTULO 9

el viento de DARTMOOR

La pequeña Rosalind dormía tranquila en su cochecito mientras Agatha nos miraba con una enorme sonrisa estampada en la cara.

—¡Tenía la esperanza de encontraros aquí! —confesó con expresión de niña traviesa.

—¿Se ha enterado de lo del… pirata? —le pregunté cauta.

Ella asintió con los ojos brillantes.

—Agatha, querida, estábamos a punto de ir a tomar un té, ¿te apetecería venir con nosotros? —le preguntó Irene.

—¡Pues claro, qué idea tan espléndida! Acepto con mucho gusto —respondió ella—. Conozco un salón de té muy cerca de aquí, un lugar tranquilo y apartado, muy poco turístico, así podremos hablar del «pirata» a resguardo de oídos indiscretos —añadió con aquella vivacidad suya casi infantil que me era enormemente simpática.

—Me parece magnífico —aprobó Irene.

Agatha nos condujo por las calles de Torquay hasta una anónima casita blanca, estrecha y larga. Un letrero azulado bastante deteriorado indicaba que era un salón de té. Entré un poco desconfiada, pero al traspasar la puerta mi impresión cambió. El interior parecía el de una sala decorada sobriamente, sin ninguna concesión a lo superfluo. El aroma a dulces que impregnaba el aire era, sin embargo, maravilloso.

—Aquí hacen los mejores *scones* de la ciudad y un *sponge cake* blando como una nube —explicó Agatha, que saludó con un gesto a la joven camarera del mostrador y nos señaló una mesa en un

rincón apartado del local.

Salvo un par de mesitas ocupadas por ancianas del lugar, el local estaba desierto, efectivamente, debido también a que nosotros llegábamos claramente adelantados a la hora del té. Y a mí, pese a que hacía poco me había comido un gran plato de *roast beef*, aquel aroma a azúcar, mantequilla y vainilla me despertó el apetito y pedí un pedazo de *sponge cake*, que resultó exactamente como Agatha lo había descrito.

—Nos has hecho descubrir un pequeño tesoro, Agatha —le agradeció Irene—. Si hubiese juzgado por su aspecto, nunca habría entrado.

—Ah, el caso es que conozco a sus dueños, Philip y Martha Grady, que acaban de heredar este sitio de una vieja tía. Siempre les digo que deberían darle una buena mano de pintura al local —explicó mientras acunaba a Rosalind en el cochecito para que no se despertara.

—Conoce muy bien Torquay —observé.

—Sí, y también conozco bien a algunos de sus habitantes —respondió Agatha con una sonrisa enigmática inclinándose hacia delante sobre la mesita—. De hecho, por eso estoy informada sobre el «pirata». Debéis saber que mi amiga Libby Gausley tiene una adorable floristería justo enfrente de la comisaría.

—Deja que adivine… —intervino Arsène—: tu amiga ha visto que dos jóvenes ciclistas, una chiquilla rubia de unos trece años y un chico moreno un poquito mayor, irrumpían en la comisaría y salían poco después con los policías.

Agatha asintió y sonrió.

—En un lugar tan tranquilo como Torquay, el revuelo provocado por Mila y Gutsby no pasa desapercibido…

—Pero ¿cómo ha sabido del pirata? —le preguntó entonces Billy.

La boca de Agatha se contrajo en una mueva divertida.

—Da la casualidad de que el agente Tait siente debilidad por Libby y que ella estaba convencida de que esta misma mañana le habían robado unas macetas, aunque luego las ha encontrado en la trastienda. Cuando se lo propone, Libby puede ser realmente despistada… Así que mi amiga ha pensado pasarse a ver a Tait para denunciar el presunto hurto y entretanto, ya que estaba, le ha

preguntado distraídamente al agente si les había sucedido algo grave a aquellos dos simpáticos jovencitos tan bien vestidos de las bicicletas, que habían entrado en la comisaría con tanta urgencia.

—Ya me cae bien esa amiga tuya —comentó Irene riéndose.

—Así pues, el buen Tait le ha contado todo a Libby, tal vez exagerando un poquito su propia importancia en este caso, que por lo que parece no es más que un trágico accidente. Libby, que conoce mi pasión por los misterios, ha tardado el tiempo justo de colgar en la puerta de la floristería el cartel de «vuelvo enseguida» y venir prácticamente volando a mi casa para contármelo todo. Lamentablemente, después tenía una cita urgente con una novia a punto de casarse para la elección de los adornos florales. Pero le he prometido que me daría una vueltecita para descubrir algo más. Así que aquí estoy.

Pronunciadas aquellas palabras, Agatha nos sonrió.

—No creo que podamos decirle nada interesante, señora Miller —dije encogiéndome de hombros.

—¡Ah, qué lástima! Esperaba que pudierais explicarme el porqué de esa ropa de pirata…

—Bueno, al menos en este punto aciertas —dijo Arsène—. El señor Grayling y lady Hagbury-Winch dieron una fiesta de disfraces ayer por la noche en el *White Anemone*… Bastó con que esos dos chasquearan los dedos para que una comitiva de aristócratas y ricachones disfrazados llegaran desperdigados de Londres y de medio Devon, según parece —contó resumiendo los cotilleos que circulaban en el vestíbulo del Grand Hotel aquella mañana.

—¡Diantres! Entonces, sin duda debe de tratarse de uno de esos invitados —comentó Agatha con los ojos como platos.

—Qué suceso tan feo… Un acto mundano tan alegre transformado en un momento luctuoso —suspiró Irene.

—¡Sí, a saber cómo se sentirán ahora Harold y Cecilia! —exclamé llamándolos por su nombre de pila, como si fuesen dos conocidos míos. Los había visto de cerca solo en la terraza del Grand Hotel, ¡pero me habían parecido felices, unidos y despreocupados! Y, en cambio, la fiesta con la que yo tanto había fantaseado había concluido de la forma más macabra posible.

—He visto que la policía hablaba con ellos —contó Irene—. Parecían muy consternados.

—Uno se figura que ciertas cosas no van a suceder nunca, sobre todo a personas pertenecientes al mundo dorado de los ricos y famosos, y en cambio… —observó Arsène.

—Sí… A decir verdad, sin embargo, hay algo que… —titubeó pensativa Agatha.

—Dinos, querida. ¿Qué es lo que te inquieta? —la instó Irene.

—Estoy segura de que hay una explicación, pero… Veamos, ¿de verdad es cierto que habéis encontrado al pirata en Watcombe Beach?

Billy y yo asentimos al mismo tiempo.

—¿Por qué, qué tiene de extraño? —le pregunté percatándome de la mirada perpleja de Agatha.

—Nada, es solo que desde ayer por la noche hasta hoy a mediodía ha soplado persistentemente lo que aquí llamamos «viento de Dartmoor».

—¿Se llama así el ventarrón que soplaba ayer? Sea cual sea su nombre, por su culpa Arsène y yo nos hemos quedado en el hotel —dijo Irene.

—Y también por su culpa a nosotros nos ha costado pedalear en ciertos trechos —añadió Billy.

—¿Y qué tiene que ver eso con el pirata? —pregunté, pero inmediatamente tuve una revelación al recordar que el mar me había parecido un prado con la hierba curvada por el viento—. Espere, ya lo entiendo, ¡el viento de Dartmoor sopla sobre la superficie del mar y por tanto influye en las corrientes!

Arsène abrió mucho los ojos y exclamó:

—Mila, empiezas a inquietarme de veras. Tu semejanza con Sherlock Holmes se está haciendo cada vez más acusada.

Sonreí complacida. Aunque estaba convencida de que Arsène exageraba, que me comparasen con el más grande detective vivo solo podía hacerme sentir increíblemente orgullosa de mí misma.

—Una deducción atinadísima, Mila, querida —confirmó Agatha —. Mirad.

Moviendo la servilleta, la taza y la cucharilla, la joven reconstruyó la situación que había llevado al ahogamiento del pirata.

—Ayer, desde Ashfield vi el yate de Grayling, todo iluminado, yendo hasta el centro de la bahía. Pues bien, si esto es el *White*

Anemone y esto es el pirata… —nos ilustró señalando la taza de té y la cucharilla—, y la servilleta es la costa entre la bahía y Watcombe Beach… —añadió disponiendo la servilleta en forma de ensenada—, en condiciones normales el cuerpo podría haber llegado a donde llegó, pero en una noche con viento de Dartmoor los objetos que estén flotando tenderán a ir exactamente hacia el lado opuesto.

¿Nos encontrábamos ante algo más misterioso de lo que habíamos imaginado?

—¿Está segura? —le pregunté con el corazón en un puño.

Agatha asintió.

—A lo largo de los años se han producido muchos acontecimientos inauditos causados por el viento de Dartmoor, pero el que más grabado se me quedó fue el protagonizado por el *Spirit of the Sea*.

—¿Un accidente náutico? —preguntó Billy.

—Sí, algo por el estilo —dijo Agatha con una risa irónica—. El *Spirit of the Sea*, pese a su nombre altisonante, no era más que un viejo cascarón destartalado que una noche se hundió en la bahía de Torquay con su pequeño cargamento de botellas de vino de Oporto. Aquella noche soplaba el viento de Dartmoor, y a la mañana siguiente las botellas fueron encontradas en la playa de Mayfoot, ¡para dicha de los beodos locales!

—¡Y apuesto a que Mayfoot está en la parte de la bahía opuesta a Watcombe Beach! —dijo Irene.

—Exacto —confirmó Agatha señalando un entrante que dibujaba la servilleta.

En aquel momento, Rosalind se puso a chillar y nos sobresaltó a todos. Agatha se despidió entre excusas por esa marcha precipitada a que la obligaba su pequeñuela.

Nos despedimos de ella con la promesa de volver a vernos pronto y nos concentramos en los exquisitos dulces de los señores Grady.

Yo me hundí en mis pensamientos mientras terminaba aquel divino *sponge cake*, rebañando con el tenedor hasta el menor resto de nata del plato. Reflexionaba sobre las corrientes marinas y volvía a pensar en el desventurado que habíamos encontrado sin vida, aparentemente… ¡en la playa equivocada!

CAPÍTULO 10

ayer
Y HOY

Durante toda la tarde no pude pensar en otra cosa que no fuera el pirata de Watcombe Beach.

—¿Estás con nosotros, Mila? —me preguntó Irene en la cena mientras yo mordisqueaba distraídamente un trocito de pan untado de mantequilla.

—Sí, perdona, Irene…

—¿Aún estás pensando en…? —insinuó Arsène.

—Sí, no puedo dejar de pensar en lo que nos ha dicho Agatha sobre el viento de Dartmoor. Según vosotros, ¿es posible que…, en fin, que haya algo detrás?

Irene y Arsène cruzaron una mirada dubitativa.

—Puede ser… —dijo Arsène.

—Pero las corrientes son a menudo imprevisibles —añadió Irene —. Y una cosa son algunas botellas de Oporto y otra el cuerpo de un hombre.

—Si Sherlock estuviese aquí, con seguridad tendría una explicación científica de lo ocurrido, mientras que nosotros no tenemos más remedio que conjeturar —comentó Lupin con una sonrisa.

Resoplé, deseando que mi tan ensalzada semejanza con Sherlock me permitiera extraer conclusiones más precisas. Pero tuve que constatar con pesar que no era así. Mi pésimo humor, en todo caso, dio paso a la sorpresa cuando un rumor repentino atravesó el comedor. En cuestión de segundos, casi todo el restaurante se había vuelto hacia el pasillo que llevaba a la recepción.

—¡Pero mira que soy despistado! Me he dejado olvidado el reloj

en la habitación… —afirmó Billy poniéndose en pie. Nosotros le hicimos un gesto de comprensión.

Lo miré desaparecer con paso seguro y medido hacia la recepción. Yo había tenido la misma idea, pero se me había adelantado por unos instantes. Entretanto, el murmullo creció y, a los pocos minutos, desde la recepción llegaron unas voces que me parecieron bastante exaltadas. El *maître* se apresuró enseguida a cerrar las grandes puertas blancas que separaban el comedor del pasillo, y Billy tuvo el tiempo justo de colarse dentro con la rapidez y *nonchalance* de un gato.

—¿Y bien? ¿Qué sucede ahí? —le preguntó Arsène con una sonrisa de sorna.

—El señor Grayling y lady Hagbury-Winch acaban de entrar en el Grand Hotel. Dos periodistas han intentado seguirlos, pero el personal del hotel los ha echado. No he podido oír mucho, pero creo que el señor Grayling ha pedido una *suite*.

—Tiene sentido —comentó Irene—. Aquí, en el Grand Hotel, podrán tener algo más de privacidad; imagino que a estas alturas el *White Anemone* estará rodeado día y noche por curiosos y periodistas que quieren descubrir todo acerca de lo acontecido.

—Sí, y dadas las circunstancias, la policía seguramente les ha pedido que no dejen el puerto —añadió Lupin.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunté presa de la emoción.

—Pidamos el postre —respondió Irene con perfecta naturalidad.

—¡Mamá! Pero ¿es que tú no quieres saber más de este asunto?

—Por supuesto, cielo. Pero el señor Grayling y lady Hagbury-Winch son los únicos que podrían decirnos algo y no veo por qué iban a tener ganas de hablar con nosotros, puesto que acaban de huir de una horda de fisgones —me respondió dirigiéndome una cómica mirada.

Abrí la boca para replicar, pero la volví a cerrar inmediatamente, resoplando. Me fastidió admitirlo, pero Irene tenía razón también aquella vez. Traté de ahogar mi disgusto en una exquisita *charlotte* de frambuesas y pasé la velada jugando al *bridge* con mis queridos compañeros de viaje.

Mi humor, de todos modos, no mejoró y, cuando me retiré a mi habitación me di cuenta de que me costaría coger el sueño.

—¡Ah, al diablo! —rezongué, y me levanté para ponerme la

bata.

Dormir en una habitación para mí sola tenía sus ventajas, sobre todo porque podía salir sin que me vieran. Había otra habitación concreta a la que tenía intención de hacer una visita, así que abrí silenciosamente la puerta y me deslicé por el pasillo con cuidado para no hacer ruido, sobre todo delante de la habitación de Irene. Tiempo después, mi madre adoptiva me confesó que aquella noche me había oído, porque tampoco ella conseguía dormirse, y por un momento había pensado detenerme. Pero luego me había visto llamar a la puerta de Billy y se había acordado de sí misma, Sherlock y Lupin de jovencitos. Cuántas veces habían pasado la noche hablando, hablando y hablando… Le había parecido que la historia se repetía, con una investigación iniciada en una playa y el escalofrío de una pequeña fuga nocturna.

Billy, en cambio, se quedó más sorprendido.

—¡¿Qué haces aquí?! —musitó apareciendo en bata a la puerta.

Miré su pelo perfectamente peinado y me pregunté cómo hacía para estar siempre tan compuesto, en cualquier circunstancia, mientras que yo, incluso con decenas de horquillas en la cabeza, parecía una bruja.

—No puedo dormir… —susurré.

—Entiendo. ¿Y si aplicaras el viejo y buen método de contar ovejas?

—Déjate de ovejas, Gutsby… ¡No paro de pensar en el caso del pirata!

—¿Delante de la puerta de mi habitación? ¿Qué te ha empujado a venir aquí?

—¡Tenemos que… idear un plan!

—¿En mitad de la noche? —bufó Billy, pero la sonrisa que se estaba ensanchando en su rostro me reveló que el enfado que mostraba era puro teatro—. ¡Venga, entra antes de que te vea Irene!

—¿Y qué pasa porque me vea? —respondí encogiéndome de hombros, dándome aires de mujer adulta.

—¡Bueno, a las hijas no se las puede despedir, pero al mayordomo sí! —respondió él con una carcajada. Se apartó para dejarme pasar y cerró la puerta a mi espalda.

Una vez dentro, me di cuenta de que había entrado en plena noche, en bata, en la habitación de un chico… y me ruboricé.

Estaba tan absorta en mis cavilaciones sobre el caso del pirata que ni se me había pasado por la cabeza que Billy podría pensar que…

—¿Qué pasa, Mila? —me preguntó él, de pie delante de la puerta cerrada, mientras yo le daba la espalda, sin volverme para que no notara que me ardía la cara.

—Ejem…, hace calor aquí, ¿no crees? —pregunté para justificar mi rubor, y un segundo después me sonrojé aún más. Era demasiado joven para poder orientarme en ese lío que son los asuntos sentimentales, pero algo me decía que «hace calor» no era lo que debía decirse en una situación así.

—Tal vez es que te has puesto nerviosa al pensar que Harold y Cecilia están aquí, bajo nuestro mismo techo —dijo Billy sacándome del apuro.

—¡Ah, sí! ¡Debe de ser por eso! —me apresuré a confirmar.

—Y bien, ¿ese plan? —preguntó Billy con aires de conspirador.

Me lancé a enumerar posibles formas de conseguir hablar con Cecilia y Harold y de poder recabar más información acerca de las corrientes y el viento de Dartmoor. Quería analizar todas las opciones, pero Billy demostró tener más sentido práctico que yo en aquella ocasión y me dijo:

—De acuerdo. Empecemos por lo más sencillo.

CAPÍTULO 11

aires de tormenta

Lo más sencillo era volver a Watcombe Beach.

Irene y Arsène insistieron en acompañarnos, y no pude sino pensar que aquel asunto del pirata también despertaba un poco su curiosidad, pese a que ella bromeara con sentirse un tanto fastidiada por deber interrumpir sus actividades recreativas de veraneante para ponerse manos a la obra en una investigación. Pero su expresión fingidamente molesta se transmutó en verdadera contrariedad cuando vio que entre el sendero y la playa había al menos veinte personas paseando con aire indiferente.

—¡Pero mira cuántos fisgones! —comentó—. En estos tiempos ya no se puede disfrutar de un poco de misterio en paz.

Arsène se rio.

—Es cierto. Porque nosotros, en cambio, no somos ningunos fisgones, ¿verdad? —preguntó luego.

Irene alzó una ceja y repuso:

—No, nosotros somos… el Cuarteto de la Dama Negra, no simples curiosos.

—¿Y qué diferencia hay en concreto, señora? —preguntó Billy con su acostumbrado humor educado.

—¡Bueno, nosotros resolvemos los casos! ¡No nos limitamos a mirarlos de lejos por el gusto de husmear! —comenté.

—¿Y si, por el contrario, tuviéramos precisamente que mirarlos de lejos para resolverlos? —intervino Arsène, cuya atención había sido atraída por algo en el acantilado—. ¿Veis aquella minúscula senda que desemboca entre los arbustos? Allí no hay nadie.

—Sí. Es el camino de cabras más pedregoso y empinado que he

visto en mi vida… ¡Qué raro que la gente no se dé codazos para ir por él! —observó Irene en tono afablemente mordaz.

—Ah, querida, si estuviera aquí, Sherlock diría: en el camino menos transitado se encuentran las huellas más frescas, o alguna de sus famosas frases efectistas —declaró Arsène abriendo los brazos.

—Está bien, vayamos por esa senda. Total, en la playa es como si hubiese una acampada parroquial; dudo que hayan quedado huellas útiles con todo ese ir y venir —dijo Irene señalando con la cabeza.

La intuición de Arsène resultó excelente.

—¡Mirad! —exclamó unos metros más adelante—. ¡Son huellas!

En las zonas fangosas tras las recientes lluvias se veían unas huellas.

—Podrían ser de cualquiera —comentó Billy perplejo.

—¡Precisamente! —confirmé—. ¡Hasta no estar seguros de que no están relacionadas de alguna forma con la muerte del pirata, desde luego no podemos garantizar que no lo estén!

Billy me miró desconcertado y Arsène exclamó entre carcajadas:

—Ya basta, Mila. Hablas exactamente como Holmes… Casi se diría que estás en comunicación telepática con él.

Aquellas palabras, aunque en broma, acrecentaron mi entusiasmo, así que me puse en cabeza del grupo y guie a los demás en el seguimiento de aquel rastro. «¿Y si simplemente llegamos a casa de algún pacífico habitante del lugar y descubrimos que han sido sus botas las que han dejado aquellas huellas a la vuelta de un paseo?», me pregunté. Pero algo me decía que estaba en el buen camino, de otro modo no habría advertido aquel nudo en el estómago ni aquel temblor en la punta de los dedos. Puede ser que solo fuesen sugestiones debidas a una infancia inmersa en las páginas de los relatos policíacos y de misterio, pero cuando acabamos en las cercanías de un *cottage* perdido entre la vegetación, tuve la sensación de que habíamos dado un paso adelante en la investigación.

—Glenhill Cottage —leí levantando algunas ramas de hiedra que ocultaban un viejo letrero de madera clavado a la tapia baja del jardín. Las huellas llegaban hasta allí.

»¿Qué hacemos? —pregunté de repente cortada.

—Podríamos llamar —sugirió Billy, práctico, y a continuación lo

hizo.

Esperamos unos instantes, pero nadie vino a abrir.

—Probemos otra vez —insistió Billy. Pero no ocurrió nada, Glenhill Cottage permaneció en perfecta quietud.

—¡No hay nadie! —resoplé desilusionada.

—Quizá yo podría… —intervino Arsène metiéndose una mano en el bolsillo en que solía tener su manojo de ganzúas.

—¡Ni lo intentes, señor Lupin! —lo reprendió Irene—. No me parece nada conveniente forzar la cerradura de una casa desconocida.

—¿No? —le dije a mi madre lanzándole una mirada burlona.

Irene alzó la mirada al cielo.

—Mantengamos los pies en el suelo, lo que ha sucedido es que en la playa había un pobre ahogado, casi seguro por una desgracia… ¡Y por lo tanto no, queridos, allanar solo por eso una propiedad privada que se encuentra a unos ochocientos metros de distancia no es realmente una buena idea!

—Severa pero justa, señora Adler. Severa pero justa —comentó Gutsby con decididos gestos de la cabeza.

—Y, entonces, ¿qué hacemos? —pregunté un tanto decepcionada tras haber vagado alrededor de la casa sin encontrar nada interesante.

—¿Volvemos al pueblo? Toda esta caminata me ha dado hambre… —propuso Arsène con una sonrisa. El hombre resfriado, demacrado y con oscuras ojeras había dado paso de nuevo a un guapo señor de aspecto juvenil pese al cabello entrecano. Correspondí a su sonrisa. No me sentía autorizada a condenar a Irene por no querer secundar mi temerario deseo de aventuras. ¡Después de todo, no dejaba de ser mi madre! Además, yo también empezaba a sentir cierto apetito.

—En vez de volver al hotel, ¿por qué no vamos al salón de té que conocemos por Agatha? —propuse. Todos acogieron la idea con entusiasmo.

El paseo de vuelta se vio ensombrecido por las nubes de tormenta que iban arremolinándose cada vez más rápidamente sobre nuestras cabezas.

—¡No irá a llover otra vez! —se quejó Lupin, que parecía

absorber la energía del sol.

—Me temo que sí, pero no nos desesperemos… Aquí en la costa a menudo se trata de temporales pasajeros —lo tranquilizó Irene.

Por suerte todavía no había empezado a llover cuando llegamos a las inmediaciones del salón de té. Comenzaba a saborear por anticipado nuestro tentempié con extrema felicidad: si los emparedados estaban al menos la mitad de ricos que el *sponge cake*, batirían en mi personal clasificación incluso a la refinada comida del Grand Hotel. Pero cuando estábamos a pocos metros del salón de té y ya podía ver el pequeño y estropeado cartel, un alboroto a mi derecha atrajo nuestra atención. En una callejuela recóndita, frente a una tiendecita que vendía tabaco y periódicos, un hombre con gafas oscuras y un sombrero de tela en la cabeza parecía empeñado en querer pasar desapercibido. En la mano sostenía un diario. Un rizo rubio asomaba del sombrero. ¡Era Harold Grayling! No fui la única en reconocerlo, porque una turba de periodistas salida de no se sabía dónde pasó por delante de nosotros, casi embistiéndonos, y corrió a cercarlo.

—¡Aquí está, es él!

—¡Señor Grayling, unas declaraciones para la prensa!

Harold se tapó la cara con el periódico. Por un momento, pensé que quería evitar que lo fotografiaran, pero enseguida comprendí que, en cambio, estaba enseñando la primera página del diario, el *Devon Gazette*, que reproducía la foto del muerto.

—¡Mirad! ¡Vosotros, los periodistas, sois gentuza sin pudor! ¡«El misterio del pirata»! ¡¿Pirata?! Su nombre era René Sylvan y era un buen amigo mío. ¡Su muerte es algo trágico, chacales!

Un reportero, en absoluto atemorizado, lo presionó diciéndole:

—¿Por qué no nos dice más, entonces? ¿Y qué tiene que decir lady Hagbury-Winch al respecto?

Harold negó con la cabeza y, agitando el periódico, contestó:

—¡Ya hemos hablado con un periodista que conocemos, una persona de bien de la que nos fiamos!

Los reporteros no parecían tener intención de dejarlo ir fácilmente.

—¡Díganos algo!

—¡La gente tiene derecho a saber!

Arsène nos miró a nosotros y luego al pobre hombre asediado y,

tras cruzar una mirada de entendimiento con Billy, salió disparado para interponerse entre Harold y los periodistas.

—Basta, el señor no desea hablar con ustedes.

Con tono autoritario, Lupin los alejó a todos. Después, él y Billy condujeron a Grayling hasta el interior del salón de té precedidos por Irene y por mí.

—¿Nos… nos conocemos? —preguntó Harold titubeante una vez pasado el umbral.

—No, señor Grayling. Pero a nosotros no nos gusta que asalten a las personas de esa manera, sobre todo en un momento difícil —le explicó Billy con su mejor acento de Oxford.

—Bueno…, en tal caso se lo agradezco —dijo Harold, que seguía sintiéndose claramente incómodo.

Yo le sonreí con toda la gentileza de que era capaz y propuse:

—¿Podemos invitarle a un té?

Esperaba que Grayling se sentara con nosotros y nos contara algo más, y él pareció considerar mi propuesta por un instante. Pero luego, de repente, un muchachote que merodeaba por el salón, de brazos demasiado largos en comparación con el resto del cuerpo, se acercó a nosotros y agarró a Harold por una manga. El hombre se volvió de sopetón y se libró de aquel agarre.

—Eh…, yo lo he visto… —dijo el muchachote desencajando los ojos. Llevaba al cuello una de esas máquinas fotográficas de fuelle, portátiles.

—¿Y ahora qué quiere usted? ¡Déjenme tranquilo! —soltó irritado Harold.

—He visto… a ese hombre —explicó el otro, buscando las palabras como si le costase un enorme trabajo y golpeando con la palma el periódico que Harold tenía aún en la mano—. Yo también le hice una foto a ese señor… Una foto bonita, ¿sabe? Pero estaba vivo… Fue en la Casa del Brujo…

—Pero ¿qué narices…? —balbuceó Harold mientras se le caía el periódico de las manos. Las frases incoherentes de aquel joven parecían haberlo turbado de verdad. Yo también capté algo siniestro, quizá por aquella extraña alusión a un brujo, y un pequeño escalofrío me corrió por la espalda.

Al oír la conversación, el señor Grady, propietario del local, acudió a toda prisa.

—Pórtate bien, Jerry, deja en paz al señor —le dijo al muchachote pasándole amablemente el brazo por los hombros—. Ve a sentarte en tu sitio, que enseguida te llevo un bocadillo de arenques, como a ti te gusta.

El muchachote obedeció y se fue trotando dócilmente.

—Tienen que perdonarlo —explicó el dueño del local—. Es el pobre Jerry Hammick, el hijo del farmacéutico del barrio. De pequeño tuvo unas malas fiebres y desde entonces está… un poco tocado, digamos. Siempre anda por ahí haciendo fotos con ese artilugio y les dice un montón de cosas graciosas a los transeúntes… Pero es un diablillo, bueno, les aseguro que no le haría daño ni a una mosca.

Harold pareció demasiado irritado por toda aquella situación para hacer caso del señor Grady y sus explicaciones.

—¿Hay puerta trasera? Esa manada de periodistas me estará esperando, tengo que despistarlos —dijo con sequedad.

Grayling se despidió de nosotros con un apresurado ademán de la cabeza y luego siguió al señor Grady a la parte trasera, y nosotros solo pudimos recoger del suelo el periódico y sentarnos a una mesita.

Estábamos entablando ya una conversación sobre la conducta cada vez más descarada de los periodistas cuando Arsène posó la mirada en la fotografía de René Sylvan, el muerto. Abrió mucho los ojos y declaró:

—Hum… ¿Sabéis lo que os digo? ¡También a mí me parece haber visto antes el rostro de este pobrecillo!

—¿Estás seguro? Podría tratarse de un clásico *déjà vu* —sugirió Irene, pero Lupin parecía dudarlo.

—No sé por qué, pero me parece un rostro conocido.

—¡Podríamos hablar con el buen Jerry! —propuse yo.

No sabíamos cuánto lograríamos averiguar en una conversación con el chico, pero en todo caso decidimos probar.

Le preguntamos al señor Grady si podíamos hablar con el hijo del farmacéutico, pero el hombre nos dijo que, en cuanto su mujer le había entregado el bocadillo de arenques, Jerry se había marchado por la parte trasera, feliz como un niño.

Nos resignamos así a pedir también unos emparedados, que por suerte resultaron exquisitos y aplacaron el hambre que me hacía

gruñir el estómago. En cuanto a mi instinto de sabueso, que me decía que había algo misterioso en la muerte de René Sylvan, estaba muy lejos de aplacarse.

CAPÍTULO 12

el infortunado señor SYLVAN

Entramos por la puerta del Grand Hotel cuando el temporal se decidía por fin a desfogarse con una barahúnda de chaparrones. De repente, aquellas elegantes paredes blancas me parecieron increíblemente estrechas. Durante un rato deambulé por las salas para ver si por casualidad Cecilia y Harold habían decidido salir de su habitación. Pero, después de la escena de aquella mañana, no tenía grandes esperanzas, y de hecho no se presentaron. Debían de estar atrincherados en su *suite*, con todas las comodidades y la sensación de que, tras la muerte de su amigo, el mundo exterior se había vuelto un lugar oscuro y peligroso. Aunque yo fuese muy joven, tenía una idea clara de cuánto, efectivamente, podía serlo, y en mi ánimo no estaba culparlos. Mi mente, con todo, seguía incidiendo impertérrita en la misma cuestión: ¿qué le había sucedido al hombre que había visto en la playa, de nombre René Sylvan? ¿Cómo había encontrado aquel trágico fin en el mar?

No comprendía cómo Irene podía leer con tanta tranquilidad sentada en un sillón junto a las puertas de cristal que daban a la terraza.

Arsène había convencido a Billy para echar una partida de billar. Estuve un rato viéndolos jugar, pero me aburría terriblemente y eso incrementaba mi sensación de frustración e inutilidad.

—¿Qué ocurre, Mila? —me preguntó Irene mientras pasaba a su lado por enésima vez mirando por los grandes ventanales del hotel

como una fiera enjaulada.

—¿Puedo salir?

—¡Pero si está lloviendo!

—¡Solo una vueltecita, una vueltecita pequeña! El hotel tendrá paraguas para los clientes, tendré cuidado en no mojarme.

Irene levantó los ojos del libro y los posó en mí. Estaba perpleja.

Intenté adoptar una expresión angelical.

—Prometo que no me meteré en líos. Si quieres, puedes venir conmigo…

Irene bufó.

—Está bien. No tengo intención de mojarme y he visto que nuestros amigos están muy metidos en su partida… Puedes ir, pero no te alejes demasiado, ¿entendido?

—¡Lo prometo! —exclamé. Giré sobre mis talones y corrí hacia la libertad.

Pero mi paseo resultó enseguida bastante aburrido. Torquay era un lugar encantador, pero no poseía ni de lejos el atractivo mundano de ciudades como Londres, París o Nueva York. Así que, resguardada por un gran paraguas negro, caminé por las calles sumida en mis pensamientos. Y precisamente a causa de aquel paraguas, que mantenía bajo por el peso, mi visión estaba parcialmente tapada; tanto, que fui a chocar contra alguien.

—¡Discúlpeme, lo lamento mucho! —exclamé levantando el paraguas para mirar—. ¡Agatha!

En mi cara apareció una sonrisa. Agatha estaba ante mí con un libro en una mano y un paraguas de flores en la otra.

—¡Mila, qué alegría! —dijo ella cortésmente—. ¿Qué haces por la calle?

—Me he hartado de estar encerrada en el hotel por culpa del temporal.

—Pues yo tenía que ir a buscar un libro —dijo ella sonrojándose ligeramente—. Rosalind está echándose una siestecita, la niñera está con ella…

Le sonreí. Su sonrojo revelaba sus verdaderas intenciones, al igual que su mirada encendida. Fue ella la que cedió sin que yo dijera nada más.

—Oh, pero a quién queremos engañar, querida Mila… ¡Hemos salido pese al temporal con la esperanza de enterarnos de alguna

novedad sobre el caso del pirata de Watcombe Beach!

Se echó a reír, y yo con ella. Tenía razón, yo no había conseguido pensar en otra cosa. Le conté brevemente nuestros descubrimientos y ella me cogió del brazo.

—Te llevo a conocer a una persona, ¿quieres? —propuso.

Intrigada, acepté y me dejé guiar por las calles de Torquay hasta que nos encontramos delante de una tiendecita cuyo escaparate rebosaba de flores.

—Su amiga… Libby, ¿verdad? —dije esforzándome por recordar. Agatha asintió y me invitó a entrar.

El negocio era pequeño y estaba abarrotado de toda clase de flores, que emanaban una intensa fragancia y componían un espectáculo de colores. En un rincón, junto al mostrador, había una jaula blanca con una pareja de loros que nos recibió con alegres garganteos.

La florista nos sonrió desde detrás del mostrador. Libby era una muchacha muy torneada, de pecho abundante y con simpáticas pecas. Agatha hizo las presentaciones y la mujer me estrechó calurosamente las manos. No habría podido imaginar dos personas más diferentes: la fina y elegante Agatha y la restallante y vivaracha Libby. Sin embargo, las unía aquel brillo de curiosidad en los ojos. La misma que verían en mí, porque sin demasiados preámbulos Agatha le preguntó:

—¿Tienes alguna novedad sobre el caso de Watcombe Beach?

Libby se llevó la mano a sus prominentes caderas y respondió:

—¿Por quién me has tomado? ¡Pues claro! ¡Le he exprimido todas las novedades a ese macaco de Tait!

Al oír aquellas palabras, me quedé boquiabierta y ella me guiñó un ojo.

—Bueno, ¿y qué pasa? Estará loco por mí y es un tipo como es debido, con el cual una chica puede pensar incluso en establecerse tarde o temprano, ¡pero parece un auténtico macaco!

Agatha y yo soltamos una carcajada.

Libby siguió diciendo:

—El hombre que tú, tesoro, y tu amigo encontrasteis en la playa se llamaba René Sylvan, y parece que era una especie de aventurero trotamundos amigo de Grayling y lady Cecilia. No era alguien muy rico ni famoso, pero Cecilia y Harold le han dicho a Tait que lo

conocieron en un viaje y enseguida se encontraron a gusto en su compañía. Era el único invitado a la fiesta que se alojaba con ellos en el *White Anemone*, mientras que los otros habían llegado en sus barcos o de otros sitios.

Intenté recordar con exactitud lo que había visto cuando Grayling y lady Hagbury-Winch habían hecho su triunfal descenso en el puerto de Torquay.

—No recuerdo que hubiese nadie con ellos cuando desembarcaron —observé.

—En efecto, no —asintió Libby—. El pobre Sylvan no se sentía demasiado bien y quiso quedarse a bordo. En cualquier caso…, había una notable representación del gran mundo en aquella fiesta. ¡Y se divirtieron mucho, os lo digo yo!

—¿En qué sentido? —pregunté captando su expresión alusiva.

Libby se acercó con aires de conspiradora y dijo:

—Cuando los han interrogado, los demás invitados han referido que circulaba mucho champán en la fiesta. Y, por lo que parece, el bueno de Sylvan debió de pensar que el vino espumoso era… ¡el tónico más adecuado para reponerse!

—¿Eh? —proferimos Agatha y yo prácticamente a coro.

—Muchos invitados lo vieron, vestido de pirata, con la franja de tela, un sombrero ancho y una vistosa barba negra postiza que debió de perder en el mar. Dicen que se tambaleaba y farfullaba frases absurdas. ¡Parece que resultaba tan molesto que todos se mantenían a distancia! Estaría borracho perdido, creedme. Parece que en su sangre el forense ha encontrado restos de alcohol y de Veronal. El Veronal es un somnífero, tesoro. Lo sé porque lo toma mi tía Harriet, que es una vieja intratable y dice que le cuesta dormir porque el perro de los vecinos ladra… ¡Me temo mucho, pues, que vas a quedarte decepcionada, mi querida Agatha!

—¿Decepcionada? —repitió Agatha con ojos de sorpresa.

—Sí, porque el inspector Bennet, ese al que han mandado aquí aposta desde Exeter, sostiene que se ha tratado de una trágica fatalidad.

—Ese hombre mezcló alcohol y barbitúricos, ¡incluso podría haber entrado en coma! —exclamó Agatha. Y, ante mi mirada de asombro, añadió con una pizca de modestia—: Oh… Es solo que durante la guerra presté servicio como enfermera en el hospital,

entiendo bastante de medicamentos y tóxicos…

—¡Y no solo de eso! —dijo Libby dirigiéndose a mí—. ¡Mi amiga tiene una verdadera vocación por el misterio!

—Vamos, Libby, no exageres… —se quitó importancia Agatha.

—¡Uy! Apuesto a que ni siquiera le has dicho a esta señorita que has escrito un libro… —dijo la florista. Luego, hablándome a mí de nuevo, añadió—: ¡Es muy bonito! Me mantuvo despierta un par de noches, ¿sabes? Habla de una tipa que es asesinada con veneno, entonces llega un investigador bajito, gordo y viejo… Que si me lo hubiera consultado a mí, le habría dicho que lo hiciera alto, joven y guapo…

—Ya basta, Libby, por favor… —la interrumpió calmadamente Agatha—. Y tú, Mila, no la escuches. Es verdad, he escrito una novelita, pero fue tan solo para pasar el tiempo. Ninguno de los editores que la ha leído ha querido publicarla, por tanto…

—¡Te lo tengo dicho, querida! A ese investigador tuyo, Perrot o como demonios se llame, debes hacerlo alto, joven y guapo. ¡Ya verás entonces cómo te publican la novela!

Agatha se rio otra vez.

—Quizá tengas razón, Libby. Pero volvamos a asuntos más interesantes… Así pues, parece que el caso del pirata de Watcombe Beach se cerrará muy pronto, ¿eh? Espero de veras que ese inspector no lo despache de una manera demasiado expeditiva.

—Siento que el asunto no sea lo bastante misterioso para tu gusto —repuso la florista encogiéndose de hombros—. Pero no puedes reprochárselo, todo parece bastante claro.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tipo, que no estaba ya en perfecto estado de salud, empina demasiado el codo, se atiborra de Veronal para intentar dormir y luego, mientras la fiesta se anima, se cae al mar y se ahoga sin que nadie se dé cuenta.

—Desde luego, tu reconstrucción de los hechos es verosímil —observó pensativa Agatha—. Pero hay puntos oscuros en esa historia. Para empezar, no se entiende cómo el cuerpo pudo ir a parar a Watcombe Beach, dado que aquella noche soplaba el viento de Dartmoor. Luego está lo que tú misma has contado, que ese Sylvan era un aventurero trotamundos. Una figura más bien misteriosa, convendrás conmigo.

—Estoy de acuerdo, y… —dije yo, pero luego dudé un instante.

—¿En qué piensas, tesoro? ¿En otros puntos oscuros? ¡Si es así, suéltalos, harás feliz a nuestra Agatha! —dijo Libby sonriendo.

—No. Casi seguro que se trata de una tontería, pero… —respondí, y les conté el extraño encuentro entre Harold Grayling y Jerry Hammick.

—¡Pobre Jerry, él y su inseparable máquina fotográfica! —exclamó Libby. Sacó una fotografía de un cajón: en ella aparecía con una espléndida sonrisa y un gran ramo de flores entre los brazos—. Algunos lo tienen por el tonto del pueblo, pero para mí que no entienden nada, ¡es un artista, mira esto!

Coincidí con ella en que la foto estaba muy lograda y Libby la devolvió al cajón. Yo, sin embargo, tenía una última pregunta que hacer:

—¿Qué es la Casa del Brujo?

Libby y Agatha se miraron y la florista se echó a reír.

—Tranquila, tesoro, no es nada espantoso, tan solo el viejo nombre de un lugar que se encuentra aquí, en Torquay.

Agatha lo confirmó:

—Sí, una adorable casita llamada Glenhill Cottage.

Al oír aquellas palabras, por segunda vez en aquel día un escalofrío me corrió por la espalda.

CAPÍTULO 13

lenguados, sospechas Y BRUJOS

En el Grand Hotel se respiraba una atmósfera enrarecida. La presencia de Cecilia y Harold, sobre todo después del macabro hallazgo de Watcombe Beach en el que habíamos sido involuntarios protagonistas, alimentaba infinitos murmullos y miradas entre los huéspedes. Ni siquiera la extrema eficiencia del personal del hotel conseguía frenar las intrusiones de los periodistas, que se habían vuelto cada vez más insistentes.

Aquella noche, en la cena había un silencio irreal y una mesa vacía con una espléndida vista sobre el mar a la que no se sentaron los dos huéspedes más esperados, que probablemente habían preferido hacerse subir la comida a la habitación, a resguardo de pelmas y curiosos.

—Qué cosa más terrible —comentó Irene—. Si lo pensáis, en el fondo han venido aquí, como nosotros, para disfrutar de unas vacaciones y han acabado viviendo una pesadilla.

—Sí, y ahora todos los ojos están fijos en ellos —añadió Arsène mirando a su alrededor. Los huéspedes de las demás mesas hablaban en voz baja y cruzaban miradas vivas y cargadas de sobrentendidos.

—Bueno, también los nuestros —observó Irene torciendo el gesto.

—También los nuestros —reconoció Arsène asintiendo con la cabeza—. No es culpa nuestra si vayamos adonde vayamos nos siguen acontecimientos de página de sucesos.

—¡No digas eso, Arsène!

—Pero es verdad, y tú lo sabes.

—Quizá el destino os ponga sobre la pista de casos misteriosos porque sabe que seréis capaces de resolverlos —conjeturé con una sonrisa.

—¡Mila, el destino no existe! —dijo Irene molesta.

Me mordí el labio, pero luego repliqué:

—Lo sé, pero ¿no podemos fingir que sí existe al menos por un rato? Porque hoy, durante mi paseo, he descubierto algo interesante.

Ante cuatro magníficos platos de lenguados *à la meunière* con champiñones y puré de guisantes, les conté a los demás todo lo que me había dicho Libby.

—¿Lo oís? ¡La Casa del Brujo! —exclamé al terminar.

—¿Y por qué la llaman así? —preguntó Billy.

—Libby y Agatha me han dicho que la construyó un botánico excéntrico, un solitario con una barba larguísima que lo hacía parecer un personaje de cuento de hadas. Parece que siempre estaba ocupado en manipulaciones y experimentos extraños en el jardín, y eso bastó para que empezaran a llamarlo el Brujo.

—¡Da toda la impresión de que ese Brujo se hubiese llevado bien con Sherlock! —comentó Arsène con una sonrisa—. Pero, por tu uso del pasado, supongo que el Brujo ya no está.

—Exacto —respondí—. Murió hace ya muchos años, y el *cottage* lo heredó un sobrino que, sin embargo, no va nunca. De vez en cuando, parece ser, lo alquila a veraneantes.

—A lo mejor René Sylvan pasó allí algún tiempo antes de reunirse con sus amigos… —aventuró Billy.

Les conté a todos la información que me había dado Libby pocas horas antes: René Sylvan había llegado a bordo del *White Anemone* y no había bajado a tierra con sus amigos únicamente porque no se sentía bien.

—En tal caso, esa hipótesis no tendría ningún sentido… —reflexionó Irene—. ¿Por qué razón un hombre iba a llegar por mar, en un yate perfectamente acondicionado para alojarlo, retirarse un día a tierra firme y luego volver al yate para una fiesta?

—Sí. Quizá las cosas no sucedieron así —comenté yo, que me estaba apasionando más y más por la investigación a cada minuto.

Luego continué—: ¡Pero no puede negarse que en esta historia hay un montón de detalles que dan que pensar! Oíd esto: solo para empezar, el hombre que ha muerto era un misterioso aventurero que podía tener quién sabe cuántos secretos y quién sabe qué enemigos; luego está lo que nos ha explicado Agatha sobre el hecho de que el cuerpo de Sylvan no habría debido estar allí a causa del viento de Dartmoor; por último, tenemos a Jerry Hammick, que dice haber visto a Sylvan ¡precisamente en la única casa a la que se puede llegar a pie desde Watcombe Beach!

—De acuerdo, pero, por lo que respecta a este último punto, hay que decir que Jerry no es un testigo del todo fidedigno… —precisó Arsène.

—¿Solo porque es un poco estrambótico? Opino que precisamente alguien como Jerry, al que todos consideran el tonto del pueblo, no sería en absoluto la clase de persona capaz de mentir en algo así.

—Mila no anda desencaminada —observó Billy.

—Sí, pero… ¿quién puede saber lo que pasa por su cabeza? —objetó Irene—. A lo mejor ha visto la fotografía de Sylvan en el periódico después de haber dado un paseo hasta Glenhill Cottage y su cerebro ha unido dos hechos sin relación.

Arsène asintió:

—Sí, podría ser una coincidencia, no obstante…

—¿No obstante? —lo acucié.

—Frecuentar a Sherlock Holmes en mi juventud me hizo desconfiar un tanto de las coincidencias, lo cual me ha sacado de grandes apuros en ciertos momentos de mi vida. Por ello, ahora observo siempre esta máxima: antes de concluir que una coincidencia es fruto de la mera casualidad, asegúrate de que no puede haber nada detrás.

—Y, entonces, ¿qué sugieres? —le preguntó Irene con una sonrisa divertida, como si ya supiese adónde quería ir a parar su amigo.

—Sugiero que, desde nuestra última excursión, las cosas han cambiado mucho, Irene. Las palabras de Jerry son como un hilo que vincula a Sylvan con Glenhill Cottage.

—Un hilo delgado quizá, pero que no deja de ser un hilo —comentó Gutsby.

Entonces miré a Irene y contuve la respiración. Hasta ese momento había sido tan reacia a investigar que por un instante temí que diría que no. En cambio, su espíritu curioso prevaleció sobre el deseo de tranquilidad y descanso. De hecho dijo:

—¿Por qué no? Después de todo, sería otro tonificante paseo por plena naturaleza…

Cuando me retiré a mi habitación, sabía que pensar en la excursión que haríamos al día siguiente no me dejaría dormir. Entre otras razones porque, en contra de lo que había dicho Irene, todos sabíamos que esta vez no sería solo un paseo… y que Arsène echaría mano de los preciosos utensilios de su oficio. Descorrí las pesadas cortinas de brocado y abrí la ventana para mirar fuera. El mar batía a lo lejos, oscuro y liso como la pez hirviente. Las embarcaciones atracadas en el puerto, puntitos lejanos, parecían un rebaño de animales dormidos en torno al ejemplar más grande, aquel *White Anemone* que guardaba quién sabía qué misterios. Unas pisadas bajo la ventana llamaron mi atención.

—Venga, vayámonos, a esta hora no van a salir, desde luego.

La voz provenía del jardín del hotel. Otra voz replicó con un murmullo que me llegó atenuado e ininteligible.

Periodistas.

Estaban a la caza de Cecilia y Harold.

Por un momento quise derramar sobre ellos una palangana de agua fría para que dejaran de husmear. Pero inmediatamente me sentí culpable, porque yo también, en el fondo, no estaba haciendo otra cosa que husmear. Y por mucho que creyese en la distinción que había hecho Irene entre quien solo quiere exprimir una historia jugosa y quien, por el contrario, quiere encontrar la verdad, mi sensación de culpabilidad no disminuía. ¿Cómo podía afirmar que me impulsaban intenciones más nobles que las de los periodistas si me sentía electrizada por la expectación y la posibilidad de un descubrimiento, si tenía la impresión de poder acercarme a aquellas personas como un entomólogo a un hormiguero, observarlas en su ambiente y destapar secretos que quizá ni ellos sabían que tenían?

Me habría gustado escabullirme en silencio nuevamente por el pasillo e ir a llamar a la puerta de Billy. Con seguridad él diría algo que pudiera reconciliarme conmigo misma. Pero ¿de verdad podía

plantarme otra vez en su habitación? Había crecido con los relatos de Irene sobre su amistad con Sherlock y Arsène, y aquellas vacaciones me estaban dando la esperanza de poder construir algo similar. Pero ¿de verdad sería posible? Yo no era como ella.

Irene.

De pronto mi pensamiento fue hasta la carta misteriosa. ¿Qué sabía realmente de ella? ¿Cuántas cosas me había ocultado?

No, no podía dudar. Me había salvado, me había tenido consigo. Me había protegido en los momentos más difíciles y había hecho de todo para salvar a la única persona en el mundo, aparte de sí misma, que le importaba de verdad. Me había dado una nueva vida, una nueva familia, un nuevo propósito. Sin ella no habría sido yo misma, al menos no aquella que se devanaba los sesos en una habitación del Grand Hotel de Torquay sobre un hecho inquietante y misterioso, jugando a los detectives.

No debía pensar en la carta. Podía haber mil razones por las que Irene no me había hablado nunca de Godfrey Norton. Sacar conclusiones apresuradas habría sido estúpido, y hacerlo a partir de una carta recibida de un desconocido que ni siquiera había tenido el valor de dar la cara habría sido incluso peor.

No debía pensar en eso. Y no debía arruinar aquellas vacaciones haciéndole a Irene preguntas que pudieran reabrir heridas dolorosas. Billy tenía razón.

Mientras me sumergía en el sueño, aquella noche pensé en su rostro. Billy… Quién sabía si acabaríamos siendo amigos.

CAPÍTULO 14

una excursión TRANQUILA

A la mañana siguiente, mientras me vestía, llamaron a la puerta de mi habitación. «¡Billy!», pensé inmediatamente, y me apresuré a abrocharme la falda y recolocarme la blusa para que quedara impecable.

—¿Billy? —pregunté al tiempo que abría.

Pero me encontré delante a Irene, que entró a toda prisa. La miré con ojos asombrados mientras entornaba la puerta y se apoyaba en el marco con la oreja tendida hacia el pasillo.

—Pero ¿qué…? —balbuceé. Me indicó con una seña que escuchara.

—Pues es una lástima… —dijo una voz femenina que, por su timbre, parecía bastante joven.

—No sé, yo digo que es mejor que se hayan ido —repuso otra voz, también de mujer pero más áspera y adulta.

Entreví a dos empleadas por la rendija que Irene había dejado abierta, una poco mayor que ella y la otra de una edad indefinida pero que tampoco era ya muy joven.

—¡Ah, él es tan guapo como un dios griego!

—Bueno, pero no es que a ti te mirara mucho, perdona…

—¡¿Y qué tiene que ver?! Yo sí podía mirarlo a él. Y también la señora es muy guapa.

—Sin todas esas joyas y ese colorete no sería gran cosa. Tiene los ojos demasiado juntos.

—Desde luego, no van a encontrar ningún sitio tan elegante

como el Grand Hotel por aquí cerca…

—¡Pero mira que eres dura de mollera! Se han ido por esa jauría de periodistas que está encima de ellos de la mañana a la noche. Fred, el portero de noche, me ha contado que se marcharon a toda prisa antes de que amaneciera y no le han dejado dicho a nadie adónde se dirigían.

—¡Pero la policía les había pedido que permanecieran a su disposición! Me lo dijo Rob, el nuevo botones.

—Qué quieres que te diga, seguro que a la policía se lo han comunicado. ¡Pero a ti no van a venir a decírtelo, perdona!

Irene me lanzó una mirada de entendimiento.

—Cecilia y Harold se han marchado de aquí también —comentó apoyándose con la espalda en la puerta.

—Bueno, había periodistas merodeando por todas partes. El Grand Hotel no es en absoluto el mejor sitio si uno quiere estar en paz, lejos del clamor —supuse dándome aires de experta.

—Sobre todo después de llamar la atención de todo el mundo desde el momento mismo de desembarcar —añadió Irene—. Por suerte, en cualquier caso, mientras salía de mi habitación he oído a esas dos empleadas hablando de ellos y para no levantar sus sospechas he pensado simular que tenía que venir a verte. Y esto me lleva a otra pregunta: ¿por qué pensabas que se trataba de… Gutsby?

Me apresuré a agacharme para atarme un cordón algo flojo de mis botitas blancas. Quería evitar que Irene notara el rubor que se había extendido por mi cara.

—Bueno, porque… me parecía haber oído sus pasos, eso es todo.

Irene tosió educadamente tapándose la boca con una mano, y yo tuve la clara sensación de que estaba conteniendo una carcajada.

—¿Y si vamos a contárselo a los demás? ¡Lo que hemos descubierto, quiero decir! —dije yo para cambiar de tema.

Bajamos a desayunar y en nuestra mesa solo encontramos a Arsène.

—¿Dónde está Billy? —pregunté. A Irene se le escapó otra risita que disimuló inmediatamente con una nueva tosecilla.

Arsène levantó las cejas con expresión inquisitiva. Irene me señaló con un leve ademán de la cabeza y luego miró la silla vacía en la mesa. Arsène sonrió.

—¡Eh, vosotros dos, que os veo! —resoplé mientras untaba de mantequilla una rebanada de pan tostado.

—Bueno, ¿qué pasa? Solo que hemos notado que Billy y tú os lleváis bien.

—Muy bien —concordó Arsène.

—Una perfecta pareja de acción —añadió Irene.

—¿Has dicho «pareja»? —bromeó Arsène.

—No sois nada divertidos —gruñí mientras cubría generosamente mi pan con mermelada de naranjas amargas.

Mis palabras tuvieron el efecto de hacerlos estallar en carcajadas. Precisamente en aquel momento llegó Billy con un periódico bajo el brazo.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—¡Nada de eso! —solté tratando de no ponerme colorada.

Él se quedó muy estirado, junto a la mesa, con el periódico sujeto contra él y una sonrisa astuta en los labios.

—¿Hay algo que quieras decirnos? —le preguntó Irene siguiéndole el juego.

—Oh, bueno, solo que esta mañana, nada más despertarme, he pensado en lo que dijo Grayling, que le había contado todo a un periodista de su confianza…

—¡Y has corrido a comprar el periódico! Qué suerte el haber encontrado a este chico, Irene. ¡Es un excelente fichaje para el equipo! —se entusiasmó Arsène.

—Siéntate, Billy, y come algo —lo invitó mi madre.

—Oh, no, gracias, ya he desayunado fuera para no perder tiempo antes de nuestra… excursión. Por el camino, si quieren, puedo leerles el artículo de ese reportero.

Lupin hizo una mueca divertida.

—¿Eres capaz de leer mientras andas?

—¡Desde luego, señor, siempre que sean tan amables de avisarme de agujeros y precipicios con tiempo suficiente!

—¡Excelente fichaje, realmente un excelente fichaje nuestro Gutsby! —repitió Arsène golpeando alegremente la mesa con los nudillos antes de levantarse.

El camino, tras las recientes lluvias, todavía estaba un poco mojado, y mis botitas se mancharon enseguida de barro. Pero no hice mucho

caso, estaba concentrada en el reportaje que Billy nos leía en voz alta. El periodista del *Morning Herald* debía de tener realmente una relación muy estrecha con Harold y Cecilia, porque el retrato que el artículo hacía de los dos era muy vivo. Pero las verdaderas revelaciones eran las concernientes al muerto.

—«René Sylvan era un hombre sin raíces, sin familia, libre como el viento, la perfecta antítesis del típico representante de la clase burguesa» —leyó Billy con voz impostada.

—Parece un tipo interesante… —comentó Lupin.

—«"Lo conocí en uno de mis viajes", declara Harold Grayling. "Nos cruzamos en El Cairo y enseguida me impresionó su extraordinaria vitalidad. Volvimos a encontrarnos en París, y aquella vez Cecilia estaba conmigo. Sabía que se harían buenos amigos y, de hecho, a ella también la cautivó enseguida"».

—Un trío de aventureros. Puedo identificarme fácilmente con la situación —dijo Arsène. Irene le sonrió.

—«De su pasado no se sabe mucho —siguió leyendo Billy mientras Arsène lo agarraba del codo para guiarlo por el sendero sin que tuviese que apartar los ojos del periódico—. Entre los pocos datos que se tienen sobre él destaca que quizá sea de origen húngaro, pero según sus documentos tiene nacionalidad francesa. Parece que hizo innumerables viajes por el mundo, especialmente por Oriente, donde vivió varios años. Se definía como "un alma sola y vagabunda", y era cierto. Incluso las amistades que entablaba duraban solamente hasta su marcha en el siguiente viaje. El señor Grayling y lady Hagbury-Winch habían vuelto a encontrarse con su amigo en una cena de gala en el Hôtel du Nord, en Ostende. Allí Sylvan había aceptado unirse a ellos para navegar a vela hacia la costa inglesa. Tristemente, esta ha resultado ser la última aventura de un gran viajero…»

—¡Parece un personaje salido de una novela de Stevenson! —exclamé imaginando lugares lejanos y aventuras trepidantes.

—O de Conrad —añadió Irene—. No me cuesta creer que Harold y Cecilia quedaran fascinados.

—Pero, desde luego, su final ha tenido algo de ironía —dijo Arsène mientras ayudaba a Billy a no meter el pie en un hoyo—. ¡Todos esos viajes aventurados por el mundo, a lugares lejanos y salvajes, para luego encontrar la muerte en las plácidas costas de

Devon!

Entretanto, habíamos llegado a Glenhill Cottage. Nos acercamos con precaución.

—Llamemos —propuso Irene.

—Pero si ayer no había nadie… —dije yo impaciente.

—Pero Libby y Agatha te han dicho que de vez en cuando la alquilan. No me parece bien correr el riesgo de que nos sorprenda un eventual inquilino recién llegado… —rebatió Irene, que llamó a la puerta con los nudillos.

—¡¿Hay alguien?! —gritó Arsène cuando comprendió que no nos abrirían.

La puerta permaneció cerrada. Arsène rodeó el *cottage* y luego nos dijo:

—Vosotros vigilad.

Instantes después trajinaba en la cerradura, que hizo un chasquido a los pocos segundos.

—¡Venga, todos adentro antes de que nos vea alguien! —susurró Irene con un gesto nervioso de la mano.

Billy y yo no nos lo pensamos dos veces. Como en la mayor parte de aquellos *cottages*, las ventanas no tenían postigos, sino solo gruesas cortinas de terciopelo que creaban una penumbra densa y adormecedora. Sobre la mesa había una lámpara de aceite que Arsène encendió. El *cottage* era la típica casita de la campiña inglesa, con muebles de taracea y ollas de cobre expuestas en la cocina. Algunas macetas rotas, apiladas en una alacena, y muchos ramos de flores secas combinados con hierbas aromáticas debían de ser un recuerdo del primer propietario, el famoso Brujo. Aparte de aquello, el lugar parecía bastante anónimo. Abrimos armarios y cajones, pero nada parecía estar fuera de lugar ni proporcionaba una pista de alguna clase.

Me agaché en el suelo en el saloncito formado por un par de butacas de cuadros y una mesita, y algo llamó mi atención. Parecía un papelito hecho una bola. Me apresuré a recogerlo. Tenía la consistencia del papel encerado, y cuando lo miré a la luz de la lámpara me di cuenta de que solo era una especie de pequeño envoltorio verde. Me lo metí en el bolsillo con la intención de examinarlo mejor a la luz del sol.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Irene.

—No, solamente la marca dejada por un vaso en la mesa de la cocina —dijo Gutsby—. Diría que de jerez o quizá de *brandy*. Realmente nada… —añadió después de oler la mancha redonda, pero un ruido repentino lo interrumpió.

Nos quedamos todos tan inmóviles como estatuas.

El ruido parecía venir de detrás de una puertecita al fondo del pasillo que llevaba a la única otra estancia de la planta baja.

—¿Habéis oído? —susurró Irene.

—Voy a ver —dijo Arsène, que se acercó precavidamente, con pasos lentos, a la puertecita.

También Billy se puso en guardia, pero si los movimientos de Arsène parecían ser los de algún arte marcial, probablemente el *jiu-jitsu* del que hablaba a menudo, los de Billy estaban indudablemente copiados del boxeo. Arsène llegó hasta la puertecita y, tras hacernos un gesto de aviso, la abrió y saltó dentro. Contuve la respiración.

El ruido de algo que caía me sobresaltó. También Irene profirió un gritito. Pero instantes después Arsène salió riéndose y con algo en la mano.

—Miradlo: he aquí a nuestro letal enemigo escondido en las tinieblas —dijo enseñándonos la palma de la mano, en la cual estaba encogido un ratoncito de campo visiblemente aterrorizado.

—¡Pero si es adorable! —exclamé yo, que no les tenía ningún miedo a los ratones, es más, los encontraba unos animalitos agraciados y fascinantes.

—Toma, suéltalo en el prado —me dijo Arsène, y yo acaricié al ratón mientras salía a la luz del día con mis compañeros de aventura.

Deposité al animalito en el suelo y él se paró un momento a observarme antes de escapar velozmente por la hierba.

Arsène cerró cuidadosamente la puerta.

—Podemos volver al hotel —dijo Irene.

Yo bufé. Aquella mañana empezaba a parecerme terriblemente irritante e infructuosa. Pero tuve que cambiar de opinión nada más llegar al hotel, en cuya recepción me avisaron de que habían entregado una carta para mí.

—¡¿Para mí?! —pregunté sorprendida.

Le di vueltas entre los dedos a un sobre que tenía escrito

inequívocamente mi nombre en una letra de trazos ampulosos y nada más. Me asaltó enseguida el terror de que se tratase de otra carta anónima, pero mis compañeros me estaban mirando y no pude evitar abrirla.

Billy notó mi desasosiego y, por su expresión, comprendí que había intuido lo que me pasaba por la cabeza.

—¿De qué se trata? —me preguntó Irene.

Abrí el sobre, con manos temblorosas, y lo primero que vi fue la firma al final de un breve mensaje.

—Es una nota de Agatha —suspiré aliviada.

CAPÍTULO 15

susurros bajo una lámpara

Agatha había vuelto a venir en nuestra ayuda con los resultados de una pequeña indagación que había hecho por propia iniciativa.

—¡Esa joven tiene un olfato excepcional! —exclamó Arsène cuando le di a conocer, así como a Irene y Billy, el contenido de la nota.

Todos mis miedos se habían volatilizado, cada pensamiento sombrío sobre Irene y mi misterioso informador había desaparecido para dar paso a la excitación que se siente cada vez que se hace un progreso en una investigación.

—Así pues, la Casa del Brujo, que nosotros hemos encontrado vacía y aparentemente deshabitada desde hace tiempo, en realidad está alquilada durante una semana —recapituló Irene acariciándose la barbilla con aire pensativo.

—Por una semana entera desde hace cinco días —confirmé verificando lo que estaba escrito en la nota.

En uno de sus paseos, Agatha había ido a la agencia Robbins & Brown, que gestionaba la mayor parte de las casas y apartamentos que se alquilaban con fines turísticos en aquella zona. Había fingido que estaba interesada en alquilar Glenhill Cottage para unos amigos suyos que querían pasar unos días en Torquay, y de ese modo había descubierto que la casa, propiedad del señor Bidderbloom, heredero del famoso Brujo, había sido alquilada para una semana a un tal señor Smith. Este, argumentando que no podría llegar hasta una hora tardía, había pagado anticipadamente por toda la estancia

mediante giro postal y había pedido que le dejaran las llaves en un lugar convenido. Abbott, el empleado que había hablado con Agatha, le había referido que él mismo había ido a esconder las llaves bajo una maceta de barro en la parte trasera del *cottage*. Y que iría a recogerlas dos días más tarde, o sea, al término del período de alquiler.

—Otro pequeño misterio, ¿no es cierto? —concluyó Arsène.

Yo asentí.

—Si ese señor Smith ha llegado de verdad al *cottage*, ¿por qué no hemos encontrado nada que nos hiciera pensar en la presencia de un huésped?

—A lo mejor ha tenido que irse deprisa y corriendo —sugirió Billy.

—¿Sin avisar a la agencia? —pregunté incrédula.

—Quizá no tuvo tiempo —supuso él—. Puede que tuviera un problema familiar, qué sé yo…, un accidente o un fallecimiento…

—En ciertas circunstancias, las personas pueden reaccionar de manera imprevisible —estuvo de acuerdo Irene.

Yo, sin embargo, no pude desechar la impresión de estar ante un detalle extremadamente importante para nuestra investigación.

Como siempre que rumiaba algo, mi sueño fue ligero. Así, antes de que clareara, me levanté presa de una sensación de inquietud, fui a la ventana, la abrí y contemplé el silencioso paisaje. Los lugares costeros tienen esa capacidad de parecer siempre infinitos e inmóviles, aferrados a la tierra pero proyectados hacia el plácido encanto del agua. Mientras me dejaba llevar por estos pensamientos, vi un puntito que se acercaba, apenas iluminado por la luz de la luna. Cuanto más se aproximaba, mejor podía distinguir su forma; pronto comprendí que era un chico de mi edad con una gran cesta llena de periódicos sobre el manillar de la bicicleta.

—¡El repartidor de periódicos! —exclamé, y enseguida me tapé la boca, con el temor de haber despertado a alguien. Agucé el oído, pero todo estaba tranquilo, así que me vestí deprisa y corrí silenciosamente al vestíbulo.

—¿Todo bien, señorita? —me preguntó el recepcionista que hacía el turno de noche al verme aparecer de aquel modo.

—Desde la ventana he visto que acaba de llegar el chico de los

periódicos —le dije con estudiada indiferencia—. ¿Podría facilitarme un ejemplar del *Morning Herald*? Ah…, y también de los diarios locales…

—Por supuesto, señorita —respondió afablemente el recepcionista.

Los exigentes huéspedes del Grand Hotel debían de haberlo acostumbrado a las peticiones más raras y caprichosas, frente a las cuales la mía debió de parecerle una nadería.

Desapareció en la parte de atrás y volvió con una pila de periódicos que olían a tinta.

—Infinitas gracias —le dije, y volví igual de silenciosa a mi habitación.

Tras pasar una hora con la nariz hundida en las páginas de los periódicos, no cabía en mí de impaciencia. Necesitaba hablar con alguien de lo que acababa de leer. Me acerqué a la puerta de mi habitación cuatro veces y otras tantas volví a sentarme en la cama bufando y adoptando posturas cada vez más descompuestas. A la quinta vez decidí echarle valor y bajar la manilla. Crucé el pasillo con los periódicos bajo el brazo, sin respirar. Había hecho cosas mucho más difíciles, a decir verdad, pero cuando llamé a la puerta de la habitación contigua a la mía sentí que me temblaban las piernas.

—¡¿Otra vez tú?! —bromeó Billy abriéndome—. Tarde o temprano me meterás en líos…

—¡Nada de líos, lo prometo! ¡Es solo que hay novedades sobre nuestro caso! —susurré enseñándole el paquete de periódicos.

Billy levantó los ojos al techo, sonrió, resopló y dijo:

—Entra. Total, ya no podría volver a dormirme…

Nos sentamos en la alfombra, en el cono de luz creado por la lámpara de su mesilla. No sé por qué no se nos ocurrió encender la luz central, pero así el ambiente era más sugestivo y misterioso. Nuestros susurros febriles en el hotel todavía silencioso hicieron el resto.

—Lee esto —le dije señalando con el dedo uno de los periódicos abiertos sobre la alfombra—. Aquí dice que el inspector Bennet ha declarado que, a su juicio, René Sylvan ingirió el Veronal por equivocación, dado que en su pastillero se han encontrado también aspirinas, todas las pastillas mezcladas y casi indistinguibles unas de

otras.

—Entonces, ¿quería tomarse una aspirina y, en cambio, se tragó un somnífero? —comentó Billy—. ¡Menuda suerte la del tal Sylvan!

—Y además bebió champán, que mezclado con el Veronal le hizo perder la conciencia.

—Pero antes podría haber nadado unos cientos de metros —leyó Billy.

—¿Tú crees que eso puede explicar por qué acabó en Watcombe Beach?

—Quién sabe. En tal caso se trataría de una doble mala suerte: primero la pastilla equivocada, luego casi llega a la playa, pero muere ahogado a pocos metros de la orilla.

Asentí y al final abrí el *Morning Herald*. Lo había dejado para lo último porque contenía el artículo más interesante y jugoso. La posibilidad de hablar cara a cara con Grayling y lady Hagbury-Winch había facilitado al periodista otro largo artículo lleno de detalles exclusivos.

—Y escucha esto… —dije leyendo en voz baja—. «El señor Grayling y lady Hagbury-Winch estaban acostumbrados a los repentinos cambios de humor de su amigo, el señor Sylvan, por eso al principio no se preocuparon cuando el hombre desapareció de la fiesta».

Dejé luego que Billy leyese el resto del artículo por su cuenta.

—Hum… Parece que las reinas de la fiesta fueron precisamente… ¡las aspirinas! —dijo él con una sonrisa señalando el párrafo en el cual el periodista contaba que Harold se había quedado bajo cubierta al principio de la fiesta, en espera de que la pastilla contra el dolor de cabeza le hiciera efecto antes de unirse a sus invitados.

—Por eso no se dio cuenta de nada. O al menos eso sostiene… —comenté—. De todos modos, Cecilia se reconoce destrozada al pensar que no le dio importancia a su improvisa ausencia.

—Esa clase de personas con frecuencia son un embrollo ambulante —suspiró Billy, y por un momento tuve la impresión de que estaba hablando por experiencia personal—. Escucha lo que dice Grayling: «¿… hartarse de la compañía y tirarse al agua para nadar un poco en solitario? ¡Nada más típico de René! Es muy triste, pero la verdad es que, lamentablemente, no podíamos prever

una desgracia así».

—Parece que el señor Sylvan era un tipo verdaderamente pintoresco… —comenté.

—¡Sí, pero, en mi modesta experiencia, un cierto género de pintoresquismo va siempre unido a un lado turbio!

Una intuición repentina cruzó por mi mente.

—Espera un momento… ¡Quizá tengas razón! —exclamé emocionada. Billy me hizo un gesto para que bajara la voz. Me sonrojé y, en un tono mucho más moderado, susurré—: Veamos, reflexiona… Siempre hemos pensado que Sylvan no era más que la víctima de una desgracia… Pero ¿y si no lo fuese?

—¿En qué sentido, perdona? ¡Si lo encontramos cadáver en aquella playa! —dijo Billy perplejo.

—Quiero decir que quizá no sea solamente víctima. Quizá fuese un criminal o un espía, y a lo mejor tenía alguna razón para ir hasta Watcombe Beach.

—¡No lo había pensado!

—O quizá su destino fuese Glenhill Cottage —seguí diciendo—. Pero algo salió mal y el misterioso señor Smith lo… «ayudó» a ahogarse.

Billy pareció reflexionar un instante sobre aquella posibilidad, pero al final negó con la cabeza y dijo:

—Y, entonces, ¿para qué tomarse el Veronal? Ingerir un somnífero antes de una cita importante, de una emboscada o de un ajuste de cuentas no es algo demasiado sensato.

—Pero el inspector Bennet ha declarado que probablemente Sylvan se equivocó de pastilla. Tal vez un cómplice subió a bordo del *White Anemone* y escondió el Veronal en el pastillero de Sylvan. Y luego… ¡y luego vertió una sustancia tóxica que les provocó dolor de cabeza tanto a él como a Grayling! Así que ambos tomaron una aspirina, pero la de Sylvan era en realidad Veronal…

—¡Frena, frena! ¡Ahora estás yendo demasiado lejos con tus suposiciones! —dijo Billy entre carcajadas.

Resoplé irritada. Ciertamente, la parte de la sustancia tóxica me parecía un poco exagerada incluso a mí, pero en momentos como aquellos me resultaba difícil mantener a raya mi imaginación.

—Solo se puede hacer una cosa para descubrir si tengo razón —susurré entonces con una sonrisita astuta.

—¿Cuál?
—¡Seguir investigando!

CAPÍTULO 16

la larga sombra DE LA MUERTE

Después de perorar apasionadamente durante casi dos horas en el desayuno, concluí diciendo:

—Por lo tanto, deberíamos ir al muelle y preguntar a todos los que pasaron por delante del *White Anemone* el día de la fiesta, para saber si alguien vio subir a bordo a un intruso, y analizar juntos qué otros pasos podemos dar para avanzar en nuestra investigación.

El *pain au chocolat* y la taza de chocolate que había pedido descansaban delante de mí, increíblemente intactos. Los había pedido imitando inconscientemente a Sherlock, que de joven, cuando necesitaba carburante para el cerebro, se nutría con chocolate, pero en ese momento estaba demasiado enfrascada en hablar para pensar en el desayuno.

Irene y Arsène se miraron entre divertidos e impresionados, y mi madre adoptiva me preguntó:

—¿Y has pensado tú sola todo esto?

No pude evitar que mi mirada se posara en Billy e inmediatamente mis mejillas enrojecieron. Me decidí a darle un mordisco al *pain au chocolat* para disimular mi turbación.

—Casi todo —confirmó Billy con la habitual sonrisa en él de quien tiene todo bajo control—. Hemos hablado los dos mientras los esperábamos para el desayuno, así que Mila me ha puesto al corriente de las últimas noticias y de sus suposiciones.

—Vosotros tardabais en llegar… —añadí yo a la defensiva,

deglutiendo un largo sorbo de chocolate tibio, aunque en honor a la verdad debo reconocer que tanto Arsène como Irene se habían levantado temprano, como de costumbre.

Arsène iba a replicar, pero un camarero se acercó educadamente a nuestra mesa y anunció:

—La señora Agatha Miller solicita ver a los señores.

—¡Ah, qué bien, una visita de Agatha! —exclamé contenta. Aquella mujer no solo me resultaba simpática, sino que me parecía que teníamos en común el mismo estilo de investigar… impetuoso.

—Ruéguele que se siente aquí con nosotros, por favor… —le dijo Irene al camarero, que dispuso inmediatamente un quinto cubierto en nuestra mesa y luego desapareció en silencio camino de la recepción. El hombre volvió instantes después con Agatha, y yo sentí una subida de adrenalina que me aceleró el ritmo del corazón. La señora Miller, habitualmente tan elegante y compuesta, tenía un aspecto desordenado y agitado. Llevaba el sombrerito torcido y un mechón rubio se le escapaba del moño bajo en que llevaba recogida la melena y le colgaba junto a la oreja. Apretaba contra ella un bulto de mantitas bordadas y encajes, coronado por una linda cofia blanca de recién nacido de la que asomaba la carita rosácea de Rosalind. La niña, ignorante de lo que turbaba a su madre, estaba muy ocupada en producir bolitas de saliva con la boca.

Agatha se sentó a nuestra mesa acunando amorosamente a la pequeña, respiró hondo y dijo:

—Jerry Hammick…

—¿Qué pasa con Jerry Hammick, querida? —le preguntó Irene sonriéndole.

Agatha se mordió un labio y meneó nerviosamente la cabeza.

—Es una cosa horrible… Jerry Hammick ha… muerto. En un incendio.

Cruzamos todos una mirada de estupefacción. ¡No era posible!

—Oh, santo Dios… ¡Cuéntanoslo todo! —exclamó Irene mientras le servía una taza de té.

Agatha dio un sorbo y luego se puso a contarnos:

—Hay una caseta detrás de la casa de Hammick. O quizá debería decir que había. Era el refugio de Jerry, el lugar en el que más tiempo pasaba. Lo usaba también como cuarto oscuro, allí tenía todo el material fotográfico y sus fotos. Anoche la caseta ardió

cuando Jerry estaba dentro. Murió en el incendio.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Algo terrible —confirmó Agatha—. Por desgracia, no hay ninguna duda, Jerry trató de esconderse en un viejo armario para huir de las llamas, pero se asfixió. Su padre, al percatarse del incendio, pidió socorro inmediatamente, pero para entonces ya no se podía hacer nada por el muchacho.

—Una auténtica tragedia —observó Billy, pero en su mirada había muchas preguntas que se agitaban inquietas.

Agatha asintió.

—El pobre farmacéutico está ahora con los Grady, fuera de sí del dolor. Me lo ha dicho Libby, que llora a mares desde que se ha enterado; quería mucho a Jerry, lo consideraba un artista incomprendido. Ha sido ella la que me ha avisado.

—Y tú has venido a vernos porque crees que hay algo detrás, que no se trata de un simple accidente —dijo Irene.

Agatha asintió de nuevo.

—El agente Tait sostiene que se ha tratado de un incendio causado por las sustancias inflamables que empleaba Jerry para revelar las fotos. Es la hipótesis más evidente, ya que además era una caseta de madera y Jerry era un tanto torpe.

—Pero no es la hipótesis en que tú crees —dijo Arsène ofreciéndole una galleta de mantequilla, que Agatha aceptó con una débil sonrisa.

—Perdonad, es que ni siquiera he desayunado. He dado de comer a Rosalind y he venido corriendo a veros —dijo mordiendo la galleta—. Porque no consigo dejar de pensar que hay extrañas coincidencias en esta historia. Tal vez me equivoque, es más, probablemente el agente Tait tiene razón, pero hay una idea que no puedo descartar…

—La muerte del pobre Jerry ha ocurrido justo después de que dijera que había visto a Sylvan en Glenhill Cottage —concluí yo por ella.

—Exactamente. Y debéis saber que Jerry era un apasionado de la fotografía desde hace muchos años. Puede que la cabeza no le funcionara bien del todo, pero lleva razón Libby cuando dice que era un artista, y un artista sabe utilizar con cuidado sus instrumentos.

—¿Le has contado a la policía lo que Jerry dijo de Sylvan? —le pregunté con el corazón en un puño.

Agatha se encogió de hombros y contestó:

—Todo el mundo lo ha considerado siempre un poco alocado, jamás me habrían creído.

—Nosotros, sin embargo, estamos menos inclinados a descuidar una pista así —comentó Lupin con expresión grave.

—Agatha tiene razón, ¡empieza a haber demasiadas coincidencias! —soltó Irene.

Y yo la respaldé:

—Se lo decía al amanecer…, ejem, esta mañana a Gutsby…

Me callé inmediatamente. ¡Vaya, acababa de confesar mi temprana incursión en la habitación de Billy!

Irene me miró con perplejidad, y una pizca de curiosidad burlona, pero, dada la gravedad del momento, no parecía tener intención de averiguar más.

Me apresuré a hacer como si no hubiera dicho nada y añadí:

—Hasta ahora, nadie ha tenido en cuenta la posibilidad de que un tipo tan novelesco como Sylvan pudiese ser un espía o un criminal, ¡pero pienso que el horrible fin de Jerry es una especie de confirmación!

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? —preguntó Arsène.

Fue Agatha la que respondió:

—Si no me equivoco, Jerry dijo que había fotografiado a Sylvan en la Casa del Brujo, ¿no? Lo que Mila está diciendo es que el pobre Jerry vio de verdad a Sylvan, y con él quizá también al hombre misterioso que ha alquilado Glenhill Cottage bajo el nombre, ciertamente falso, de Smith.

—Y el misterioso Smith, en mi opinión, no es otro que el asesino de Sylvan —declaré asintiendo con la cabeza.

—Así como del pobre Jerry Hammick —añadió Gutsby con rostro serio.

Irene se puso en pie.

—Es importante que también la policía tenga conocimiento de lo que sabemos, ¡hay que informarla inmediatamente! Si tenéis razón, nuestro Smith ha concluido ya su trabajo y se estará dando a la fuga. ¡Tenemos que ir ahora mismo a la comisaría! Si apoyamos a Agatha, hasta ese cabezota, el agente Tait, tendrá que escucharla.

Lupin asintió y se puso en pie a su vez, imitado en el acto por Gutsby.

En aquel momento me pareció que a mi alrededor todo se estaba acelerando, como un tiovivo enloquecido. Salté como un resorte, con el corazón latiéndome fuerte.

—Irene tiene razón —dijo Arsène—, y si los policías no nos toman en serio, ¡en cualquier caso tenemos que hacer lo posible para tratar de convencerlos!

Entonces Rosalind se puso a chillar y Agatha la acunó tratando de calmarla.

—Tengo que irme sin falta —dijo contrariada—. Rosalind no me deja aún mucha libertad…

—No te preocupes, Agatha, nosotros nos encargamos —le dijo Irene poniéndole una mano en el hombro y haciéndole una leve caricia a la niña, que se removía entre sus brazos—. Y, obviamente, te tendremos al tanto, te lo prometo.

Agatha le dio las gracias, se despidió y se dio prisa en regresar a Ashfield antes de que Rosalind se quedara ronca a fuerza de berrear.

—Nosotros también tenemos que irnos —dijo Irene de forma práctica—. Nos esperan en la comisaría…, ¡aunque todavía no lo sepan!

Salimos precipitadamente del comedor y me puse a la cabeza del grupito que marchaba convencido hacia la calle. Casi había llegado a la entrada cuando tuve la nítida sensación de haberme quedado sola. Me volví y vi a Irene parada delante del mostrador de recepción observando al empleado, que hablaba con un señor barrigudo y con atuendo claro. Arsène y Billy se habían detenido unos cuantos pasos más adelante y la miraban.

—¿Y ahora qué…? —protesté.

—Naturalmente, nuestro hotel está siempre en consonancia con los tiempos —afirmaba obsequiosamente el recepcionista—. De hecho, como le decía, se trata de un aparato telefónico modernísimo y que está a disposición de nuestros clientes.

—Ah…, pues yo tendría mucho gusto en probarlo si es posible —dijo Irene, entrometiéndose en la conversación.

—Mamá… Pero ¿a quién tienes que llamar? —pregunté volviendo rápidamente sobre mis pasos.

Irene me guiñó un ojo y contestó:

—Vosotros id a hablar con Tait, entretanto yo creo que aprovecharé el modernísimo aparato del que hablaba el señor.

—¿Para llamar a quién? —le preguntó Arsène, aunque una especie de media sonrisa en su cara daba a entender que ya se había hecho una idea.

Irene le sonrió y respondió:

—A alguien a quien también conocéis vosotros: ¡al enemigo acérrimo de las coincidencias!

CAPÍTULO 17

unos demasiado y otros NADA

Fuera de la comisaría estallé con los puños apretados:

—¡No me lo puedo creer!

El agente Tait nos había despachado en un santiamén, sin permitirnos siquiera hablar con el sargento o con el inspector Bennet.

—Cómo dices eso, Mila, si ha prometido que haría llegar nuestra declaración al inspector en persona… —comentó sarcástico Gutsby.

—Ese no sabría resolver un caso ni aunque… ¡ni aunque tuviera la confesión por escrito del asesino! —bufé alzando un dedo hacia el pequeño edificio blanco que albergaba la comisaría—. Estoy segura de que no le dirá nada al inspector Bennet, porque piensa que somos unos exaltados que han leído demasiadas novelas policíacas… ¡Él y ese engreído sargento ni siquiera querían creernos cuando encontramos el cuerpo de Sylvan en la playa!

Lupin me sonrió y, con una pizca de amargura, dijo:

—Hay cosas que no cambian nunca y una de ellas es el cerrilismo de algunos de los denominados guardianes del orden. Hazme caso, todo sigue igual que hace cincuenta años. Lo cual quiere decir que haremos lo que tu madre, Sherlock y yo hacíamos entonces.

—O sea… —quise saber mientras la esperanza revivía dentro de mí.

—Si la policía no quiere seguir la pista que le hemos dado, peor para ella, ¡lo haremos nosotros!

Billy y yo asentimos a la vez, bastante aguerridos.

Volvimos al hotel a toda prisa, no veía el momento de estudiar con mi madre y los demás nuestros próximos pasos. Pero precisamente cuando volaba hacia la escalera para ir a llamarla, casi choqué con un señor corpulento y muy peripuesto que caminaba de aquí para allá por el pasillo entre el vestíbulo y la escalera.

—¡Disculpe! —exclamé apresuradamente.

—¡Ah! ¡Y lo llaman el sexo bello! —lo oí refunfuñar—. Primero esa parlanchina que ocupa el aparato durante horas y ahora esta maleducada que casi me tira por la escalera… El sexo bello… ¡El sexo maleducado deberían llamarlo!

Yo había llegado casi al rellano y consideraba la posibilidad de volver atrás y soltarle cuatro frescas para defender el honor femenino, pero una frase concreta de su parrafada me había llamado la atención. Bajé corriendo la escalera y vi al atildado señor paseando nerviosamente por delante de una puerta de madera con un cristal opaco. Y de la puerta cerrada salía la voz atenuada pero inconfundible de Irene.

—Eh, señorita, que estoy yo antes —protestó el hombretón cuando me acerqué a la puerta. Pero no me dio tiempo a replicar, porque en aquel momento salió mi madre.

—Está a su completa disposición, entre pues, señor —le dije con una ridícula reverencia digna de una dama de compañía.

Irene me dirigió una mirada perpleja y yo le hice seña de dejarlo correr, porque se trataba de algo de poca importancia.

—¿Qué te ha dicho Sherlock? —le pregunté.

—No lo vas a creer —respondió con una mirada de asombro y una extraña sonrisa en los labios.

—Así pues, has logrado apartar su atención de esas benditas abejas… ¡Increíble! —exclamó Arsène.

—Sí. Pero al principio ni siquiera quería escucharme —explicó Irene—. Precisamente porque decía que debía hacer unas modificaciones urgentes en sus colmenas. Pero cuando he pronunciado la palabra «homicidios» ha empezado a interesarse por lo que tenía que contarle. Y, tratándose de Sherlock, naturalmente no existen las medias tintas… ¡No me dejaba colgar! Me ha hecho

describirle todo con pelos y señales y, cuando no le bastaba, me hacía más preguntas, sobre cada mínimo detalle. Hacia el final de nuestra conversación, cuando a mí ya me daba vueltas la cabeza por sus mil preguntas, casi parecía que hubiera entrado en trance, ¡y me ha hecho jurar que lo llamaría para contarle cada mínima evolución!

—Esa es una buena noticia, ¿no? —pregunté yo para estar segura de haber comprendido bien, puesto que con Sherlock nunca se sabía.

Irene me sonrió y contestó:

—¡Lo es, Mila! Y por dos motivos distintos: primero, porque significa que Sherlock sigue siendo el mismo de otros tiempos, y eso me alivia; segundo, si él encuentra algo interesante en esta historia, es que hemos acertado, ¡tenemos oficialmente un misterio que resolver!

—¿Y ahora? ¿Qué evolución podemos darle para alimentar su interés antes de que se enfríe o nos acuse de ser unos perfectos idiotas? —preguntó jovial Arsène. También él parecía muy complacido por el hecho de que por fin su viejo amigo se hubiese subido a bordo de aquella nueva aventura.

—Es el momento de hacerle una visita de cortesía a Agatha. También ella querrá que la pongamos al corriente. Y si hay un camino alternativo para sonsacar confesiones, rumores y secretos, ¿qué mejor táctica que preguntarle a alguien del lugar?

Agatha se alegró de volver a vernos y pareció incluso hechizada cuando Irene le dijo que había hablado del caso con Sherlock Holmes.

—¿Va a venir? —preguntó con un tono de voz que le había subido una octava.

—Me temo que no —respondió Irene—, pero quiere estar al corriente de cada mínimo detalle.

—Entonces, debemos esforzarnos al máximo para que no se nos pase por alto ninguno —observó ella diligentemente. Detrás de su mirada encendida casi pude intuir los engranajes de su cerebro moviéndose frenéticamente.

La puse rápidamente al tanto de la terrible decepción que nos habíamos llevado aquella mañana en la comisaría, pero,

extrañamente, cuanto más hablaba yo más sonreía Agatha.

—¿Tienes alguna idea brillante? —le pregunté cuando acabé de hablar, pasando a tutearla.

—No sé si es brillante, pero es una idea —respondió ella con una sonrisa—. Si la policía no nos hace caso, siempre podemos recurrir a la prensa, solo para remover las aguas.

—No está mal. No está nada mal —dijo Arsène—. Lástima, sin embargo, que el interés por el caso esté menguando ahora que hay una explicación plausible de la muerte de Sylvan. Me parece que ya no andan muchos reporteros por aquí.

—Siempre nos queda John Culverton, el corresponsal del *Devon Gazette* en Torquay. No es un gran periodista, a decir verdad, pero es el único que tenemos…

—¿Y él nos escucharía? —le preguntó Irene.

Agatha se encogió de hombros.

—Si puedo hablar con total franqueza, Culverton es un hombrecillo mediocre y pomposo del que normalmente me fiaría muy poco, pero creo que se pondrá contentísimo de tener una exclusiva que arroja una nueva e inquietante luz sobre la tragedia de Watcombe Beach, y eso bastará para convertirlo en un recurso para nosotros. Una vez publicado un artículo al respecto, la policía estará obligada a indagar.

Agatha anotó la dirección del *Devon Gazette* en un trozo de papel que Irene se guardó en el bolso.

—Os conviene daros prisa —fue su último consejo antes de despedirnos—, para que Culverton pueda preparar el artículo antes de que el periódico vaya a imprenta.

CAPÍTULO 18

horas turbulentas

Desplegué el *Devon Gazette* sobre la mesa del desayuno y declaré triunfante:

—¡Nuestra jugada ha funcionado! El periódico contenía un largo artículo de Culverton.

—¡Qué prosa más vulgar! —juzgó por su parte Arsène con una mueca.

—Bueno, no va a ganar el Premio Pulitzer de Periodismo de la Universidad de Columbia, pero para nuestros fines es eficaz —comentó Irene—. «Unos diligentes y voluntariosos ciudadanos, erigidos en paladines de la verdad, han hecho que el *Devon Gazette* pudiese obtener esta prodigiosa exclusiva», ha escrito el bueno de Culverton.

—Bien, en cuanto a diligencia no nos supera nadie —dijo Arsène entre risas.

—¿Sería oportuno comunicárselo a Sherlock? —preguntó Irene.

—Pero no ha habido ninguna evolución interesante —objeté.

—Ay, tú aún no conoces bien a Sherlock, podría estar de morros si no lo informamos de todo al detalle —observó Irene guiñándome un ojo.

—Ahí está el *maître*, mirándonos —nos advirtió Billy en aquel momento—. Y tiene la típica expresión de alguien a quien le gustaría que se lo tragara la tierra…

Nos volvimos todos hacia el *maître* y constatamos que se acercaba precisamente a nosotros, acompañado de un hombre fornido de ojos porcinos y fino bigotito gris, patentemente

incómodo en medio de todo aquel lujo.

—Ejem… Los señores me disculparán… —dijo el *maître* carraspeando educadamente—. El señor Bennet aquí presente…

—Inspector Bennet —puntualizó el otro con brusquedad.

—Buenos días, inspector, ¿qué podemos hacer por usted? —preguntó Irene sonriendo.

—Es muy sencillo, señora: podrían dejar de ir a contarle patrañas a la prensa —respondió él conteniendo a duras penas su ira.

—¿Y por qué está tan seguro de que hemos sido nosotros? —le preguntó Irene sin abandonar la cortesía.

—¿Acaso me toma por idiota, señora? Porque son las mismas delirantes elucubraciones que le refirieron al agente Tait, ¡he ahí el porqué! —soltó enojado el inspector—. La muerte del señor Sylvan es un asunto que compete únicamente a la policía, y se da el caso de que la policía ya ha verificado cómo se desarrollaron los hechos —prosiguió poniéndose poco a poco más colorado—. Y ahora, en cambio, a ustedes se les ocurre la bonita idea de ir a enturbiar las aguas por quién sabe qué tonto capricho, ¡pero soy yo el que debe responder personalmente ante mis superiores!

—Lo lamentamos si le hemos ocasionado inconvenientes con sus superiores, inspector, pero, verá, el hecho es que… las nuestras no son elucubraciones —rebatí yo con firmeza—. Y si el agente Tait nos hubiera escuchado, no nos habríamos visto obligados a recurrir a los periódicos. Después de todo, sus superiores esperan de usted la verdad y no solo la solución más cómoda, ¿digo bien?

Bennet concentró en mí una mirada incandescente que me esforcé en sostener para demostrarle que no le tenía miedo.

El inspector apartó por fin su mirada para ponerla en Irene y Arsène.

—Esto es el resultado de hacerles caso a chiquillos sobrexcitados, sin pensar en las consecuencias. ¡Alarmistas inútiles! —gruñó.

Yo estaba dispuesta a cantarle de nuevo las cuarenta, pero Irene le sonrió conciliadora y replicó:

—Querido inspector, le aseguro que aquí nadie está sobreexcitado, si acaso deseoso de descubrir la verdad. Esto vale para las personas sentadas a esta mesa y también para otra persona

que quizá usted conozca, el señor Sherlock Holmes.

Al oír pronunciar el nombre del legendario detective, Bennet adquirió la rigidez y el colorido de una estatua de sal.

—¡Ah, lo que faltaba…! No veo cómo… Y, además, ¡todo el mundo sabe que el señor Holmes se ha retirado! —rezongó al cabo de un instante.

—Tiene usted razón, inspector, pero el hecho es que al señor Holmes le encanta hacer alguna pequeña excepción cuando hay un caso lo bastante interesante como para estimular su mente. Puesto que, afortunadamente, este hotel dispone de un aparato telefónico, podemos llamarlo. Así usted podría tener la confirmación en persona —dijo Irene con pérfida gentileza.

—Bien… No me parece que… No creo en absoluto que sea necesario… —farfulló el inspector, encogido en su chaqueta gris.

Contuve a duras penas una carcajada. Durante años, Sherlock había sido el espantajo de los inspectores de policía del reino, aterrados ante la idea de que él los ridiculizara. Su retirada había hecho que muchos suspiraran de alivio. El pobre inspector Bennet, en su pacífico rinconcito de Devon, ni siquiera debía de haber pensado en una eventualidad semejante, y en cambio… he aquí que un grupo de perfectos desconocidos le estaba anunciando el regreso a escena del gran detective. ¡Y precisamente en un caso que la mala suerte había hecho que se lo endilgaran a él!

—Inspector, estamos a su disposición para ofrecerle nuestra ayuda y la de nuestro amigo el señor Holmes —declaró Arsène.

Fue como si al inspector le hubieran dado algo parecido a un golpe definitivo. Arrugó nerviosamente el sombrero que tenía en las manos, bajó los ojos y dijo:

—No, no es en absoluto necesario… No… Es más, convendría que no interfirieran más en las pesquisas… Sí. Eso es. Y ahora les ruego que me disculpen, tengo mucho que hacer.

Y, sin decir más, se alejó hacia la entrada a grandes zancadas, con la cabeza metida entre los hombros.

—Buena jugada, señora Adler —exclamó Gutsby mirando cómo se iba el inspector—. No creía que el nombre de Sherlock Holmes pudiese aterrorizar tanto entre las filas de la policía.

—Oh, amigo mío, ni siquiera te imaginas cuánto —se carcajeó Arsène.

—Sí —confirmó Irene—. Y diría que ahora es el momento de ir a telefonear a nuestro don Espantajo. Después de todo, hemos dado su nombre, hay que informarlo o se enfadará.

Irene desapareció y a los pocos minutos volvió con una expresión perpleja.

—¿No está en casa? —preguntó Arsène, dada la brevedad de su ausencia.

—No, no, en realidad estaba, pero…

—Pero… —la apremié yo, que me moría de ganas de restregarle más pruebas por la cara a aquel antipático inspector Bennet.

—Ha contestado con monosílabos a mis novedades… Tal vez los engranajes de su cerebro estaban generando alguna prodigiosa deducción —dijo Irene.

—O a lo mejor estaba pensando en un proyecto para nuevas colmenas —bromeó Arsène poniéndose en pie—. De todas formas, ahora que hemos lanzado el anzuelo, no podemos hacer otra cosa más que esperar.

Y fue exactamente lo que hicimos, un par de horas después de estar leyendo u holgazaneando en la terraza, empezamos a lanzarnos miradas impacientes los unos a los otros.

—¡Hay que esperar, de acuerdo, pero quizá pudiéramos matar el tiempo haciendo algo que no sea completamente inútil! —dijo Lupin rompiendo el largo silencio.

—¿Como qué? —le preguntó Billy con curiosidad.

—Podríamos ir al puerto a dar un tranquilo paseo y, ya que estamos allí, ¡echarle un vistazo al *White Anemone*!

Por la manera en que todos nos levantamos de un salto, Lupin comprendió que su propuesta había sido aceptada.

Me había hecho muchas ilusiones con aquel paseo, pero todas fueron incumplidas. Visto desde el muelle, el *White Anemone* no era más que un gran y lujoso yate completamente vacío. ¡A saber dónde estarían Harold y Cecilia! A bordo no, eso seguro. En el hotel se rumoreaba que se habían escondido en alguna parte de la campiña que rodeaba Torquay, en un lugar que solo sabía la policía. Incluso los transeúntes se mantenían a distancia del *White Anemone*, como si sobre aquel espléndido barco hubiese caído

algún tipo de maldición o de mal de ojo.

Tras vagabundear a lo largo del muelle, nos desviamos a las calles interiores de la villa para regresar al fin al Grand Hotel a mediodía.

Cosa insólita en nuestra pequeña banda, comimos sin decir casi ni palabra. Cuando nos levantamos de la mesa, yo me noté inquieta y sentí la necesidad repentina de quedarme un rato sola para reflexionar. Recordé que junto a la floristería de Libby había una pequeña mercería y me inventé sobre la marcha una excusa para ausentarme:

—Necesito comprarme horquillas.

Irene asintió y me dio permiso. Los intentos de domar mi cabellera rebelde terminaban invariablemente por deformar un número increíble de horquillas, desaparecidas en combate en aquellos valientes aunque fracasados intentos.

—No te alejes mucho —me pidió Irene con una mirada benévola —. Este lugar parece tranquilo, pero nosotros sabemos que podría haber gente muy peligrosa ahí fuera.

La tranquilicé y salí del hotel revisando mentalmente todos los indicios y las hipótesis esbozadas que habíamos ido reuniendo sobre el caso del pirata de Watcombe Beach. No saqué en conclusión gran cosa de mi cavilación y, puesto que la idea de engrosar mi reserva de horquillas era buena de todos modos, decidí entrar de verdad en la mercería, en la que me recibió una viejísima señora encaramada a un taburete. Le dije lo que quería y ella tardó sus buenos diez minutos en encontrar el cajón apropiado, abrirlo, sacar las horquillas del tamaño solicitado, cerrarlo, envolverlas en un trocito de papel cebolla, entregármelas, decirme el precio y coger el dinero.

—Quédese con la vuelta —exclamé, más por miedo a hacerme yo vieja allí dentro que por amabilidad.

Y, una vez fuera, casi me di de bruces con una exuberante figura femenina que vestía un alegre jersey de color lila.

—¡Mila! ¡Pero si eres tú!

Levanté los ojos hasta el jovial rostro de Libby.

—¡Me parecía haberte visto entrar en la tienda de la señora Hunt, tesoro! ¡Y da la casualidad de que yo tengo una novedad que acaba de contarme el macaco de Tait! —exclamó la chica—. Quería esperar a mi tiempo de descanso para ir a cotillearle todo a Agatha,

pero en vista de que a estas alturas vosotras dos sois un equipo, ¡te lo digo también a ti!

Seguí a Libby a su tienda y durante diez minutos ininterrumpidos escuché las novedades, impaciente por referirlas a mi vez.

—¡Increíble! —exclamé al final—. ¡Gracias, Libby, corro ahora mismo a contárselo a los demás!

Y eso hice, precipitándome por las calles de Torquay y llegando al fin al Grand Hotel sudorosa, jadeante y con un hormigueo en la piel por los nervios.

Y entonces una mano me agarró del brazo.

—¿Adónde vas tan deprisa, señorita? —me preguntó una voz familiar.

Me volví de sopetón y a duras penas me contuve para no echarle los brazos al cuello al hombre que me miraba con una expresión entre suspicaz y divertida. Un hombre que respondía al nombre de Sherlock Holmes.

CAPÍTULO 19

un turista alocado

Puesto que Holmes llevaba en ayunas desde la mañana, aquella noche cenamos muy pronto. Yo no podía mantener quietas las piernas debajo de la mesa. Mis pies golpeaban furiosamente el suelo para desahogar la tensión de la espera. Si hubiese sido por mí, todos habrían sabido ya lo que me había dicho Libby por la tarde, pero Sherlock me había pedido que tuviera paciencia y que no revelara lo que sabía hasta estar los cinco sentados a la mesa. No recordaba haberlo visto nunca de tan buen humor. Un esbozo de sonrisa afloraba detrás de cada expresión suya y, además, hablaba y se movía como un director teatral que se deleitara con el espectáculo que iba a poner en escena.

Por mi parte, yo pedí los mismos platos que había elegido Irene, sin saber siquiera cuáles eran, y estuve todo el tiempo lanzándole a Holmes miradas impacientes.

—Por raro que pueda sonar, nuestra Mila ha obtenido interesantes novedades gracias a una florista, ¿estoy en lo cierto? —dijo Sherlock cuando yo pensaba ya que iba a explotar.

—¡Harold y Cecilia! —solté casi gritando—. ¡Hansufrido-un-accidente-de-tráfico! —ametrallé luego de un tirón.

—¡Calma, Mila, calma! —me reprendió el detective, y yo lo miré con una pizca de resentimiento, porque había sido él quien había provocado toda aquella agitación en mí. Pero luego vi que los demás comensales estaban pendientes de mis labios y que Sherlock tenía una ceja alzada como para hacérmelo notar. Precisamente como el director que le explica al actor la forma correcta de interpretar un diálogo.

—Cuando hayáis terminado de haceros señales en clave, ¿os importaría ponernos al corriente también a nosotros? —dijo Lupin entre risas.

Respiré hondo, miré a todos uno por uno y respondí:

—Harold y Cecilia han sufrido un accidente de tráfico. Me lo ha dicho Libby hoy por la tarde. Me la he encontrado durante mi paseo.

—¡Santo cielo! ¡Últimamente Devon parece haberse vuelto un lugar más peligroso que una jungla! —exclamó Irene—. Espero que estén bien…

—Sí —asentí—. ¡Pero las han pasado canutas! Parece ser que un camión los ha sacado de la carretera a propósito… Esos dos se han salvado de milagro. Pero hay más. Un hombre armado los ha perseguido, aunque ellos han conseguido llegar a un camino transitado y allí han pedido ayuda.

—Así pues, esta fea historia no ha acabado en absoluto… —comentó Arsène, muy impresionado por lo que contaba—. Y ahora son Grayling y lady Hagbury-Winch quienes están en el punto de mira.

Sherlock no hizo comentarios. Había pedido una langosta y la estaba degustando con máxima satisfacción.

—¡En el punto de mira del misterioso señor Smith, muy probablemente! —comenté mirando a Sherlock de reojo para saber qué pensaba. Él siguió dedicando toda su atención a la langosta y no se dignó mirarme ni hacerme gesto alguno. Resoplé y proseguí con mi razonamiento en voz alta, esperando ganarme su atención—: A lo mejor era su plan desde el principio y Sylvan era su cómplice. Quizá se conocían y formaban parte del mismo ambiente criminal. O bien Smith obligó a Sylvan a ayudarlo porque… puede que tuviera en su poder algo que lo comprometía.

Billy asintió y añadió:

—Tal vez, René Sylvan tuvo un sentimiento de culpa. Después de todo, Cecilia y Harold afirman que era amigo suyo. Podría ser también que se lo pensara mejor y Smith lo liquidó para evitar que se lo soplara todo a la pareja.

—¿Y tú qué dices, Sherlock? —le preguntó Irene, tan intrigada como yo por el extraño comportamiento de su amigo.

—¡Que esta langosta es excelente y que el Montrachet con que

estoy regándola no lo es menos! —respondió él alzando su copa a nuestra salud.

—Naturalmente… La verdad es que has venido hasta aquí para comer langosta y beber vino francés, ¿eh, viejo amigo? —ironizó Arsène.

—¿O quizá, señor Holmes, ya tenga en el bolsillo la solución al misterio y solo espera el momento adecuado para revelárnosla? —aventuró Billy con su usual aplomo.

—No, querido Gutsby, no tengo la solución —respondió Sherlock dejando los cubiertos sobre el borde del plato—. Tengo algo mucho más divertido: ¡un problema aún por resolver! Y a juzgar por lo que he sabido del caso hasta ahora, podríamos hallarnos frente a un crimen realmente notable.

Di un brinco en la silla. Las palabras de Sherlock habían sido como una descarga eléctrica.

—Así pues…, ¿qué va a suceder ahora? —le pregunté con la garganta casi cerrada de la emoción.

Sherlock me sonrió.

—Va a suceder que, tras esta excelente cena, nos acostaremos todos temprano, mañana tenemos mucho que hacer.

—Sí, pero… ¿a qué te refieres? —lo presioné—. ¿Quieres ir a interrogar a Cecilia y Harold? ¿A hablar con la policía? ¿También con Libby quizá?

—Bah, las palabras de la gente ya las habéis recogido vosotros y no tengo motivos para creer que serán diferentes si soy yo el que hace las preguntas —dijo Sherlock encogiéndose de hombros—. Dejaré descansar a la boca, pero haré trabajar a los ojos. ¡Hay un montón de cosas que debo ver, querida!

A la mañana siguiente, después de desayunar, vi a Sherlock ingerir hasta cuatro huevos *à la coque* y no sé cuántas rebanadas de pan untado de mantequilla.

—Hace falta energía para afrontar nuestra pequeña expedición —me explicó él mientras me pasaba el platito de la mantequilla.

No puse objeciones, es más, me serví una segunda porción de pan, mantequilla y mermelada procurando que no se me notara lo asombrada que estaba. Era totalmente cierto: nunca lo había visto así. El entusiasmo le estiraba las mejillas en una sonrisa de

embrujado y todo su cuerpo parecía haber rejuvenecido al menos veinte años. El recuerdo del Sherlock silencioso y sombrío, hundido en un sillón de Briony Lodge inmediatamente después de los hechos de Danzig, se había difuminado ya. El hombre que tenía delante no era ni aquel cuervo canoso ni el jubilado apicultor completamente obsesionado por sus colmenas. Aquel era el Sherlock Holmes descrito por el doctor Watson. Aquel era el chiquillo que Irene había conocido cincuenta años atrás.

—¡Vamos! —ordenó imperioso, y yo me puse en pie y troté tras él. Irene y Arsène nos siguieron enseguida y Billy cerró la fila. Pese a que éramos nosotros los que conocíamos los lugares en que se habían desarrollado los hechos ligados al caso, indudablemente era Sherlock el que guiaba la expedición. Y ojo con detenerse aunque solo fuera un instante para admirar el paisaje o descansar entre un lugar y otro.

—¡No perdamos tiempo inútilmente! —exclamaba enseguida Sherlock, que nos pedía que lo condujéramos al siguiente punto de interés.

Los otros veraneantes nos miraban perplejos y a veces un tanto ultrajados por nuestras bruscas incursiones. Sherlock se comportaba como si fuera una especie de extraño turista alocado, y nosotros solo podíamos secundarlo en su ansia por ver, visitar y observar para después correr enseguida a otro lado. Habíamos partido de la terraza del Grand Hotel, desde la cual se veía la bahía de Torquay, después Sherlock había pedido al *concierge* que nos pidiera un taxi para ir a Watcombe Beach. Allí Holmes lo había examinado todo, enrollándose incluso los pantalones hasta las rodillas y librando a sus pies huesudos y blancos de calcetines y zapatos para inspeccionar la playa y los escollos. Habíamos subido luego a Glenhill Cottage, donde me acordé del envoltorio de papel verdoso que había encontrado debajo de un mueble en nuestra inspección. Me rebusqué en el bolsillo.

—Se me había olvidado hablarte de esto… —dije titubeante, enseñándole el trocito de papel encerado.

—Ah, bien —dijo sibilinamente Sherlock. Hizo que le diera el envoltorio, lo olisqueó, asintió satisfecho y luego se lo metió en el bolsillo.

—Pero ¿qué…? —dije yo tratando de entender.

Sherlock me hizo callar con un gesto brusco de la mano y corrió a la parte de atrás del *cottage*. Lo seguí perpleja y vi que buscaba algo entre los setos, crecidos ya desmesuradamente, y las zarzas que los acechaban.

—Aquí está, de hecho —dijo señalando algo.

Me acerqué y vi que detrás de las zarzas había un sendero de tierra batida, estrecho y empinado, que bajaba desde el lado del acantilado opuesto al que llevaba a Watcombe Beach. Sin añadir palabra, Sherlock bajó por el sendero con paso decidido y descoyuntado. Apenas me había dado tiempo a llamar a nuestros compañeros para decirles que nos siguieran antes de que su cabeza desapareciera entre las rocas abruptas. El escarpado sendero parecía recortado en la pared inclinada del acantilado, y en más de una ocasión sentí el temor de poner un pie en falso y precipitarme. Pero Sherlock no aminoraba el paso, empujado por la misteriosa pista que seguía.

—¡Ah, aquí está! —exclamó extasiado. Dio un salto y aterrizó en una pequeña cala encajonada entre dos crestas de roca, donde el único elemento creado por el hombre era una pequeña plataforma de madera en forma de T fijada entre dos piedras.

»¿Qué es esto, señores míos? —preguntó triunfante Sherlock.

Observé la madera y noté que estaba ligeramente arañada bajo los brazos de la T. Algo, al rozarlo, había dejado aquellas marcas. Algo como una cuerda…

—¡Es un atracadero para barcas! —exclamé abriendo mucho los ojos.

—He buscado en los mapas: esta cala se llama Fleeton Cove —explicó Sherlock—. En otro tiempo era muy apreciada por los contrabandistas de alcohol, porque su acceso es extremadamente discreto. ¡Bueno, ahora solo hay que zambullirse un poco!

Sherlock se quitó otra vez zapatos y calcetines, pero cuando iba a dejar también la chaqueta sobre un escollo, Arsène intervino para decir:

—¿Estás seguro de lo que haces, viejo amigo?

—¡Por supuesto! —respondió impertérrito—. Sé nadar.

—Sí, pero… Ya tienes una cierta edad…

—Lo que se puede o no se puede hacer a cierta edad es un concepto relativo —dijo él impaciente.

—Puedo ir yo —se ofreció Irene—. Por estos días, conozco ya la sensación del agua, no está tan fría.

Sherlock se ruborizó y negó con la cabeza.

—No sería correcto hacer desvestirse a una señora.

—Exacto. En todo caso, lo mejor sería dar paso a los jóvenes… —sugirió Arsène señalando a Billy.

Pero, por primera vez, Billy no pareció sentirse perfectamente dueño de la situación.

—Bueno…, a decir verdad… —balbuceó con la cara colorada.

—¡No me digas que no sabes nadar! —exclamó Irene, ya que, como buena aventurera que había vivido en Estados Unidos durante la mayor parte de su vida, le parecía inconcebible.

—Debe de haber otra solución… —supuso Arsène.

—¡Yo la tengo! —respondí desde detrás de un espolón de roca. Aprovechando que nadie me miraba, me había quitado la ropa, los zapatos y los calcetines y esperaba para zambullirme con solo la blusa protegiéndome del viento y las miradas.

—¡Mila! —exclamó Irene.

—Daos todos la vuelta, que voy a salir y sumergirme —dije atisbando desde detrás de la roca.

—¿Estás segura, Mila? —preguntó Irene mientras los demás se apresuraban a dar la espalda al mar.

—Siempre dices que estoy dotada para moverme en el agua —respondí encogiéndome de hombros.

Recordé el miedo a enseñar mis delgadas piernas que había sentido en los días anteriores. Si hubiese pasado alguien en barca en aquel momento, habría visto a una chiquilla huesuda y desgreñada en blusa. Me permití soltar una carcajada, que me ayudó a aliviar los nervios. Luego sacudí la cabeza, cogí mucho aire y me tiré de cabeza, dejándome abrazar por el agua fría y oscura de Fleeton Cove.

CAPÍTULO 20

la verdad a la hora DEL TÉ

Buceé a grandes brazadas hacia el fondo oscuro. El agua estaba helada y, a causa de las recientes tormentas, todavía ligeramente turbia conforme se descendía. Ni siquiera le había preguntado a Sherlock qué esperaba hallar allí abajo. El pelo me flotaba alrededor de la cara como largas hojas de posidonia. En un determinado punto me percaté de que una horquilla se desprendía y se perdía hacia la superficie.

«¡Concéntrate, Mila!», pensé, y moví los pies para acercarme más al fondo. Solo había rocas y arena removida. ¿Y si…?

Abrí la boca, arriesgándome a dejar escapar todo el aire de los pulmones.

¿Estaría Sherlock buscando un cadáver? Al pensarlo, el corazón me dio un furioso vuelco en el pecho.

Volví a ver en mi mente el cuerpo de Sylvan boca abajo en la playa. Pero lo que hace el mar a quien termina en el fondo es mucho más duro que lo que le ocurre a quien es devuelto a la orilla, a la superficie. ¿Podría soportar aquella visión? ¿Y de quién podría tratarse si Sylvan estaba muerto y también lo estaba el único testigo que había visto al señor Smith? Mi reserva de oxígeno estaba a punto de acabarse, y, en la inquietud del momento, puse la mano sobre algo que me hizo gritar bajo el agua. Sin pensarlo, cambié de dirección para buscar la luz del sol allí arriba, entre las olas, y huir de lo que había tocado. Unos filamentos se me quedaron enrollados en los dedos, traté de no pensar en nada y tiré con fuerza para

soltarme.

Emergí con el corazón retumbándome en el pecho y los oídos.

—¿Todo bien? —me gritó Irene, la única que escrudiñaba el mar, mientras que los demás, de espaldas, tenían los ojos puestos en la pared del acantilado.

Saqué la mano del agua para liberarla definitivamente de lo que se había enganchado a ella. Segura de que vería cabellos humanos, casi me eché a reír cuando me percaté de que se trataba de un alga de un rojo parduzco.

—¡Algas! ¡Estúpidas algas! —exclamé avergonzada por haberme asustado tan fácilmente.

Oí la voz de Holmes, que hacía eco en las rocas:

—De esas está el mar lleno… ¡Creo que puedes hacerlo mejor, Mila!

Su tono me pareció más alentador que burlón y decidí no enfadarme.

—Sí, pero quizá me sería de ayuda saber qué es lo que estoy buscando —me limité a decir.

—¡Los restos de una embarcación de pequeño o mediano tamaño! —especificó Sherlock sin dejar de mirar el acantilado.

Aliviada por la idea de que el objetivo era algo bastante menos macabro que un cadáver, volví a coger aire y me sumergí otra vez hasta el fondo con movimientos rápidos y vigorosos de las piernas. Esa vez amplié mi radio de acción hasta dar vueltas alrededor de unos escollos submarinos. Fue allí donde encontré un trozo de madera quemada, en el que, con todo, aún podía notarse al tacto la presencia de pintura. Miré mejor y vi que los fragmentos eran numerosos, esparcidos alrededor. Fui en la dirección que parecían indicarme, como las migas de pan de Pulgarcito. Me deslicé veloz en el agua fría e instantes después el corazón me dio otro vuelco violento, esa vez por la excitación: encastrado entre dos escollos cenagosos estaba el casco carbonizado de una pequeña embarcación. Apretando fuerte entre los dedos el primer trozo de madera que había hallado en el fondo, me abandoné a la presión del agua que me empujaba hacia arriba, aleteando con los pies parar ascender más deprisa, y muy pronto afloré a la superficie entre salpicaduras.

—¡Eh, lo he encontrado! —grité agitando el trozo de madera.

Irene cogió la chaqueta de Sherlock que él le tendía sin volverse y vino corriendo hasta mí. Me vestí tiritando, y la ropa, impregnándose de agua, se me pegó inmediatamente al cuerpo. Irene me cubrió con la chaqueta y luego corrí a darle a Sherlock el trozo de casco, que bajo el sol revelaba que estaba pintado de azul.

—¡Excelente trabajo, Mila! —me felicitó Holmes, y por un momento no sentí ni el frío ni el agua que me corría por el cuerpo. Pero, cuando Sherlock volvió a hablar, mi sonrisa se apagó—. Ahora tengo que ir a ver al inspector Bennet mientras vosotros lleváis a Mila al hotel antes de que coja un resfriado —dijo el detective.

—¡No, yo también quiero ir! —protesté.

—Mila, podrías ponerte mala de verdad —trató de convencerme Irene.

Sherlock me miró a los ojos, pero por su expresión supe que ya tenía puesta su mente en otra cosa.

—No te preocupes, muy pronto te lo explicaré todo. Pero es importante que hable enseguida con ese policía.

—¿Y bien? —pregunté cuando Sherlock volvió de su reunión con Bennet.

Entretanto, yo me había dado un baño caliente, me había vestido con ropa seca y, en el salón de té del Grand Hotel, estaba tomándome una taza de chocolate caliente.

Sherlock me dedicó una sonrisa enigmática y dijo:

—Ten aún un poco de paciencia, Mila. Prometo que desvelaré todo lo antes posible, pero todavía necesito que me ayudes en algo.

—¿De qué se trata?

—De una invitación a tomar el té —respondió él con aires cada vez más sibilinos.

—¡Ah! ¡Una cosa es hacer de buceadora, pero si ahora tengo que transformarme en ama de llaves, quiero saber al menos en qué punto estamos de la resolución de este misterio! —rebatí lanzándole una mirada afilada.

—A la chica no le falta razón, Sherlock. Nos tienes a oscuras —me respaldó Arsène.

—Y, después de todo, el trabajo sucio lo hemos hecho nosotros —añadió Irene.

Sherlock suspiró y juntó las palmas de las manos.

—Sé que al doctor Watson le encantaba retratarme como a una figura bastante voluble, pero os aseguro que esto no es ningún capricho —nos dijo pasando revista a nuestros rostros—. En mi cabeza está tomando forma una idea muy clara, pero la única manera de confirmar su exactitud es llegar a una rendición de cuentas.

—¿Una… rendición de cuentas? —repetí un poco sorprendida.

—Así es —confirmó Sherlock—. Es la única manera de arrojar luz por fin sobre este misterio. Y no tenemos mucho tiempo… Os pido que confiéis en mí: ayudadme a reunir aquí a estas personas a la hora del té.

El tono de voz con que Holmes nos había hablado había bastado para alejar de mi mente toda duda o queja.

Asentí con un ademán de la cabeza.

Sherlock esbozó una sonrisa y me entregó una lista escrita con su letra apretada y elegante.

—El inspector Bennet, Cecilia y Harold, el señor Hammick, la florista Libby, el señor Robbins… ¿Quién es este Robbins?

—El titular de la agencia que gestiona Glenhill Cottage en nombre del señor Bidderbloom, ya que este vive en un lugar perdido de Cumbria —nos aclaró Sherlock—. Encontrarás también el nombre de lady Gristwell, que estaba entre los invitados de la tristemente famosa fiesta de disfraces en el *White Anemone* y tiene una mansión a las puertas de Torquay. Y no te preocupes por un tal señor Marriner, es un viejo conocido mío. Da la casualidad de que estaba por estos parajes, así que he pensado que podría servirme de sus… conocimientos.

En ese momento, Sherlock se levantó de sopetón del sillón. Yo me contuve para no acribillarlo a preguntas sobre la resolución del caso, pero había algo que quería pedirle:

—Me gustaría invitar también a Agatha… Sin ella no habríamos descubierto la mitad de las cosas que ahora sabemos.

Sherlock, que ya se dirigía a la puerta, se volvió con una mirada torva, como si le estuviera causando el más solemne fastidio jamás infligido a un ser humano.

—No veo en absoluto qué demonios… —refunfuñó.

Su tentativa de mantener un tono conciliador claramente se

había ido al traste.

Yo, de todos modos, estaba segura de tener razón y sostuve su mirada con orgullo en espera de una respuesta.

—¡Está bien! —tronó—. ¡Si tanto te importa, invita también a vuestra amiga!

Lo miré mientras salía del salón de té, luego me volví hacia Irene y las dos nos echamos a reír como dos niñas traviesas.

Unas horas después, cuando el reloj de péndulo del salón de té del Grand Hotel estaba a punto de dar las cinco y en las mesitas se hallaban las teteras, las tazas y las bandejas de pastas, un grupo singularmente dispar de invitados se disponía a tomar asiento en tres grandes sofás dispuestos en herradura para la ocasión.

—Acomódense, por favor —dije con una leve inclinación.

Arsène, Irene y Billy estaban junto a la chimenea apagada. Una silla vacía estaba colocada adrede frente a los sofás.

—Espero que esto no sea una broma de mal gusto, porque hasta ahora tiene toda la apariencia de serlo —dijo una señora maquillada y de aspecto bastante huraño que intuí que sería lady Gristwell.

—Nosotros estamos aquí porque nos lo ha pedido el inspector Bennet… y porque esperamos que la pesadilla de estos días acabe pronto —precisó Cecilia apretándose contra el brazo de Harold, con los ojos brillantes y el labio inferior sacudido por un casi imperceptible temblor.

El inspector, a todas luces no habituado a esa clase de situaciones, se miraba la punta de los zapatos, cohibido.

Un anciano enjuto de aspecto irritable me clavó sus indagadores ojos. Me sonrojé y me esforcé en ignorarlo. Dado que parecían de la misma edad, decidí que sería el señor Marriner, el viejo amigo de Sherlock. Y, además, aparte de las personas que ya conocía y de aquellas a las que ponía cara por primera vez, había un hombre robusto que no estaba en la lista pero que entró en el salón de té como si fuera su casa. Era alto, de pelo oscuro, y su mirada huidiza tenía algo de siniestro. O quizá me lo pareciera a mí porque no figuraba en la lista de los participantes que me había entregado Sherlock. Miré a Irene, que me devolvió una mirada de perplejidad. También Arsène y Billy parecían intrigados, tan ignorantes como

yo.

Cuando todos se sentaron, la puerta al fondo del salón se abrió y entró Sherlock, que con pasos lentos y medidos fue a dejar una cajita de metal negro ligeramente oxidado en la mesita más cercana a él. Luego se colocó detrás de la silla desocupada, sin sentarse pero apretando el respaldo con sus dedos huesudos.

—Bien, señores, ahora que están todos, ya podemos empezar.

CAPÍTULO 21

arriba
el telóN

Por el salón de té del Grand Hotel se propagó un rumor bajo que solo rompió un gritito de sorpresa de Agatha, cuyos ojos brillaban de dicha y emoción. Pero su mirada era la única alegre, pues los demás convocados daban muestras de distintos grados de perplejidad, cohibición e irritación.

—Gracias por haber venido aquí —empezó diciendo Sherlock sentándose en la silla.

Su postura, con los codos apoyados en los reposabrazos y los dedos juntos, y su expresión segura surtieron un efecto hipnótico sobre los presentes, que se callaron inmediatamente.

—No tengo por costumbre perder tiempo —continuó Sherlock—, así que pasaré inmediatamente a la razón por la que han sido convocados. Estamos aquí para aclarar el homicidio de René Sylvan, al que los periódicos han definido como el perfecto hombre misterioso… Sí, un papel para el cual, si se mira bien, el señor Sylvan parecía ser hasta demasiado perfecto.

Al oír aquellas palabras, Harold se ensombreció.

—¿Qué pretende insinuar?

—No estoy insinuando nada, señor Grayling, sino razonando sobre la simple apariencia de las cosas. Pero convengo en que es mejor proseguir para llegar a la sustancia de los hechos.

Cecilia se apretó más al brazo de Harold y dijo:

—René era una persona especial, única. Para quien no lo haya conocido, puede resultar difícil entenderlo.

Sherlock asintió.

—Comprendo perfectamente a lo que se refiere, lady Hagbury-

Winch. Pero antes de hablar del llorado señor Sylvan, convendría tomar en consideración a otra persona. En esta historia, de hecho, hay un segundo hombre misterioso: alguien llamado Smith que, en los días anteriores a la muerte de René, parece que actuó secretamente en el aislado Glenhill Cottage.

Harold y Cecilia observaron primero a Holmes y luego dirigieron una mirada inquieta a todos los presentes.

Holmes hizo una larga pausa, durante la cual dio la impresión de que el silencio en la estancia se hubiese vuelto pesado como el plomo.

—Señor Robbins, ¿sería tan amable de decirnos en qué circunstancias el señor Smith alquiló Glenhill Cottage? —siguió diciendo Sherlock, dirigiéndose al dueño de la agencia inmobiliaria.

—Cómo no —respondió el hombre—. Verán, nosotros…, quiero decir, mi socio Brown y yo, gestionamos muchas propiedades en esta zona, incluida Glenhill Cottage. Pues bien, el jueves pasado un tal señor Smith se puso en contacto por teléfono con nuestra agencia y alquiló el *cottage* por un período de una semana.

Robbins sonrió a Sherlock tratando de saber si el investigador estaba satisfecho con su respuesta.

—Prosiga, Robbins —dijo impaciente Sherlock—. Por favor, descríbanos cómo se hizo la entrega de las llaves.

—¡Ah, sí, las llaves! Bien…, el señor Smith nos comunicó que no podría llegar hasta una hora tardía, así que pagó por anticipado toda la estancia mediante un giro postal. En cuanto a las llaves, pidió que se las dejáramos en un lugar de nuestra elección, por lo cual mandé a Abbott, nuestro empleado, a depositarlas bajo una maceta de barro, en la parte trasera del *cottage*.

—¿Significa eso que nadie de la agencia vio al señor Smith en persona? —le preguntó Sherlock.

—Nadie —contestó Robbins.

—¿Y la policía? —dijo Holmes mirando a Bennet.

El inspector negó con la cabeza.

—Registramos el *cottage*, que resultó estar vacío.

Sherlock se levantó y se puso a andar por detrás de los sofás, obligando a todos a torcer el cuello para mirarlo.

Yo observaba en silencio, impresionada por la habilidad de Sherlock para atraer toda la atención sobre sí y luego dirigirla a su

objetivo, como si hubiese sido una corriente eléctrica. Y entonces el detective puso una mano sobre el hombro del sujeto al que todavía no le había podido atribuir una identidad y dijo:

—No tienen que buscar más, les presento al señor Smith, que está aquí para hacer una confesión completa.

Vi a lady Cecilia ponerse en pie de un salto y posar sus ojos claros en aquel hombre.

—¿Qué…? ¿Cómo…? —musitó sin apartar la mirada de Smith.

—Cálmate, cariño —le susurró Harold, que miraba a Smith con ojos endemoniados.

Sin dejar de andar de un lado a otro, Sherlock explicó:

—La historia que les estoy contando es la de un intento de secuestro. Sylvan y Smith eran cómplices. Su objetivo era lady Cecilia Hagbury-Winch, o quizá Harold Grayling. O ambos. Pero algo se torció en su plan. Quizá Sylvan se lo pensó mejor, quizá trató de engañar al señor Smith y sufrió las consecuencias. Su guarida era Glenhill Cottage, y de hecho allí vio a Sylvan el pobre Jerry Hammick, que fue eliminado al considerarse un testigo incómodo.

El farmacéutico se puso en pie e intentó abalanzarse sobre Smith con un grito inarticulado, pero Arsène se movió rápidamente y lo detuvo, para luego susurrarle algo al oído y convencerlo para que se sentara.

Libby le cogió las manos para reconfortarlo.

—Señor Hammick, le prometo que, cuando este asunto esté aclarado, se le hará justicia a su hijo —dijo Holmes. Después continuó—: Y un segundo intento de secuestro ocurrió ayer, cuando lady Hagbury-Winch y el señor Grayling escaparon de un hombre armado tras ser embestidos por un camión cuando se marchaban en su automóvil.

Sherlock hizo una de sus pausas y después prosiguió:

—Ahora deseo hacerles una pregunta: ¿qué piensan de lo que acabo de contarles? ¿Les parece creíble? ¿Suena verosímil?

Todo lo que obtuvo Sherlock con aquella pregunta fue que los invitados cruzaran miradas desconcertadas e inseguras. Harold y Cecilia en particular parecían trastornados y no dejaban de mirar a Smith de reojo, sin poder hablar.

—Puesto que nadie habla, lo haré yo —dijo Sherlock—. La

historia que acabo de contarles es sin duda verosímil. No obstante, es completamente falsa.

—¡Ya basta, señor Holmes! ¡¿Por qué nos tortura de esta manera?! —exclamó fuera de sí el señor Hammick.

Esa vez fue el inspector Bennet quien se acercó al farmacéutico para tratar de calmarlo.

Pero los ánimos se habían alterado en todo el salón.

—El señor tiene razón —protestó lady Gristwell—. ¡Está pasándose realmente de la raya, señor Holmes!

—Sí, todo esto es muy irrespetuoso. ¿Quién le da derecho a tratarnos de esta manera? —le recriminó ceñudo Grayling.

Sherlock levantó las manos para aplacar las protestas.

—¡Señores! Comprendo sus reacciones, pero este es precisamente el meollo del asunto… Porque, vean, lo que les he contado hasta ahora no es más que teatro, humo y espejos. El señor Smith nunca ha existido, y el hombre sentado aquí es Jeremiah Finch, que trabaja para la empresa de licores de Exeter que provee al Grand Hotel y es actor aficionado en una compañía local. Lo he conocido esta mañana y le he pedido por favor que formara parte de esta pequeña puesta en escena.

El señor Smith dejó de hacerse el misterioso y miró a los presentes con una pizca de vergüenza.

—¡Ah, y encima esto! —exclamó Libby con los ojos muy abiertos.

—¡Es ultrajante! —la apoyó lady Hagbury-Winch, y todos los presentes volvieron a murmurar entre ellos.

—¿Con qué fin está haciendo todo esto? —le preguntó Agatha, que miraba fascinada a Holmes.

—Una magnífica pregunta que tiene una respuesta muy sencilla: para demostrarles lo fácil que es inventarse a una persona inexistente y hacerle creer a todo el mundo que es real.

Con aquellas pocas palabras Holmes había logrado hacer de nuevo el silencio en el salón.

—Lamentablemente, no existe una manera sencilla de contar una historia muy enrevesada, y esta lo es —prosiguió—. Así pues, ahora convendrá viajar mentalmente a… ¡París!

—¡¿PARÍS?! —exclamaron al unísono Agatha, Libby y Robbins.

—Sí, París, la ciudad que tanto ama lady HagburyWinch. Y

ciudad natal de mi amigo monsieur Lupin, que de hecho tenía la impresión de haber visto el rostro de Sylvan en el pasado. Circunstancia para cuya explicación hará falta una pequeña digresión.

—¡Y un cuerno digresión! ¡Estoy harto de sus jueguecitos! —soltó Harold haciendo ademán de levantarse.

—Lo siento, señor Grayling, pero debo pedirle que se quede —intervino el inspector Bennet.

Solo en aquel momento nos dimos cuenta todos de que había dos agentes de uniforme vigilando a la entrada del salón de té.

—No le conviene marcharse, señor Grayling —replicó Sherlock —. Hay varios hechos que creo que debe conocer.

Harold, con la cara roja, abrió y cerró la boca, miró a Cecilia, escrutó a los presentes y luego se dejó caer nuevamente en el sofá.

—Bien. Nunca me ha llamado la atención la prensa sensacionalista —continuó Holmes con toda calma—, pero en ciertos reportajes puede encontrarse valiosa información sobre el pasado. Por eso he llamado a mi viejo amigo Marriner, periodista del *Fleet Street* y hombre con excelente memoria.

Sherlock hizo una seña a Marriner, que, tras abrir la libreta que tenía en la mano, se puso a contar:

—Lady Hagbury-Winch siempre ha sido una mujer independiente y sin prejuicios, como ella misma puede confirmarles.

—Oh… Así pues, ¿el nuevo número de este espectáculo es la historia de mi vida? —comentó desdeñosa Cecilia—. Si es así, digan lo que quieran. Estoy acostumbrada desde siempre a las insinuaciones y a las habladurías inútiles.

—Lo que voy a contar no es nada que no se haya leído ya en las páginas de sociedad —respondió Marriner con sequedad—. Si hay algún detalle inexacto, siempre puede corregirme. —Y comenzó enseguida su repaso—: Antes de la guerra, lady Hagbury-Winch y su madre, lady Virginia, vivieron largos períodos en París y en la Costa Azul, donde llevaban una vida que daba bastante que hablar. ¿No es verdad?

—¿Y qué?

—Cuando digo que daba que hablar, me refiero en especial a cierto episodio… A cuando, en un local de Montmartre, lady Cecilia

conoció a un tal Milos Balathrakis, un músico de origen griego conocido en los cafés y los *tabarins* parisinos de aquel tiempo con el nombre de Milo Blanc.

En el salón, alguien no pudo evitar mostrarse maravillado. Era Lupin.

—¡He ahí donde había visto ya esa cara! —exclamó.

—Los dos mantuvieron una arrolladora y borrascosa relación y hubo rumores de que se habían casado en secreto —prosiguió Marriner con el tono neutro de un noticiero radiofónico.

Cecilia palideció y se llevó las manos a la boca.

El señor Grayling volvió a ponerse en pie. Estaba furioso.

—¡¿Y usted permite que este sujeto revuelva en esa vieja inmundicia sensacionalista?! Habrá consecuencias…, ¡graves consecuencias, se lo advierto! —gritó apuntando con el dedo al inspector Bennet, el cual, por toda respuesta, hizo una señal a los dos agentes para que entraran en el salón.

Sherlock Holmes, impasible, invitó al señor Marriner a seguir contando.

—Lady Cecilia y Balathrakis fueron vistos juntos también en Londres, suscitando así la fuerte desaprobación de lord Edward Hagbury-Winch, hermano mayor de Cecilia, un hombre rígido y con aspiraciones a hacer carrera política, aunque no tuvo que preocuparse demasiado tiempo. Los temperamentos vehementes de ambos amantes hicieron que su historia no durara mucho. Milos tenía también algún que otro problemilla con la justicia inglesa y huyó después de adquirir un pequeño velero, que convirtió en su casa. Los dos se perdieron de vista sin que, no obstante, el matrimonio contraído en París se anulara. Pasaron los años, lady Virginia murió y los dos hermanos, únicos herederos, se repartieron el dinero. La parte de lady Cecilia, que estaba acostumbrada a vivir en el lujo, menguó rápidamente hasta desaparecer del todo.

—¡Eso no son más que maldades! —exclamó Cecilia, pero su voz temblaba. Y en ese momento incluso Harold la miraba con expresión turbada.

—¿Acaso no es cierto que la relación con su hermano Edward fue volviéndose cada vez más fría y hostil, hasta el punto de que no la invitó al bautizo de su primogénito?

Cecilia enmudeció y, para darse fuerzas, hurgó en el bolso y sacó

un caramelo envuelto en un papel verde. Yo me estremecí: era idéntico al que había encontrado en el *cottage*. Pero Sherlock me hizo un gesto para que aguardara, y su mirada me hizo comprender que también aquel hecho encontraría su hueco en el mosaico que estaba recomponiendo.

Marriner, ignorante de mi pequeña revelación, prosiguió:

—Lady Cecilia, para entonces escasa de dinero, consiguió atrapar en su red al joven heredero Harold Grayling, y un par de meses después, pese a la resistencia de la familia de él, los dos anunciaron públicamente su deseo de casarse. Con la inmensa fortuna de Grayling, Cecilia podría seguir llevando la vida refulgente a que estaba acostumbrada.

—¡Calumnias! —exclamó Harold—. ¡Nada más que calumnias repugnantes!

—Entonces, ¿es falso que han anunciado su boda? —preguntó Sherlock.

—No, pero…

—¿Y que lady Cecilia está sin blanca?

Ella miró consternada a Sherlock. Parecía a punto de saltarle al cuello.

Holmes, imperturbable, le dio las gracias al señor Marriner y retomó la palabra:

—Es en este punto en el que el pasado de lady Hagbury-Winch resucitó inesperadamente: después de años de vagabundeo a bordo del velero en que vivía, Milos le mandó una carta a Cecilia. En ella declaraba que estaba cansado, harto de aquella vida suya de Ulises, que no la había olvidado y que había pensado en ella todos aquellos años. Conservaba aún el certificado de matrimonio y, casi con seguridad, con excelsas palabras rebosantes de romanticismo le dijo que había vuelto para quererla como en otro tiempo y para cumplir su antigua promesa de amor. Sin embargo…

Harold y Cecilia se levantaron.

—¡No escucharemos sus delirios ni un segundo más! —estalló lady Hagbury-Winch.

—¡Y usted, inspector, no puede retenernos contra nuestra voluntad! —rugió Grayling.

Bennet, terriblemente incómodo, dirigió una mirada a Holmes, como pidiéndole confirmación de que había que llegar hasta el

fondo.

Sherlock asintió sin la menor vacilación.

—Lo siento, debo instarles a permanecer donde están en nombre de la ley —dijo el inspector con una voz carente de autoridad.

—De la ley y… del sentido común —añadió Holmes con una sonrisa cortante—. ¡Porque la parte más interesante llega ahora!

CAPÍTULO 22

un macabro juego DE ILUSIONISMO

Mientras los ojos de Cecilia llameaban de rabia, Holmes continuó con la reconstrucción de lo sucedido:

—Lady Cecilia Hagbury-Winch no estaba nada contenta con la inesperada entrada en escena de Balathrakis y, es más, solo vio en ello un terrible inconveniente que hacía peligrar su boda con el rico, joven y fascinante señor Harold Grayling. De todos modos, puesto que Milos tenía en su poder el certificado de matrimonio y podía chantajearla, no era posible rechazarlo. Entonces, la brillante mente criminal de lady Hagbury-Winch se puso en acción y urdió un plan diabólico.

—¡Calle, viejo imbécil! —gritó Harold Grayling.

—No, no, cariño, déjalo hablar… Deja que nos cuente toda su absurda teoría. ¡Cuando termine llamaremos al mejor abogado de Londres y haremos que se arrepienta de cada una de las palabras que ha dicho! —exclamó sibilinamente lady Cecilia con los ojos llenos de odio.

—Está bien, lady Hagbury-Winch, si al final ustedes o cualquier abogado demuestran que estoy equivocado, reconoceré mi derrota. Pero antes sean tan amables de dejarme acabar —replicó Sherlock con perfecta tranquilidad—. La primera fase del plan se basó en un mar de mentiras. Lady Cecilia mintió sobre todo a Milos, escribiéndole que sentía exactamente lo mismo que él, que quería volver con él para formar una familia, etcétera, etcétera. Pero que tendría que hacerlo, no obstante, con grandísima cautela a causa de

su hermano Edward, que Cecilia le describió, estoy seguro, como un tirano que, gracias a su amistad con jueces y políticos, había tomado el control del patrimonio inmobiliario y la tenía prisionera, obligándola por último a aceptar la proposición de matrimonio de un buen partido. Para coronar su amor, Milos y Cecilia debían, pues, actuar en secreto, hacer reconocer su matrimonio en Inglaterra y poner a Edward frente al hecho consumado. Milos, feliz, aceptó y esperó instrucciones de Cecilia.

—¡No es verdad! —chilló de nuevo Harold—. ¡Cecilia, dile que no es verdad! ¡Dile que Milos te chantajeaba! Milos no se había casado con Cecilia, sino con su madre, lady Virginia. ¡Era un seductor, un sucio criminal que a la muerte de lady Virginia decidió meter la mano en el patrimonio de los Hagbury-Winch, amenazando con mancillar el recuerdo de su madre! Díselo, Cecilia, ahora es inútil guardar este secreto.

Sherlock lo observó con desapego y luego puso sus ojos en lady Cecilia.

La mujer estaba mirando a su futuro marido con una mezcla de frialdad y desprecio.

—¿Es eso lo que le contó a Harold? Una magnífica historia, diría yo —la felicitó Holmes alzando una ceja.

—¡No es ninguna historia! —insistió Harold, cada vez más fuera de sí—. ¡Díselo, Cecilia, díselo!

Cecilia se quedó callada e inmóvil, como si se hubiese transformado en mármol.

—Tiene usted sangre fría, lady Hagbury-Winch, he de admitirlo —dijo Holmes mirándola—. Pero su repentino mutismo no la salvará de la verdad. Y la verdad es la siguiente: el señor Grayling haría cualquier cosa por usted, así que se creyó la historia de lady Virginia y el chantaje, y aceptó sin dudar tomar parte en su plan criminal.

—¡Ustedes no saben con quién se están metiendo! —aulló Harold, fuera ya de control, señalando a Sherlock y Bennet. Esa vez, los policías aparecieron a su espalda como dos sombras amenazadoras y lo obligaron a sentarse.

—Nada podrá cambiar la verdad, señor Grayling —explicó Sherlock encogiéndose de hombros—. Lady Cecilia, que todavía poseía viejas fotos de Milos, hizo que un falsificador realizara un

pasaporte para él con una identidad totalmente inventada, la de un fantasmal René Sylvan. La mujer se acordó luego de unas vacaciones que había pasado muchos años antes en Devon, en un lugar muy aislado llamado Glenhill Cottage, desde el cual puede llegarse hasta un igualmente aislado atracadero escondido en una anfractuosidad de las rocas. Harold alquiló el *cottage* usando un nombre falso, pagó por adelantado y, con la excusa de que tenía intención de llegar a altas horas de la noche, acordó con el señor Robbins un escondrijo donde dejar la llave de entrada. Cuando todo estuvo listo, Cecilia escribió a Milos con las indicaciones: el hombre debía llegar con su velero a Fleeton Cove, a una minúscula cala por la parte de Maidencombe, cercana a Torquay, y desde allí subir a pie al *cottage*. De esa forma, Cecilia podría reunirse con él en aquel lugar aislado, donde nadie los vería y podrían decidir lo que hacer. Arreglada aquella parte, a los dos cómplices solo les quedaba dar comienzo a la representación de la fiesta de disfraces en el *White Anemone*: Harold fingió que se retiraba un rato a su camarote debido a un fuerte dolor de cabeza, pero en realidad se vistió de pirata misterioso, con barba postiza y una franja de tela tapándole el rostro, e interpretó el papel de borracho durante una media hora, dejando en los invitados el recuerdo de ese extraño personaje.

En ese momento, Sherlock se volvió hacia su izquierda y preguntó:

—Lady Gristwell, ¿se acuerda usted del señor Sylvan?

—Claro que me acuerdo —respondió la mujer, que había permanecido en silencio largo tiempo sentada en el borde del sofá, como si el mero hecho de encontrarse allí pudiera contaminarla—. Y recuerdo que nos mantuvimos todos a buena distancia, porque aquel hombre tenía un comportamiento muy… excéntrico y bastante raro.

—¿Y se acuerda de haberlo visto con Harold?

—No, pero…

—¿Y se acuerda de haberlo visto después de que Harold hiciera su entrada en la fiesta?

—No, bueno, yo…, me parece que no.

—¡Eso no significa nada! —protestó Harold.

—Oh, al contrario, sí —replicó Sherlock—. La fiesta empezó cuando todavía había luz y no terminó demasiado tarde. ¿A qué

hora terminó la fiesta, lady Gristwell?

—Sería medianoche, no más tarde —contestó la mujer.

—Y usted fue una de las últimas en marcharse.

—Exacto.

—Ya no quedaba nadie en el *White Anemone*, solo Cecilia y Harold, ¿verdad?

La aristócrata se acarició una sien con los dedos y respondió:

—Sí, y ahora que lo dice, recuerdo que pensé que era absurdo prescindir de los camareros antes de poner orden en el yate.

—Y tenía toda la razón, lady Gristwell. Pero lady Hagbury-Winch y el señor Grayling no podían permitirse tener testigos, así que, en la oscuridad, mandados ya de vuelta los invitados a tierra o a sus barcos, pudieron montarse en la lancha de servicio del *White Anemone* y dirigirse hacia Fleeton Cove. Allí, Grayling se desembarazó del velero de Milos gracias al fuego y la naturaleza abrupta del lugar mientras lady Cecilia subió hasta Glenhill Cottage con una botella de jerez en la que había disuelto Veronal. Fue entonces cuando se le cayó accidentalmente el envoltorio de un caramelo de menta de la confitería Affery & Myrtle de Londres, del mismo tipo que el que se ha comido hace poco.

Las palabras de Holmes se volvían cada vez más rápidas y apremiantes, y mi corazón parecía querer seguir su ritmo latiendo más y más deprisa.

Sherlock enseñó entonces el envoltorio de papel encerado que yo había encontrado en el *cottage*, y Cecilia se apresuró a guardar en el puño el que había abandonado sobre la mesita. Pero no lo hizo lo bastante deprisa para impedirme verificar de nuevo que eran idénticos. Dentro de mí celebré el haber hallado aquella prueba, por pequeña que fuera.

—Al rato, el somnífero dejó a Milos fuera de combate —prosiguió implacable Sherlock—. Harold, en ese momento, entró y ayudó a Cecilia a vestir de pirata a Milos, lo cargó a hombros y lo llevó hasta Fleeton Cove. Pero, para que no se encontraran los restos del velero quemado, era necesario llevar al hombre a otra parte. Por eso, ambos hicieron una cortísima travesía en barca hasta Watcombe Beach, donde arrojaron a Milos al mar causando su ahogamiento. Al día siguiente, el cadáver fue hallado en la playa y, en vista de su ropa, todo el mundo pensó enseguida en la fiesta de

disfraces del *White Anemone*. Harold y Cecilia interpretaron sus papeles reconociendo a su excéntrico amigo René y enseñándole a la policía su camarote, preparado adrede y con el pasaporte falso en una maleta. La historia de ese Sylvan era, naturalmente, muy peculiar: un apátrida solo en el mundo cuyo cuerpo nadie vendría a reclamar. Todo estaba resultando muy fácil, pero alguien vio algo.

—¡Mi hijo! —gritó Hammick—. Ustedes… ¡ustedes, monstruos, lo mataron! ¡A mi pobre Jerry!

El farmacéutico empezó a sollozar y Libby le pasó un brazo por los hombros.

—Por desgracia, las cosas fueron justamente así. Jerry vio a Milos en Glenhill Cottage, fue por ahí contándoselo a medio Torquay y, para su desgracia, también a Harold. Los dos cómplices se temieron entonces lo peor y lo silenciaron despiadadamente. Los asesinos, no obstante, todavía no habían tenido en cuenta la presencia de mis amigos —dijo Sherlock señalándonos—. Ellos comprendieron que la muerte de Jerry Hammick no era un accidente y concedieron una entrevista a un periódico local en la que relacionaban las dos muertes. Cecilia y Harold se sintieron acosados entonces y, para desviar las sospechas, intentaron hacer creer que había un misterioso homicida tras ellos, para lo cual escenificaron la emboscada y el falso intento de secuestro. De aquel modo trataban de dar valor a la hipótesis de la existencia de un plan criminal contra ellos.

Cecilia, que llevaba largo rato encerrada en un gélido silencio, se puso en pie y dijo con voz firme:

—Todo eso es muy interesante, lo felicito por su fantasía, increíblemente desatada, señor Holmes, pero me temo que no tiene pruebas suficientes para incriminarnos.

Sherlock le sonrió.

Vi un movimiento rápido y una luz feroz en sus ojos.

—Oh, al contrario, lady Hagbury-Winch. El señor Grayling ya ha hecho confesiones muy comprometedoras en presencia de un oficial de policía, pero por si eso no bastara…

Dicho esto, abrió la cajita de metal que había dejado sobre la mesita y sacó unas hojas escritas con una caligrafía menuda y elegante.

—Sus cartas, lady Cecilia. Recuperadas por los submarinistas de

la policía en lo que queda del velero de Milos. Era un hombre previsor, las conservaba en un recipiente estanco que ha preservado su legibilidad, pese a las llamas y el hundimiento del barco. Y una confirmación más ha llegado hace poco a Scotland Yard: la *sûreté* francesa ha comprobado la existencia en el registro civil de un matrimonio entre Milos Balathrakis y lady Cecilia Hagbury-Winch. Cecilia, obviamente, y no Virginia.

Harold abrió de par en par la boca, la volvió a cerrar y la reabrió de nuevo. Luego apuntó con el dedo a Cecilia y balbuceó:

—¡T-tú! ¡Tú! ¿Cómo… cómo has podido, Cecilia…? ¿¡Cómo has podido hacerme esto!?

Lady Hagbury-Winch miró en derredor. Una última y furiosa llamarada de odio encendió sus ojos con un centelleo malvado. La vi buscar desesperadamente una vía por donde huir, pero le bastó un segundo para comprender que ya no tenía escapatoria. Sus ojos se apagaron y se volvieron inanimados como canicas de cristal.

Estaba acabada.

Lady Cecilia se entregó al inspector Bennet, que le puso las esposas mientras Tait y su colega arrestaban a Harold Grayling.

CAPÍTULO 23

regreso a briony lodge

Tras el arresto, los testigos de aquel suceso se quedaron aún unos minutos conversando en el salón de té, pero Sherlock aprovechó un momento de distracción general para escabullirse. Solo yo me percaté y lo seguí discretamente.

Holmes estaba en la terraza y contemplaba el mar. Toda la energía parecía habérsele agotado y en ese momento no había ya nada febril ni frenético en sus movimientos. No obstante, no parecía viejo y cansado como en los terribles días posteriores a Danzig. Parecía sereno.

—¿Estás satisfecha con la resolución del caso, Mila? —me preguntó sin volverse.

Yo me miré la punta de los zapatos y suspiré.

—Por supuesto. Ahora sabemos la verdad. Aunque… —Una vez terminado todo, sentía un peso dentro de mí, algo que no quería dejarme.

—¿Qué pasa, Mila? Puedes hablar libremente.

—Bueno, yo… En fin, ¡que no había comprendido nada! ¡Sin ti todavía estaríamos aquí tanteando en la oscuridad! —resoplé colocándome a su lado y apoyando los codos en la barandilla.

—No seas tan dura contigo misma, Mila. De todos, tú has sido la que más se percató de lo esencial —replicó mirándome de reojo con lo que me pareció un esbozo de sonrisa.

—Lo esencial… —repetí poco convencida—. ¿Y qué se supone que es?

—Intuiste que debajo de esta historia se escondía algo poco claro.

—Sí, pero yo pensaba que en Glenhill Cottage se había escondido el asesino, y en cambio era… ¡la víctima! —repuse meneando la cabeza.

—¿Y acaso no es precisamente eso lo que hacía el caso tan peculiar e interesante? Con investigaciones complejas como esta es como se puede aprender el oficio de detective. Y no tengo ninguna duda de que tú lo aprenderás, Mila.

Confié con todo mi ser en que Sherlock tuviese razón.

En aquel preciso momento se oyó a nuestra espalda la alegre voz de Arsène.

—Eh, ¿qué hacéis vosotros dos aquí, solos? Acabáis de resolver un caso sensacional, ¿no queréis recibir unos cuantos cumplidos?

—Creo que se hablará de esto durante años aquí en Torquay —añadió Irene.

—Ha sido realmente asombroso —confirmó Billy entusiasmado.

Me habría gustado reiterar que yo solo había recogido indicios, mientras que el mérito de la resolución del caso correspondía enteramente a Sherlock, cuando oí una voz baja y dubitativa a espaldas de Lupin.

—Disculpen…

Arsène se apartó educadamente a un lado y dejó ver la presencia de Agatha, que parecía empequeñecida y observaba a Sherlock con auténtica admiración. Junto a ella estaba Libby, que le daba empujoncitos con el brazo y le repetía:

—¡Ve! ¡Ve!

Holmes, un tanto perplejo, clavó los ojos en las recién llegadas.

—Disculpe, señor Holmes… Verá, puesto que he leído todos los libros del doctor Watson, pues…

Noté adelgazarse aún más la voz de nuestra amiga, hasta convertirse en un débil murmullo.

—Agatha es terriblemente modesta —intervine yo acudiendo en su ayuda—. No solo es una apasionada de las novelas policíacas, ¡sino que ha escrito una!

Agatha me sonrió y volvió a reunir un poco de valor.

—Confieso que es así… Y de hecho me preguntaba, en fin…, si le apetecería leerla y darme su parecer —concluyó hundiendo

nerviosamente las manos en el bolso para sacar el manuscrito.

—Cuánto lo siento, señora, pero no me interesan las novelas policíacas —fue la cortés pero lapidaria respuesta de Sherlock.

—Pero ¡¿cómo puede ser?! —soltó Libby con su habitual franqueza.

—Solo me interesan los verdaderos misterios, no los de papel y tinta. Incluso los relatos de mi amigo John Watson solo los he hojeado rápidamente, ¿saben?

Vi dibujarse la desilusión en el rostro de Agatha, y no menos disgustada fue la mirada que yo le lancé a Sherlock.

Era el más grande detective de todos los tiempos, lo sabía y acababa de tener la enésima confirmación, pero ¿cómo era posible que no pudiese ser un poco condescendiente, al menos por una vez?

—Escuche mi consejo —dijo en cambio—, désela a leer a Mila. Si algún día me vuelvo loco y me da por escribir relatos de misterio, solo le pediría su opinión a ella, a nadie más.

—En tal caso…, ¡trato hecho, señor Holmes! —dijo Agatha.

La aspirante a escritora y yo sonreímos mientras recibía de sus manos el manuscrito. En la carpeta celeste que contenía la novela podía leerse el título: *El misterioso caso de Styles*.

Al día siguiente regresamos a Londres. La vieja Briony Lodge de siempre nos esperaba, pero aquellas breves y aventuradas vacaciones nos habían dado ganas de volver a estar entre los acogedores y tranquilos muros de la casa.

—¿Necesitas ayuda, Mila? —me preguntó Billy al ver que tardaba en llevar yo sola la maleta recorriendo lentamente los largos pasillos del hotel, mientras que los otros ya estaban fuera, listos para subirse al taxi.

—No, gracias, puedo sola —respondí tratando de acelerar el paso.

Billy no insistió y me acompañó andando a mi lado.

—¿Preparada para volver a la vieja vida londinense?

—Sí, ¿y tú?

—¿La verdad?

—Pues claro.

—No me asusta la idea de que el señor Holmes me endose más tareas retorcidas o algunos recados imposibles, pero me aterroriza

qué podría ocurrirme si meto la pata cuando lo esté ayudando con las abejas… ¡Podría tener que decir adiós a este mundo! —me confesó Billy de un modo cómicamente solemne.

Me eché a reír.

—Sherlock puede ser un poco brusco a veces, pero no creo que tu vida esté en peligro…

Estábamos ya cerca de la recepción cuando un sofocado empleado vino corriendo hacia mí.

—Ah, señorita Adler, por suerte todavía está aquí. Tengo una carta para usted, me han dicho que se la entregue personalmente en mano —dijo jadeando.

Solté la maleta y con dedos temblorosos cogí el sobre.

—Mila, no puede ser… —dijo Billy.

—Sí que puede ser —respondí mordiéndome un labio.

En el sobre había una nota anónima escrita con una letra tosca, funcional y sin gracia que había aprendido a reconocer. Solo decía: «¿Sabes dónde estaba Sherlock Holmes aquel día? ¿Estás segura de conocerlo de verdad?».

Junto con el mensaje había otro artículo de periódico sobre el homicidio de Godfrey Norton (que, según parecía, había ocurrido en Edimburgo), un billete de tren a la capital escocesa y la página arrancada del libro de registro de un hotel que parecía atestiguar la presencia de Sherlock en aquella misma ciudad el día del homicidio.

Metí todo en el sobre de nuevo y luego me lo guardé en el bolsillo. Pero no podía dejar de temblar.

—Mila, no te dejes influir por esas tonterías —dijo Billy.

—Ciertamente, no puedo ignorarlas…

—Entonces quizá haya llegado el momento de hablar con tu madre.

—¡No! Antes quiero saber más.

En aquel momento, Irene vino hasta nosotros y, al ver mi rostro de preocupación, se puso seria.

—¿Todo bien, Mila? Tienes una expresión extraña…

—Todo bien, señora —dijo Billy, poniéndose firme y sonriendo tranquilizador—. Mila dudaba de si habría olvidado el manuscrito de Agatha en su habitación, así que le he aconsejado que mirara bien en la maleta antes de subir a buscarlo.

Dándole las gracias a Gutsby para mis adentros por haberse inventado aquel pequeño pretexto, me incliné sobre la maleta y rebusqué con atención, aunque sabía exactamente dónde estaba el manuscrito. Temía que, si alzaba los ojos hacia Irene, ella adivinaría que realmente algo no marchaba bien.

—¡Aquí está! —exclamé exagerando un poco el énfasis y enseñando un pico del manuscrito a mi madre.

—Perfecto, vamos, que los demás esperan —dijo ella sonriéndome. Yo me esforcé por parecer calmada.

Pero fuera nos esperaba Sherlock, y engañarlo a él iba a ser aún más difícil.

—No te preocupes, yo te ayudo —dijo Billy cogiendo mi maleta. Comprendí al instante que no se refería simplemente al equipaje.

Me sentí feliz por tenerlo a mi lado. Era la única persona con la que podía compartir aquel secreto, al menos hasta que consiguiera descubrir más. Aquellos mensajes anónimos podían destruir para siempre mi mundo y mi disparatada y preciosa familia. No podía permitirlo.

Alguien me estaba desafiando y yo no tenía ninguna intención de echarme atrás.